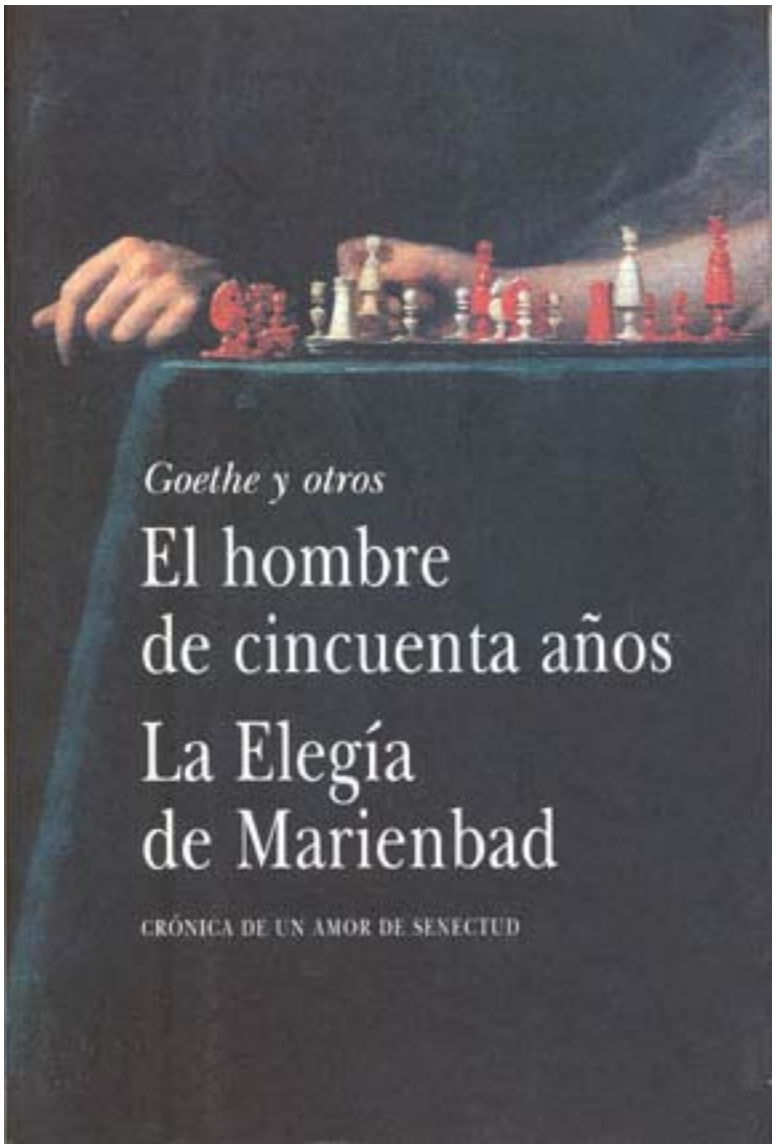
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INDICE

EL HOMBRE DE CINCUENTA AÑOS

PRIMER ENCUENTRO EN MARIENBAD (1821)

SEGUNDO ENCUENTRO EN MARIENBAD (1822)

TERCER ENCUENTRO EN MARIENBAD (1823)

El, PODER DE LA MÚSICA

CRÓNICADEL ESCÁNDALO

LA FAMILIA

LA ELEGÍA DE MARIENBAD

CODA

«NO SE PUEDE DECIR QUE NO HAYA SIDO UN AMOR»



Ulrike von Levertzow joven
(1804-1899)

EL HOMBRE DE CINCUENTA AÑOS

A fin de complacer la costumbre del respetable público que desde hace ya cierto tiempo gusta de ser entretenido por entregas, en un principio se nos ocurrió ofrecerle el siguiente relato dividido en varios apartados. Sin embargo, su cohesión interna, considerada en función de los sentimientos, propósitos y acontecimientos que la constituyen, reclamaba una presentación ininterrumpida. Ojalá que ésta alcance su objetivo y al mismo tiempo sepa hacer patente al final de qué modo los

personajes de este suceso independiente están íntimamente imbricados con aquellos otros a los que ya conocemos y apreciamos.*

El comandante estaba entrando en la heredad a lomos de su caballo cuando vio que Hilarie, su sobrina, ya se había apostado a recibirlo en las escalinatas que conducen al palacio. A duras penas pudo reconocerla, pues, una vez más, la halló más alta y más hermosa. Ella salió volando a su encuentro, él la apretó paternalmente contra su pecho y los dos subieron a toda prisa para ver a la madre de la joven.

A su hermana, la baronesa, la llegada del comandante le resultó igualmente bienvenida y, cuando poco después Hilarie se fue a preparar el desayuno, el comandante le dijo animadamente:

-Por esta vez puedo ser breve y decir que nuestro asunto está resuelto. Nuestro hermano, el mariscal mayor, ya se ha dado cuenta de que no consigue apañárselas ni con arrendatarios ni con administradores. Así pues, está dispuesto a legarnos en vida sus propiedades a nosotros y a nuestros hijos. Es verdad que los honorarios anuales que nos pide a cambio son elevados, pero siempre podremos pagárselos: al fin y al cabo, con esta transacción ya estamos ganando mucho para el presente y todo para el futuro. Quiero que las nuevas instalaciones queden como es debido lo antes posible. Ahora que espero poder retirarme pronto vuelve a abrirse ante mí la perspectiva de una vida activa que pueda sernos claramente beneficiosa tanto a nosotros como a los nuestros. Así podremos asistir tranquilamente al crecimiento de nuestros hijos y ya sólo dependerá de nosotros y de ellos que se acelere su enlace.

-Todo eso estaría muy bien si no fuera porque tengo que revelarte un secreto que yo misma acabo de averiguar -repuso la baronesa-. El corazón de Hilarte ya no está libre. Poca o ninguna esperanza le queda a tu hijo por esta parte.

-¿Qué dices? -exclamó el barón-. ¿Es posible? ¡Mientras nosotros hacíamos toda clase de esfuerzos para asegurarnos un futuro, ahora resulta que los afectos nos juegan una mala pasada semejante! Dime, querida, dímelo enseguida: ¿quién es el que ha logrado atrapar el corazón de Hilarie? Por otra parte, ¿seguro que ya es algo tan serio? ¿No será más bien una impresión pasajera que todavía estamos a tiempo de sofocar?

-Antes tienes que reflexionar un poco y adivinar -objetó la baronesa,

* El presente relato aparece integrado en la novela *Los años de peregrinaje de Wilhelm Meister,* cuya versión definitiva data de 1829. En esta novela que bien cabe llamar experimental, los avatares de los distintos personajes que el lector ya conocía por el primer *Wilhelm Meister (Los años de aprendizaje)* aparecen mezclados en aparente desorden con toda clase de relatos e inclusiones aparentemente independientes y que, sin embargo, mantienen una cohesión simbólica, no siempre evidente, con la historia principal.

incrementando así su impaciencia.

Ésta ya se había vuelto incontenible cuando Hilarie, entrando en la estancia junto con los criados que traían el desayuno, impidió cualquier solución rápida al enigma.

Ahora al comandante le pareció ver a la hermosa criatura con otros ojos. Casi se sentía celoso del afortunado cuya imagen había logrado dejar su impronta en un alma tan bella. Por algún motivo el desayuno no acabó de gustarle y no acertó a darse cuenta de que todo había sido dispuesto tal y como a él más le gustaba y como solía desear y pedir en otras ocasiones.

Aquel silencio y cohibimiento estuvieron a punto de conseguir que Hilarte perdiera su buen humor. La baronesa, incomodada, llevó a su hija al piano. Pero el estilo sabio y lleno de sentimiento con el que tocaba la joven a duras penas consiguió ganarse el aplauso del comandante, quien habría deseado que tanto la bella niña como el desayuno se alejaran de su vista lo antes posible, por lo que finalmente a la baronesa no le quedó más remedio que ponerse en pie y proponerle a su hermano un paseo por el jardín.

Nada más hallarse a solas con ella, el comandante repitió con apremio su pregunta anterior, a lo que, tras una pausa, su hermana respondió sonriente:

-No vas a tener que ir muy lejos para encontrar al afortunado del que Hilarie está enamorada, pues lo tenemos aquí mismo: ¡esa ti a quien ama!

El comandante se detuvo, conmocionado, para exclamar acto seguido:

-Me parecería una broma muy inoportuna que pretendieras convencerme de algo que, sinceramente, me resultaría tan incómodo como desafortunado, pues aunque todavía necesito algún tiempo para recuperarme de mi sorpresa, ya me veo capaz de predecir de una sola vez hasta qué punto nuestra relación se vería forzosamente perturbada por un acontecimiento tan inesperado. Lo único que me consuela es mi convicción de que esta clase de inclinaciones sólo son aparentes, de que tras ellas siempre se oculta un autoengaño y de que un alma auténtica y buena suele salir enseguida de un error semejante por sus propios medios o, al menos, con un poco de ayuda procedente de personas más razonables.

-En cambio, yo no estoy de acuerdo contigo -dijo la baronesa-. A juzgar por todos los síntomas, el sentimiento que embarga a Hilarie es muy serio.

-Nunca habría creído capaz de algo tan contrario a la naturaleza a una criatura tan natural como ella -sentenció el comandante.

-No es tan antinatural -replicó su hermana-. Todavía recuerdo que en mi juventud yo misma sentí una gran pasión por un hombre aún mayor de lo que tú eres. Tú acabas de cumplir los cincuenta. Eso no es demasiado para un alemán, por mucho que otras naciones más llenas de vida puedan envejecer antes.

-Pero ¿en qué apoyas tu suposición? -inquirió el comandante.

-¡No es ninguna suposición, sino una certeza! Ya te iré contando los detalles poco a poco.

Hilarie se unió a ellos, y el comandante, aun en contra de su voluntad, volvió a sentirse transformado. La presencia de la joven se le antojó aún más preciada y valiosa que antes. Como también su comportamiento le pareció más afectuoso que de costumbre, ya estaba empezando a dar crédito a las palabras de su hermana. Aquella nueva sensación le resultaba grata en extremo, por mucho que aún no quisiera admitírsela a sí mismo ni tolerarla. Es verdad que Hilarie estaba de lo más encantadora, en la medida en que su comportamiento aunaba íntimamente la delicada timidez que se siente en presencia del amado con la libre confianza que se tiene para con un tío. Y es que es verdad que ella lo amaba sinceramente y con toda su alma. El jardín mostraba todo el esplendor primaveral y el comandante, viendo brotar de nuevo tantos árboles añejos, empezaba a creer en el retorno de su propia primavera. ¡Y quién no se habría dejado persuadir de ello en presencia de la más cautivadora de las muchachas!

Así es como transcurrió el día para los tres. Revivieron con el mayor agrado todas las épocas que habían pasado juntos en esa misma casa y, por la noche, después de cenar, Hilarie se sentó de nuevo al piano. El comandante la oyó tocar con oídos muy distintos a los de aquella misma mañana. Así, entre melodías que se enlazaban una con otra, la medianoche a duras penas consiguió separar a aquella reducida sociedad.

Cuando el comandante entró en su habitación lo encontró todo dispuesto a su gusto y como estaba acostumbrado desde siempre. Incluso vio que algunos grabados que gustaba de pasar largas horas contemplando habían sido descolgados de otras habitaciones y traídos a la suya. Y ahora que estaba empezando a prestar atención se dio cuenta de pronto de que lo habían atendido y halagado hasta en el más ínfimo detalle.

Aquella noche le bastaron unas pocas horas de sueño, pues su aliento vital se excitó muy temprano. Pero entonces constató de repente que el nuevo orden de cosas implicaba ciertas incomodidades. Hacía años que no le dirigía ninguna palabra subida de tono a su viejo palafrenero, que también ejercía de criado y ayuda de cámara, pues todo transcurría siempre como de costumbre y según un orden severo. Los caballos recibían los cuidados necesarios y el comandante encontraba limpias sus prendas de vestir en el momento oportuno. Sin embargo, esta vez el señor se había levantado más temprano que de costumbre y nada acababa de salir a su gusto.

No tardó en unirse otra circunstancia a la anterior a fin de incrementar la impaciencia y el indefinible mal humor del comandante. Hasta aquella mañana todo lo relacionado con él y su criado le había parecido bien. Sin embargo esta vez, al plantarse delante del espejo, no se vio tal y como le

gustaría ser. No podía negarse a sí mismo la aparición de algunos cabellos grises, al tiempo que constataba que también algunas arrugas parecían haber hecho acto de presencia. Se lavó y empolvó más de lo habitual, pero aun así al final no tuvo más remedio que dejar las cosas como estaban. Tampoco con la ropa y su grado de limpieza estaba del todo satisfecho. A sus *ojos* seguía habiendo pelusa en el abrigo y polvo en las botas. El viejo palafrenero no sabía qué decir y no salía de su asombro al ver ante sí a un señor tan transformado.

A pesar de todos estos impedimentos, el comandante salió bastante temprano al jardín. Y efectivamente, Hilarie, a quien esperaba encontrar en él, apareció ante sus ojos. La muchacha fue a llevarle enseguida un ramo de flores y él no tuvo el valor de besarla y apretarla contra su pecho como solía hacer. Se sorprendió presa del azoramiento más agradable del mundo y se dejó llevar libremente por sus sentimientos, sin reparar en hacia dónde podían conducirlo.

Tampoco la baronesa tardó mucho en aparecer y, mientras le entregaba a su hermano una nota que acababa de traer un mensajero, exclamó:

-¡Seguro que no adivinas a quién nos anuncia este billete!

-Pues en ese caso, ¡dímelo de una vez! -replicó el comandante.

Y averiguó que un viejo amigo suyo que se dedicaba al teatro estaba de paso no muy lejos de la heredad y tenía la intención de pasar a hacer una corta visita.

-Siento curiosidad por volver a verlo -comentó el comandante-. Aunque ya no es ningún jovencito, he oído decir que sigue interpretando los papeles de galán.

-Tendrá unos diez años más que tú -aventuró la baronesa.

-Sí, sin duda, al menos por lo que yo recuerdo.

No pasó mucho tiempo hasta que apareció un hombre apuesto, alegre y bien formado para unirse a ellos. Los dos amigos vacilaron unos instantes en el momento de volver a verse, pero pronto se reconocieron y dejaron que toda clase de recuerdos animaran su conversación. De ahí pasaron a contarse cientos de cosas, a hacerse preguntas y a rendirse cuentas de su vida. Los dos fueron dando a conocer alternativamente sus respectivas circunstancias y pronto se sintieron como si nunca se hubieran separado.

La historia secreta nos cuenta que, hace muchos años, este hombre, cuando todavía era un muchacho muy apuesto y agradable, tuvo la suerte o la desgracia de gustarle a una mujer distinguida. Y que esta circunstancia lo puso en una situación muy embarazosa y de gran peligro, de la que el comandante lo sacó felizmente justo en el instante en que ya pendía sobre él la amenaza del más terrible destino. Desde entonces les estaba eternamente agradecido a los dos, tanto al hermano como a la hermana, pues había sido ella quien les había incitado a tomar precauciones al advertirles a tiempo del peligro.

Poco antes de la hora de comer las mujeres dejaron a los dos amigos a solas. No sin asombro, es más, incluso con cierto anonadamiento, el

comandante no cesaba de contemplar tanto en general como en particular el aspecto de su viejo amigo. No parecía haber cambiado nada en absoluto, por lo que no era de extrañar que todavía pudiera hacer de galán en el teatro.

-Me miras con más atención de lo que es lícito -interpeló finalmente al comandante-. Mucho me temo que me encuentras demasiado cambiado con respecto a los viejos tiempos.

-¡De ninguna manera! -replicó el aludido-. Al contrario, no salgo de mi sorpresa al ver que tu aspecto es más fresco y juvenil que el mío. Después de todo, sé que tú ya eras un hombre hecho y derecho cuando yo, con el atrevimiento de un mocoso temerario, te presté cierto apoyo en una situación embarazosa.

-La culpa es tuya -sentenció el otro-. Es la culpa de todos los que sois como tú. Y aunque no se os pueda censurar por ello, sí merecéis algún reproche. La gente sólo piensa en lo necesario. Quiere ser y no parecer. Eso está muy bien mientras todavía se es alguien, pero al final, cuando tanto el ser como el parecer empiezan a decirnos adiós y el parecer resulta aún más fugaz que el ser, todo el mundo empieza a darse cuenta de que habría hecho bien de no haberse permitido el lujo de descuidar el exterior en aras del interior.

-Tienes razón -aprobó el comandante, casi a punto de soltar un suspiro.

-Por otra parte, quizá no la tenga del todo -aventuró el añejo galán-, pues es verdad que, dada la naturaleza de mi oficio, habría sido totalmente imperdonable que no hubiera tratado de conservar mi aspecto lo mejor posible. En cambio, los demás tenéis motivos para pensar en otras cosas más significativas y perdurables.

-Sin embargo -replicó el comandante-, hay ocasiones en las que uno se siente muy fresco por dentro y daría algo por poder refrescar también lo de fuera.

Como el recién llegado no estaba en situación de intuir el verdadero estado de ánimo del comandante, interpretó esta observación en el sentido militar y se extendió en comentar lo importante que era el aspecto fisico en el ejército y en cómo los oficiales, que tanto cuidado tenían que poner en su uniforme, también podrían ponerlo un poco en la piel y la cabellera.

-Por ejemplo -siguió diciendo-, es una verdadera irresponsabilidad que vuestras sienes ya estén grises, que os salgan arrugas aquí y allá y que vuestra coronilla ya claree. ¡Miradme a mí, que soy un vejestorio! ¡Ved cómo he conseguido conservarme! Y todo sin brujerías y con mucho menos esfuerzo y cuidado del que uno suele emplear a diario para dañarse a sí mismo o, cuando menos, para aburrirse.

Demasiado oportuna le resultaba al comandante aquella conversación casual para interrumpirla tan rápidamente. Con todo, prefirió obrar secretamente y con cautela incluso ante un viejo amigo como aquél.

-Desafortunadamente, todo eso ya está perdido y es totalmente

irrecuperable -exclamó-. No me queda más remedio que aceptarlo, sabiendo que no por eso vais a pensar peor de mí.

-¡Perdido no hay nada! -objetó aquél-. Si vosotros, los caballeros respetables, no fuerais tan rígidos e inflexibles, si no calificarais enseguida de presumido a todo aquel que prestara atención a su físico y no os aguarais el placer de rodearos de una sociedad agradable y de resultar igualmente agradables en ella...

-Pero aunque no sea brujería lo que os permite manteneros tan joven -aventuró el comandante con una sonrisa-, sí será un secreto o, al menos, formará parte de esos arcanos tantas veces ensalzados en los periódicos y de entre los cuales sabréis escoger los mejores.

-Ya me estés hablando en broma o en serio, el caso es que has dado en el blanco -admitió el amigo-. Entre las múltiples sustancias que se han puesto a prueba desde antiguo para nutrir un poco el exterior, que muchas veces flaquea antes que el interior, se encuentran algunos remedios verdaderamente inestimables que se emplean tanto por separado como en combinación, cuyo empleo me ha sido transmitido por colegas del oficio a cambio de algún dinero en efectivo o por pura casualidad y cuya eficacia yo mismo he comprobado. A tales sustancias soy fiel y me atengo, aunque no por eso renuncie a seguir indagando. Por lo pronto puedo decirte una cosa, y no exagero: ¡siempre llevo conmigo bajo cualquier circunstancia un estuche de tocador! Una cajita cuyos efectos de buen grado probaría contigo si tuviéramos ocasión de pasar quince días juntos.

La mera idea de que algo semejante fuera posible y de que esta posibilidad se le estuviera ofreciendo justo en el momento más oportuno y de una manera tan casual, animó la expresión del comandante de tal manera que realmente ya parecía verse más fresco y alegre. Así, animado por la expectativa de poder armonizar su cabeza y su rostro con su corazón y estimulado por la impaciencia de poder conocer pronto los medios necesarios para ello, durante la comida parecía otro hombre. Respondió confiadamente a las encantadoras atenciones de Hilarie y la contempló con una seguridad que esa misma mañana aún le habría resultado muy extraña.

Y si gracias a varios recuerdos compartidos, a diversas anécdotas y a algunas afortunadas ocurrencias su teatral amigo había sabido mantener, revivificar y aumentar el buen humor del comandante una vez despertado, tanto más disgustado lo hizo sentirse cuando después de comer quiso despedirse enseguida y amenazó con seguir su camino. El comandante trató de facilitarle la estancia a su amigo por todos los medios posibles, al menos por una noche, prometiéndole insistentemente un tiro adicional y caballos de relevo para la mañana siguiente. En definitiva: aquellos cosméticos redentores no debían salir de la casa hasta que él hubiera sido informado más detalladamente sobre su contenido y forma de uso.

El comandante se daba buena cuenta de que en este asunto no había

tiempo que perder, por lo que nada más levantarse de la mesa buscó la manera de hablar a solas con su antiguo protegido. Como le faltaba valor para ir directamente al grano, se aproximó al tema por medio de un rodeo, en la medida en que, retomando la conversación anterior, le aseguró que él personalmente de buen grado le dedicaría una mayor atención a su aspecto exterior si no fuera porque la gente enseguida tacha de presumido a todo aquel en quien perciba un afán semejante, restándole enseguida a su consideración moral lo que no puede por menos de concederle a su consideración física.

-¡No me pongas de mal humor recordándome esas formas de hablar! -replicó el amigo-. Porque se trata de expresiones a las que la sociedad se ha ido acostumbrando irreflexivamente, o, si nos ponemos más severos, con las que manifiesta su naturaleza antipática y malqueriente. Y es que, bien mirado, ¿qué es eso que tantas veces nos sentimos inclinados a tachar de presunción? Todo ser humano debería sentirse complacido consigo mismo y ¡dichoso el que pueda estarlo! Pero, de ser así, ¿cómo podrá evitar que se le note un sentimiento tan agradable? ¿Cómo ocultar en plena existencia que uno se siente complacido con ella? Si la buena sociedad (que al fin y al cabo es de la única de la que aquí se trata) sólo encontrara reprochables estas manifestaciones cuando se volvieran demasiado notorias, cuando la complacencia que una persona pueda sentir para consigo misma y para con su esencia impida a los demás que la tengan y la expresen a su vez, entonces no habría nada que objetar, aunque supongo que debieron de ser precisamente esta clase de exageraciones las originarias de tales reproches. Sin embargo, ¿qué poder puede tener una severidad tan extrañamente negadora frente a lo inevitable? ¿Por qué la gente se niega a considerar lícita y tolerable una manifestación que cada cual se permite de vez en cuando a sí mismo en mayor o menor medida? Es más, sin la cual una buena sociedad ni siquiera podría existir, pues la complacencia con la propia persona y el afán por comunicarle esta autoestima a los demás nos hace ser más agradables; la conciencia del propio encanto nos vuelve más encantadores. Quiera Dios que todo el mundo sea presumido, siempre y cuando lo sea conscientemente, con mesura y en el sentido adecuado, pues entonces seríamos los hombres más felices del mundo civilizado. Las mujeres, según dicen, son presumidas por naturaleza; sin embargo, les sienta bien y gracias a eso nos gustan mucho más. Y ¿cómo puede llegar a cultivarse un joven que no sea presumido? Si su naturaleza es vacía y hueca, así sabrá procurarse al menos cierta buena apariencia externa, mientras que un hombre competente no tardará en dejar que esta formación exterior revierta también en su interior. Por lo que a mí respecta, tengo motivos para tenerme por el hombre más feliz de la tierra porque mi oficio me legitima para ser presumido y porque, cuanto más presumido soy, mayor es la diversión que la gente obtiene a través de mí. A mí se me elogia allí donde a los otros se les censura, y precisamente por este camino he adquirido el derecho y la suerte de seguir divirtiendo

y cautivando a los demás, en una edad en la que otros no tienen más remedio que abandonar el escenario o permanecer en él sólo a costa de su escarnio.

Al comandante no le gustó escuchar el final de estas consideraciones. Al pronunciar la palabrita *presumido* no pretendía sino crear una transición que le permitiera exponerle su deseo a su amigo con cierta habilidad. Sin embargo, empezaba a temer que si continuaba con aquella conversación podría terminar aún más lejos de su objetivo, con lo que esta vez optó por ir directo al grano.

-Por lo que a mí respecta, no me importaría demasiado militar en tu bando -dijo-, dado que aún no crees que sea demasiado tarde para mí y piensas que todavía podría recuperar en algo lo perdido. ¡Pásame una parte de tus tinturas, pomadas y bálsamos y haré un intento!

-Eso es más difícil de lo que parece -respondió el amigo-. Pues no se trata sólo de trasvasar una parte del contenido de mis frascos o de dejarte la mitad de los mejores ingredientes de mi tocador: lo más difícil es aplicarlos. Uno no puede hacerse en un momento con toda una tradición. Para saber cómo se adecua esto y aquello y bajo qué circunstancias y en qué orden hay que emplear las sustancias hace falta práctica y reflexión. Y ni siquiera éstas acaban de dar su fruto si no se dispone también de un talento natural para el tema que nos ocupa.

-Parece que ahora quieres batirte en retirada –protestó el comandante-. Me estás poniendo dificultades a fin de poner a buen recaudo tus afirmaciones, que ciertamente suenan algo fabulosas. No tienes ganas de procurarme una ocasión, una oportunidad para comprobar en la práctica tus palabras.

-Con estas indirectas, amigo mío, no conseguirías convencerme para que respondiera a tus deseos si no fuera porque mis sentimientos por ti son tan positivos que yo mismo te lo he ofrecido ya nada más llegar -objetó el otro-. Por otra parte, ten en cuenta, amigo mío, que al ser humano lo mueve un afán muy singular de hacer proselitismo, de promover que también se manifieste fuera de sí mismo y en otros lo que valora en su propia persona, de hacerles disfrutar de lo que él ya disfruta y de reencontrarse y reflejarse en los demás. Desde luego, si esto es un egoísmo, debe de ser el más digno de estima y de elogio de todos, el que nos ha hecho hombres y nos conserva como tales. Y es este afán, junto con la amistad que siento por ti, los que me inducen a desear hacer de ti mi discípulo en el arte del rejuvenecimiento. Pero como es lícito esperar que un maestro no formará a chapuceros, me incomoda la cuestión de cómo vamos a empezar. Ya te lo he dicho: no basta con las sustancias ni con una indicación cualquiera. La aplicación correcta no se puede enseñar con generalizaciones. Por amor a ti y por el deseo de propagar mis enseñanzas estoy dispuesto a cualquier sacrificio, así que voy a ofrecerte enseguida el que de momento constituye el mayor de todos: voy a dejar contigo a mi criado, una especie de ayuda de cámara y de hombre para todo que, aunque no sabe prepararlo todo ni está iniciado en todos

los secretos, sí tiene bastante idea del tratamiento en general y te va a ser de gran utilidad para empezar, hasta que tú mismo te hayas familiarizado lo suficiente con toda esta cuestión que al final yo pueda venir a revelarte los misterios más elevados.

-¡Cómo! -exclamó el comandante-. ¿También cuentas con escalas y grados en tu arte del rejuvenecimiento? ¿Y tienes misterios para los iniciados?

-¡Por supuesto! -respondió aquél-. Muy mal arte sería si fuera posible aprehenderlo de una sola vez y si su conocimiento último pudiera ser vislumbrado por quien acaba de entrar en él.

Ya no debatieron mucho más: el ayuda de cámara le fue asignado al comandante, quien prometió cuidarlo bien. La baronesa tuvo que sacar cajitas, pequeños estuches y frascos sin saber con qué fin. Después se efectuó la partición oportuna y la reunión prosiguió alegre y llena de ingenio hasta la noche. A la tardía salida de la luna el huésped se fue, prometiendo volver muy pronto.

El comandante llegó bastante cansado a su habitación. Se había levantado temprano, no se había cuidado especialmente durante el día y creyó que podría meterse enseguida en la cama... Si no fuera porque, en vez de un criado, se encontró a dos. El viejo palafrenero lo desvistió presurosamente a la manera de siempre. Sin embargo, esta vez se adelantó el nuevo con la observación de que la hora propiamente dicha para la aplicación de los productos de rejuvenecimiento y de embellecimiento era en realidad la noche, a fin de que, con el sueño tranquilo, su efectividad fuera aún mayor. Así pues, el comandante tuvo que tolerar que su cabeza fuera embadurnada con pomada, su rostro untado, sus cejas ungidas con un pincel y sus labios aceitados con unos toques de algodón. Además, aún se le exigió que tomara parte en toda una serie de ceremonias. Ni siquiera el gorro de dormir le pudo ser aplicado directamente en la cabeza, pues había que cubrirla previamente con una redecilla e incluso con un fino gorro de piel.

El comandante se acostó sumido en una extraña sensación desagradable que, sin embargo, no tuvo tiempo de identificar, pues se durmió enseguida. Pero puestos a escudriñarle el alma, diremos que se sentía un poco como una momia, a medio camino entre un enfermo y un embalsamado. Sólo la dulce imagen de Hilarie, rodeada de las más dichosas expectativas, lo arrastró pronto hacia un sueño reparador.

Por la mañana, a la hora debida, el comandante ya tenía a mano a su palafrenero. Todas las prendas de su atuendo estaban preparadas sobre las sillas en su orden habitual, y ya se estaba levantando de la cama cuando entró el nuevo ayuda de cámara y se deshizo en vivas protestas ante semejante precipitación. Había que descansar, había que tener paciencia si se quería lograr el propósito, si se esperaba obtener alguna alegría a cambio de tanto esfuerzo y dedicación. El señor averiguó entonces que no debía levantarse hasta dentro de un rato, disfrutar entonces de un frugal desayuno y, a continuación, tomar un baño que ya

tenía preparado. No había modo alguno de eludir aquellas instrucciones, que había que seguir a toda costa, con lo que transcurrieron varias horas entre tantas ocupaciones.

El comandante redujo el período de descanso después del baño y creyó se podría vestir en un santiamén, ya que era expeditivo por naturaleza y, además, deseaba encontrarse lo antes posible con Hilarie. Pero también esta vez le salió al encuentro su nuevo criado, haciéndole comprender que había que perder como fuera la costumbre de querer terminar enseguida con las cosas. Que todo lo que uno hace tiene que ejecutarse con lentitud y delectación, pero que, por encima de todo, el momento de vestirse tenía que ser considerado como una hora de agradable comunicación con uno mismo.

Y, desde luego, el criado lo trató de un modo plenamente acorde con sus palabras. A cambio, efectivamente, el comandante se creyó mejor vestido que nunca al plantarse frente al espejo y verse de lo más lindamente ataviado. Sin haberle consultado gran cosa, el ayuda de cámara incluso había tomado la decisión de recomponerle el uniforme dándole un corte más moderno, transformación que le había llevado toda la noche. Un rejuvenecimiento tan fulminante puso al comandante de un humor especialmente alegre y lo hizo sentirse renovado por dentro y por fuera. Con ansiosa impaciencia fue corriendo a encontrarse con los suyos.

Halló a su hermana de pie frente al árbol genealógico que había ordenado colgar, ya que la noche anterior habían estado hablando, de ciertos parientes lejanos que, siendo algunos solteros y otros residentes en países lejanos o incluso desaparecidos, les permitían concebir esperanzas en mayor o menor medida a los dos hermanos o a sus hijos de poder recibir algún día alguna rica herencia. Se quedaron un rato charlando sobre esto, aunque no mencionaron el detalle de que hasta entonces todas sus preocupaciones y esfuerzos familiares únicamente habían estado enfocados en sus hijos respectivos. Es verdad que la inesperada inclinación de Hilarie había provocado el cambio de rumbo de todas sus perspectivas. Sin embargo, ni al comandante ni a su hermana les apetecía pensar en ello en ese momento.

La baronesa se fue y dejó al comandante a solas frente a aquel lacónico retrato familiar. Hilarie se acercó a él, arrimándose contra su hombro como una niña, contempló la tabla y le preguntó a quién de entre todos aquellos parientes había llegado a conocer y cuál de ellos podía ser que siguiera con vida.

El comandante empezó hablándole de los de mayor edad, de quienes ya sólo conservaba un confuso recuerdo de la infancia. Después continuó describiendo el carácter de varios padres y el parecido o la diferencia que guardaban sus hijos con respecto a ellos. Hizo la observación de que muchas veces el abuelo reaparecía en la figura del nieto. Habló ocasionalmente de la influencia de las mujeres que, emparentándose políticamente con la familia, podían llegar a transformar el carácter de

linajes enteros. Elogió las virtudes de algunos antepasados o familiares lejanos aunque sin ocultar tampoco sus defectos. Pasó calladamente por alto a aquellos que habían dado motivos para avergonzarse. Y, finalmente, llegó a las filas inferiores. Ahí estaban, por fin, su hermano el mariscal mayor, él y la baronesa y, debajo de los dos, su propio hijo con Hilarte a su lado.

-Estos dos apenas si se miran la cara -observó el comandante, aunque sin añadir lo que se le acababa de venir a la cabeza.

Después de una pausa, Hilarte repuso humildemente, a media voz y casi con un suspiro:

-Y, aun así, ¡nunca se le va a poder reprochar a nadie que mire a las alturas!

Al decir esto, elevó hacia él sus grandes ojos que expresaban todo lo que estaba sintiendo.

-¿Te he comprendido bien? -dijo el comandante, volviéndose hacia ella.

-No puedo decirle nada que usted no sepa -respondió Hilarie con una sonrisa.

-¡Me haces el hombre más feliz de la tierra! -exclamó, cayendo a sus pies-. ¿Quieres ser mía?

-¡Por el amor de Dios, levántese! Voy a ser tuya para siempre.

En ese mismo instante entró la baronesa. Titubeó un momento, aunque sin sorprenderse.

-¡Si fuera una desgracia, hermana mía, tuya sería la culpa! Pero como felicidad que es, vamos a agradecértelo eternamente.

Desde su juventud, la propia baronesa había querido a su hermano hasta el punto de preferirlo a todos los demás hombres, y puede que la inclinación de Hilarie, si es que no había llegado a brotar directamente de esta preferencia materna, sí podía haberse alimentado al menos de ella. Ahora los tres se unieron por fin en *un solo* amor, en *un solo* bienestar, y así transcurrieron para ellos las horas más felices. Con todo, finalmente volvieron a adquirir conciencia del mundo a su alrededor, que tan raras veces armoniza con esta clase de sentimientos.

Yes que entonces volvieron a pensar en el hijo. A él era a quien habían prometido la mano de Hilarte, como él sabía muy bien. Inicialmente estaba previsto que, nada más terminar las negociaciones con el mariscal, el comandante fuera a ver a su hijo al cuartel, discutiera con él los detalles y llevara este asunto a un final feliz. Sin embargo, aquel acontecimiento inesperado había desequilibrado toda la situación. Las circunstancias, que hasta entonces se habían amoldado benignamente unas a otras, parecían haberse enemistado, por lo que ahora resultaba difícil prever el giro que iban a tomar y el ánimo que podía apoderarse de los implicados.

De todos modos, el comandante tenía que decidirse a ir pronto al encuentro de su hijo, pues su visita ya le había sido anunciada. Tras algunas vacilaciones se puso en camino no sin renuencia, extraños presentimientos y el dolor por el hecho de tener que abandonar a Hilarie

aunque sólo fuera por poco tiempo. Dejó atrás al palafrenero y a sus caballos y, en compañía de su criado rejuvenecedor, del que ya no podía prescindir, partió hacia la ciudad en la que se hallaba acuartelado su hijo.

Después de tanto tiempo, los dos se saludaron y abrazaron con la mayor cordialidad. Tenían muchas cosas que contarse, por lo que no se desahogaron de entrada de lo que llevaban en el corazón. El hijo se explayó sobre sus expectativas de lograr un próximo ascenso, mientras que el padre le dio detallada noticia de lo que se había negociado y estipulado entre los miembros mayores de la familia sobre el patrimonio en general, así como sobre cada uno de las distintas propiedades en particular y otros asuntos relacionados.

La conversación ya empezaba a estancarse cuando el hijo hizo acopio de valor y le dijo a su padre con una sonrisa:

-Me está usted tratando con mucha delicadeza, querido padre, y se lo agradezco. Me está hablando de propiedades y de fortunas, pero no menciona la condición por medio de la cual, al menos en parte, han de hacerse mías. Está usted reteniendo el nombre de Hilarte y espera que sea yo quien lo pronuncie, dándole a reconocer mi deseo de verme pronto unido a la encantadora niña.

A estas palabras de su hijo, el comandante se sintió profundamente cohibido. Pero como en parte su naturaleza y en parte una vieja costumbre le dictaban escudriñar primero las intenciones de la otra parte negociante, guardó silencio y miró a su hijo con una sonrisa ambigua.

-No adivinará usted lo que tengo que decirle, padre -siguió diciendo el teniente-, y quiero confesárselo rápidamente y de una vez por todas. Puedo confiar en su bondad, pues, dadas todas las molestias que se ha tomado por mi causa, seguro lo ha hecho pensando en mi verdadera felicidad. Tarde o temprano tenía que llegar el momento de decírselo, así que ¡sea!: ¡Hilarie no puede hacerme feliz! Pienso en Hilarie como en una encantadora pariente mía con la que me gustaría pasar el resto de mi vida en una relación de sincera amistad. Pero hay otra mujer que ha desatado mi pasión y cautivado mi afecto. Se trata de una inclinación irresistible. Y sé que usted no va a querer hacerme desgraciado.

Sólo con grandes esfuerzos pudo contener el comandante la alegría que amenazaba con asomar a su rostro y le preguntó a su hijo con dulce severidad quién era esa persona que hasta tal punto se había apoderado de su ser.

-¡Tiene usted que ver a esa criatura, padre! Pues es tan indescriptible como incomprensible. Tan sólo temo que también usted acabe arrebatado por ella, como cualquiera que se le acerque. ¡Santo Dios! Soy yo quien lo está viviendo y, sin embargo, veo en usted al rival de su propio hijo.

-Pero ¿cómo es ella? -inquirió el comandante-. Si no eres capaz de describir su personalidad, háblame al menos de sus circunstancias

externas: supongo que éstas sí que vas a saber contármelas.

-¡Desde luego, padre! Y, sin embargo, también esas circunstancias serían distintas en cualquier otra mujer y ejercerían sobre ella un efecto distinto. Es una joven viuda, heredera de un hombre mayor que ella, rico y recientemente fallecido; es independiente y altamente merecedora de serlo, rodeada de muchos, amada por otros tantos y pretendida por todos ellos. No obstante, o mucho me estoy engañando, o su corazón me pertenece sólo a mí.

Sintiéndose aliviado, ya que el padre guardaba silencio y no manifestaba ningún signo de desaprobación, el hijo continuó contando el comportamiento de la bella viuda para con él, elogiando una tras otra aquella gracia irresistible, aquellas exquisitas muestras de su favor, en las que el padre, ciertamente, no veía más que amabilidades intrascendentes propias de una mujer muy solicitada que de vez en cuando opta por preferir a uno entre muchos, aunque sin terminar de decidirse por él. Bajo cualquier otra circunstancia habría tratado sin duda de alertar a su hijo o incluso a cualquier amigo de la posibilidad de autoengaño que muy probablemente podía imperar en una situación como aquélla. Sin embargo, esta vez era tan grande su propio interés en que su hijo no fuera víctima de un espejismo, la viuda lo amara de verdad y se decidiera lo antes posible en su favor que, o bien no llegó a desarrollar ningún reparo, o bien rechazó -o guardó para sí- esta clase de dudas.

-Me pones en una situación muy embarazosa -empezó a decir el padre después de una pausa-. Todos los acuerdos adoptados entre los miembros supervivientes de nuestra familia se asientan sobre la premisa de que tú te cases con Hilarie. Si ella se casara con un hombre extraño, toda la espléndida y esforzada anexión de un patrimonio considerable quedará nuevamente en suspenso y sobre todo tú saldrías bastante mal parado. Aunque es verdad que todavía nos quedaría una solución que, sin embargo, puede resultar un poco extraño y que tampoco haría que tú salieras ganando demasiado: yo, a mi avanzada edad, aún tendría que casarme con Hilarie, acción que difícilmente podría causarte un gran placer.

-¡El mayor del mundo! -espetó el teniente-. Pues ¿quién puede sentir una inclinación sincera, quién puede disfrutar o esperar la dicha del amor sin considerar igualmente merecedor de esta felicidad suprema a cualquier amigo o quien sea digno de ella? Usted no es viejo, padre. Por otra parte, ¡qué encantadora es Hilarte! La mera idea de pensar en ofrecerle su mano ya acredita en usted un corazón juvenil y una fresca osadía. Permita que analicemos y desarrollemos más a fondo esta ocurrencia, esta propuesta improvisada, pues yo sólo puedo ser verdaderamente feliz de saberlo igualmente feliz a usted. Sólo entonces me alegraría sinceramente de que usted se viera tan bella y altamente recompensado por el esmero con el que ha estado urdiendo mi destino. Pero antes voy a llevarle con valor y confianza y con el corazón en la

mano ante la presencia de mi amada. Usted sabrá aprobar mis sentimientos, ya que también usted los tiene, y no pondrá ningún obstáculo en la felicidad de su hijo en la medida en que está yendo en pos de la suya propia.

Con estas y otras palabras insistentes el hijo ya no dio más cuerda a su padre, que todavía buscaba sembrar alguna que otra objeción, sino que partió con él a toda prisa a visitar a la bella viuda, a la que encontraron en una casa grande y bien decorada, rodeada de una sociedad selecta, aunque poco numerosa, y sumida en divertidas distracciones. Era una de esas criaturas femeninas a las que no se escapa ningún hombre. Con increíble habilidad supo hacer del comandante el héroe de la velada. Los demás presentes parecían ser de la familia y el comandante, el único invitado. Aunque ella conocía muy bien sus circunstancias, sabía preguntarle por ellas como si quisiera averiguarlo todo con mayor precisión de sus propios labios, de modo que a los demás presentes no les quedó más remedio que interesarse igualmente en mayor o menor grado por el recién llegado. Uno decía conocer a su hermano, el otro, sus fincas, y el tercero, cualquier otra cosa suya, de manera que el comandante, inmerso en una animada conversación, se sintió en todo momento el centro de la fiesta. Al principio también le fue dado sentarse junto a la bella dama, quien tenía los ojos prendidos en él y le dedicaba todas sus sonrisas. En definitiva, se sintió tan a gusto que casi olvidó la causa que le había movido a acudir. Ella apenas si le dirigió la palabra a su hijo, a pesar de que el joven participaba vivamente en todo lo que se decía. Para ella era como si el muchacho, al igual que todos los demás, aquel día únicamente estuvieran presentes en honor del padre.

A veces, las labores femeninas que se hacen durante las reuniones sociales y se prolongan con aparente indiferencia adquieren significado gracias a la inteligencia y a la gracia de quien las ejecuta. Elaborados de forma aplicada y desinhibida, estos esfuerzos de una mujer bella producen en su entorno la impresión de que está siendo totalmente desatendido, suscitando cierto secreto desagrado. Pero de pronto, casi como si hubiera despertado de un sueño, una palabra o una mirada vuelve a situar a la ausente en pleno centro de la reunión, y entonces es como si les diera la bienvenida a los visitantes por segunda vez. Pero si deja la labor inerte en el regazo y demuestra prestarle atención a una anécdota o a una de esas disertaciones instructivas en las que tanto gustan de explayarse los hombres, su reacción resultará especialmente halagadora a aquél a quien haya decidido privilegiar de esta manera.

Nuestra bella viuda se encontraba trabajando de esta guisa en una suntuosa cartera de gusto exquisito que, además, se caracterizaba por tener un formato superior al habitual. Esta labor fue examinada por todos los presentes, quienes se la fueron pasando unos a otros entre grandes elogios mientras su artífice prefería discutir de asuntos más serios con el comandante. Un viejo amigo de la casa alabó aquella labor ya prácticamente terminada con gran exageración; sin embargo, cuando

la prenda llegó a manos del comandante, ella pareció querer apartarla de él como si se tratara de un objeto indigno de su atención, a lo que él respondió sabiendo reconocer los méritos del trabajo con gran cortesía, mientras el amigo de la casa afirmaba ver en ella la obra titubeante de una Penélope.

Los presentes iban y venían por la habitación y se reunían en pequeños grupos al azar. El teniente se aproximó a la bella y le preguntó:

-¿Qué me dice de mi padre?

Sonriente, la interpelada repuso:

-Se me antoja que usted bien podría tomarlo como modelo. ¡Vea lo bien vestido que va! ¿No será que se mantiene y se conserva mejor que su muy querido hijo?

De este modo continuó aludiendo y alabando al padre a costa del hijo, suscitando una confusa mezcolanza de satisfacción y celos en el corazón del muchacho.

No mucho después el hijo se acercó a su padre y se lo contó todo minuciosamente. Entonces el padre se comportó con tanta mayor amabilidad con la viuda, que ya empezaba a emplear con él un tono más animado y de mayor confianza. En definitiva, bien se puede decir que, cuando llegó la hora de despedirse, el comandante ya se le había rendido a ella y a su círculo tanto como lo habían hecho todos los demás.

Un fuerte aguacero impidió que la sociedad regresara a casa del mismo modo en que había venido. Delante de la puerta pararon algunos carruajes para llevar a casa a quienes habían acudido a pie. Sólo el teniente, con el pretexto de que los pasajeros ya iban demasiado apretados, dejó que su padre se adelantara y se quedó atrás.

Al entrar en su habitación, el comandante se sintió invadido por una especie de embriaguez y de falta de seguridad en sí mismo, como les sucede a quienes pasan muy rápidamente de un estado a su contrario: el suelo parece moverse para el que se apea de un barco y la luz todavía centellea en los ojos de quien penetra de repente en la oscuridad. Del mismo modo, el comandante todavía se sentía en presencia de la hermosa criatura. Deseaba poder verla y escucharla todavía, o bien verla y escucharla una vez más. Así pues, tras algunos instantes de reflexión, no pudo por menos de perdonar a su hijo; es más, lo consideró dichoso por estar en situación de pretender la posesión de tantas cualidades unidas en una sola mujer.

De tales sensaciones lo arrancó bruscamente su hijo, quien en ese mismo instante se precipitó extasiado por la puerta, abrazó a su padre y exclamó:

-¡Soy el hombre más feliz del mundo!

Tras estas y otras exclamaciones parecidas, por fin los dos consiguieron explicarse. El padre formuló su observación de que la hermosa mujer no había mencionado a su hijo con una sola palabra durante toda la conversación que había mantenido con él.

-Sí, pero ésa es precisamente su manera delicada, callada, medio

silenciosa y medio alusiva de expresarse, con la que uno adquiere la certeza de cuáles son sus deseos, aunque sin poderse liberar nunca por completo de la duda. Así es como se ha mostrado conmigo hasta ahora. Sin embargo, la presencia de usted, padre, ha obrado milagros. No me importa confesar que me quedé rezagado a fin de poder verla un instante más. La sorprendí recorriendo de un lado a otro sus habitaciones iluminadas, pues sé bien que, una vez sus invitados se han ido, tiene por costumbre no permitir que se apague ni una sola luz. Entonces camina a solas de un lado a otro por sus cautivadores salones, tras haberse despedido de los espectros que previamente había invocado. Dejó pasar la excusa bajo cuya protección regresé y me habló amablemente, aunque de cosas sin trascendencia. Recorrimos una y otra vez toda la hilera de estancias a través de las puertas abiertas de par en par. Ya habíamos llegado varias veces al final, hasta un pequeño gabinete iluminado únicamente por una turbia lámpara, y si ya era bella mientras se desplazaba por debajo de las lucernas, aún lo era infinitamente más iluminada por el tenue reflejo de aquella luz. Habíamos regresado nuevamente hasta aquel extremo y, cuando nos disponíamos a dar media vuelta, nos detuvimos un instante. No sé qué fue lo que me indujo a cometer semejante temeridad ni sé cómo, en medio de una conversación trivial, pude osar tomarle de pronto la mano, besarle aquella extremidad tan delicada y apretarla contra mi corazón. Ella no la retiró. «Criatura celestial», exclamé, «no sigas escondiéndote de mí. Si en este hermoso corazón reside algún afecto por el joven dichoso que tienes ante ti, ¡no lo ocultes más! ¡Revélalo! ¡Confiésalo! ¡Éste es el mejor momento, ha llegado la hora! ¡Destiérrame o acógeme en tus brazos!»

»No sé cuantas cosas más le dije ni cómo me comporté. Ella no se alejó, no se resistió y no respondió. Osé tomarla entre mis brazos y preguntarle si quería ser mía. Entonces la besé apasionadamente y en ese momento me apartó. Murmuró "¡sí, bien, sí!" o algo parecido, como si estuviera muy confusa. Yo me alejé y exclamé: "Le enviaré a mi padre. ¡Él hablará por mí! ". "¡Ni una palabra a él de todo esto!», replicó ella, mientras me seguía algunos pasos. "Váyase y olvide lo que ha pasado."

No vamos a desarrollar ahora aquí lo que se le pasó por la cabeza al comandante. Sin embargo, a su hijo le dijo:

-¿Y qué crees que debemos hacer? A mí se me antoja que, aunque improvisadamente, el asunto ya ha quedado lo bastante bien encauzado para que podamos ponernos manos a la obra con mayor formalidad. Creo que lo más decoroso sería que mañana me anunciara allí y le pidiera su mano en tu nombre.

-¡Por el amor de Dios, padre! -espetó-. Eso supondría estropearlo todo. Su comportamiento, su tono, se resiste a ser perturbado o desafinado a través de una formalidad. Ya hay bastante, padre, con que la presencia de usted haya acelerado esta unión sin necesidad de haber pronunciado una sola palabra. ¡Sí, es a usted a quien debo mi felicidad! El respeto que le profesa mi amada ha vencido toda vacilación, y el hijo nunca habría

dado con un instante tan oportuno si el padre no le hubiera preparado antes el terreno.

Esta y otras declaraciones similares los entretuvieron hasta altas horas de la noche, durante la cual se pusieron de acuerdo sobre sus planes respectivos. El comandante quería hacerle a la viuda una visita de despedida, aunque sólo fuera por cuidar las formas, y, a continuación, iniciar los preparativos para su enlace con Hilarie. El hijo, por su parte, se ocuparía de promover y acelerar el suyo propio como le fuera posible*.

A la bella viuda nuestro comandante le hizo una visita matutina para despedirse y, en la medida de lo posible, para promover diplomáticamente el propósito de su hijo. La halló ataviada con un exquisito vestido de mañana en compañía de una dama de cierta edad que supo cautivarlo enseguida gracias a su personalidad cordial y distinguida. El encanto de la más joven y el decoro de la mayor situaron a aquella pareja femenina en un equilibrio de lo más deseable. También el trato que se dispensaban parecía hablar decididamente en favor de su íntima amistad.

Al parecer, la más joven acababa de terminar la cartera meticulosamente elaborada que ya conocemos del día anterior, pues, tras los habituales saludos de bienvenida y las palabras amables propias de una visita inesperada pero nada importuna, se dirigió a su amiga y le entregó aquella artística labor como si retomara una conversación interrumpida:

-Así pues, ya ve que finalmente he terminado, por mucho que ciertas vacilaciones y demoras no permitieran presagiarlo.

-Llega usted en un momento muy oportuno, señor comandante -dijo la mayor-. Así podrá usted dirimir nuestra discusión o, al menos, tomar partido por una u otra parte. Yo afirmo que una mujer no da comienzo a una labor tan compleja sin tener presente a una persona a la que le está siendo destinada, ni tampoco la acaba sin pensar en dicha persona. Vea usted mismo esta obra de arte, pues así me parece lícito llamarla, y dígame si cree que es posible emprender algo así sin finalidad alguna.

Ciertamente, nuestro comandante no pudo por menos de dedicarle todos los elogios a aquella espléndida labor. En parte trenzada y en parte bordada, además de provocar una viva admiración también despertaba la curiosidad de saber cómo había sido realizada. Aunque predominaba la seda de colores, tampoco se había desdeñado el oro en su ejecución. En definitiva, uno no sabía qué admirar más, si su suntuosidad o su buen gusto.

-Aún quedan por terminar algunos detalles -repuso la bella, mientras

---

* Aquí termina el fragmento del relato que Goethe había incluido en la primera versión de *Los años de peregrinaje de Wilhelm Meister de* 1821 *y* que, por tanto, precedió a su enamoramiento de Ulrike ven Levetzow. Ésta, por su parte, tuvo ocasión de leer este fragmento en el ejemplar del libro que el poeta le regaló en Marienbad.

abría el lazo de la cinta que la envolvía y contemplaba su interior-. No es mi intención discutir, pero sí quisiera contarles cómo me siento al realizar una labor como ésta: cuando somos muy jóvenes a las mujeres se nos acostumbra a hacer filigranas con los dedos y a divagar con los pensamientos. Ambas cosas perduran en nosotras a medida que vamos aprendiendo a hacer las labores más difíciles y delicadas, y no voy a negar que cada vez que he realizado una labor de este tipo siempre he tenido algo presente en mi cabeza, ya sea una persona, alguna circunstancia o algún momento de alegría o de dolor. De este modo, lo que comienzo gana en valor, mientras que, una vez terminado, obtengo algo que bien puedo calificar de inestimable. Así puedo tener por algo de cierta validez incluso lo más insignificante; hasta la labor más sencilla adquiere alguna valía, mientras que la más difícil lo hace sólo en la medida en que para realizarla los recuerdos han tenido que ser más ricos y completos. Por eso siempre me ha parecido que bien puedo ofrecérselas tanto a amigos o a amados como a personas respetables y de alcurnia. Y así siempre lo han reconocido todos, conscientes de que les estaba haciendo entrega de una porción de mi yo más íntimo, que, múltiple e inexpresable como es, termina por cristalizar en un grato obsequio que siempre es recibido con benevolencia, como si de un saludo amistoso se tratara.

Desde luego, difícilmente se podía replicar nada a tan encantadora confesión. Aun así, la amiga de la bella supo añadir algún comentario bien expresado. El comandante, en cambio, acostumbrado desde siempre a valorar la cautivadora sabiduría de los escritores y poetas romanos y a guardar en la memoria sus luminosas expresiones, recordó algunos versos que respondían muy bien a aquella situación, si bien, con tal de no pasar por pedante, se guardó muy bien de recitarlos o de mencionarlos siquiera. De todos modos, con tal de no parecer tampoco mudo y falto de ingenio, trató de improvisar una paráfrasis en prosa que, sin embargo, no acabó de salirle bien, a lo que estuvo a punto de provocar un embarazoso silencio.

Para evitarlo, la dama de mayor edad retomó un libro que a la llegada del amigo había dejado a un lado. Era una antología de poemas que unos momentos antes había mantenido ocupada la atención de las dos amigas, lo que dio pie a hablar de la poesía en general. No obstante, la conversación no permaneció mucho tiempo anclada en generalidades, sino que las dos mujeres no tardaron en reconocer con franqueza que estaban informadas del talento poético del comandante. Su hijo, que tampoco ocultaba sus intenciones de merecer algún día el título honorífico de poeta, les había hablado de los poemas de su padre e incluso había llegado a recitarles algunos. En el fondo, lo había hecho sobre todo con la intención de ufanarse de descender de un poeta y, tal como suele hacer la juventud, para poder dárselas modestamente de muchacho adelantado que era bien capaz de superar las habilidades de su padre. El comandante, en cambio, prefirió batirse en retirada, ya que

únicamente aspiraba a pasar por aficionado a las letras, pero como no le dejaron escapatoria, trató de capear la situación lo mejor que pudo intentando que la modalidad poética en la que se había ejercitado ocasionalmente fuera tenida por subalterna y casi por espuria. Con todo, no podía negar que en aquel género que suele considerarse descriptivo y, hasta cierto punto, instructivo*, había emprendido algún que otro tanteo.

Las damas, especialmente la más joven, pasaron enseguida a defender ese género poético, y la joven viuda dijo:

-Si uno quiere vivir en paz y de manera juiciosa, algo que en última instancia no deja de ser el deseo y la intención de todo el mundo, ¿a qué vienen esas personalidades enardecidas que nos estimulan arbitrariamente sin darnos nada, que nos desasosiegan para al final volver a dejarnos abocados a nosotros mismos? Pero como me resultaría difícil renunciar por completo a la poesía, me es infinitamente más grata aquella que me lleva a lugares alegres en los que creo poder reconocerme, la que sumerge mi ánimo en los valores esenciales de la vida rural y sencilla, la que me conduce al bosque a través de tupidas arboledas o, sin darme cuenta, me lleva hasta lo alto de una cima para contemplar un lago, o bien me arrastra hacia unas colinas recién sembradas para después llevarme a escalar cimas boscosas y contemplar al final unas montañas azules que terminan configurando un cuadro satisfactorio. Si todo esto se me ofrece expresado en ritmos y rimas claras, agradezco desde mi sofá que el poeta haya desarrollado en mi fantasía una imagen en la que me puedo complacer más tranquilamente que si, tras una excursión fatigosa y tal vez en otras circunstancias poco favorables, llegara a tenerla realmente ante mi vista.

El comandante, que en realidad sólo veía aquella conversación como un medio para promover sus propios objetivos, trató de desviar nuevamente la atención hacia la poesía lírica, en la que es verdad que su hijo había logrado algún que otro resultado digno de elogio. Aunque nadie llegó al extremo de llevarle la contraria, sí intentaron apartarlo entre bromas del rumbo que había tomado, sobre todo dado que parecía estar aludiendo a aquellos poemas apasionados en los que el hijo había tratado de expresarle, no sin vigor y habilidad, la decidida inclinación de su corazón a aquella dama incomparable.

-Las canciones de los enamorados no me gustan ni recitadas, ni cantadas -sentenció la hermosa mujer-. Antes de darse cuenta siquiera, una ya se sorprende a sí misma envidiando a los que aman felizmente, mientras que los amantes desgraciados no generan más que aburrimiento.

Dicho esto la dama mayor, dirigiéndose a su cautivadora amiga, tomó la palabra y dijo:

---

* La poesía descriptiva e instructiva eran géneros de moda durante la Ilustración. Ya Lessing había despreciado este género poético en su *Laocoonte* (1766). Aquí permite acentuar la diferencia generacional entre el padre y el hijo, cuya poesía es más propia del impetuoso *Sturm und Drang*.

-¿Por qué estamos dando tales rodeos y perdiendo el tiempo con prolijidades ante un hombre al que admiramos y apreciamos? ¿No deberíamos confiarle que ya hemos tenido el placer de conocer al menos en parte ese encantador poema suyo en el que expone con todo detalle la gallarda pasión de la caza y pedirle ahora que no nos escatime tampoco la obra completa? Su hijo nos ha recitado apasionadamente algunos pasajes del poema, lo que ha despertado en nosotras la curiosidad de conocer su contexto.

Pero cuando el padre trató de volver nuevamente sobre los talentos del hijo y quiso destacarlos una vez más, las damas ya no se lo toleraron, tachando sus palabras de evidente pretexto para eludir el cumplimiento de sus deseos. No logró salir del aprieto hasta que les hubo prometido sin rodeos que iba a enviarles pronto el poema. No obstante, también inmediatamente después de esta promesa la conversación adquirió un rumbo que le impidió por completo seguir alegando cosas en favor de su hijo, especialmente teniendo en cuenta que éste le había desaconsejado toda insistencia.

Como parecía llegado el momento de despedirse y el amigo realizó algunos ademanes en este sentido, la bella habló con una especie de cohibimiento que no hacía sino volverla aún más hermosa, al tiempo que atusaba cuidadosamente con la punta de los dedos el lazo recién anudado de la cartera:

-Desafortunadamente, hace ya mucho tiempo que los poetas y aficionados se han ganado la fama de que no conviene fiarse demasiado de sus aseveraciones y promesas. Por eso espero que no me lo tome a mal si oso poner en duda la palabra de un hombre de honor y por eso, en lugar de reclamarle una prenda o una garantía, soy yo misma quien se la da. Tome esta cartera: en algo se parece a su poema sobre la caza, pues hay muchos recuerdos vinculados a ella y transcurrió bastante tiempo mientras la realizaba. Ahora, por fin, la he terminado. Tómela como un mensajero que pronto nos hará llegar su cautivador trabajo.

Ante un ofrecimiento semejante el comandante se sintió verdaderamente conmovido. El delicado esplendor de este obsequio guardaba tan escasa proporción con su entorno habitual, con los objetos de los que acostumbraba a servirse, que, aun habiéndole sido ofrecida, a duras penas pudo atribuírsela. Con todo, se contuvo y, como ninguna máxima avalada por la tradición escapaba nunca a su memoria, enseguida le vino una cita clásica a la cabeza. Aunque recitarla habría resultado pedante, el alegre pensamiento que suscitó en él lo puso en situación de improvisar una aplicada paráfrasis que le permitió responder con un agradecimiento cordial y un delicado cumplido. De este modo, la escena pudo concluir de manera satisfactoria para todos los presentes.

Por lo tanto, finalmente, y no sin cierta incomodidad, se sorprendió a sí mismo atrapado en un agradable vínculo. Había hecho la promesa de enviar algo y de escribir: así pues, había contraído un compromiso y, si

bien la ocasión que lo había motivado no le resultaba del todo grata, no podía dejar de considerar una suerte poder seguir relacionado de manera tan agradable con aquella mujer que, con todas sus enormes cualidades, pronto iba a serle tan próxima. De este modo se despidió no sin cierta satisfacción íntima, pues ¿de qué otra manera podía percibir un poeta semejante una manifestación de aliento dedicada a un trabajo meticuloso y leal que había tenido tanto tiempo desatendido y que, de forma totalmente inesperada, recibía de repente tan afectuosa atención?

Nada más regresar al cuartel, el comandante se sentó a escribir para informar de todo a su querida hermana, y nada parecía más natural que en su relato destacara la exaltación que él mismo estaba sintiendo, pero que aún se veía incrementada por las numerosas intervenciones de su hijo, que de vez en cuando se acercaba a interrumpirlo.

A la baronesa esta carta le causó impresiones muy encontradas, pues si bien por una parte la circunstancia que favorecía y aceleraba la unión de su hermano con Hilarte era apropiada para satisfacerla por completo, no terminaba de gustarle aquella bella viuda, aunque no se le pasó por la cabeza la idea de rendirse cuentas a sí misma por ello. A nosotros, en cambio, la ocasión nos invita a formular la siguiente observación:

El entusiasmo por una mujer nunca hay que confiárselo a otra. Las mujeres se conocen demasiado para considerar a una de ellas digna de una admiración tan exclusiva. Para las mujeres, los hombres son como los clientes de una tienda, en la que el comerciante, al conocer muy bien sus mercancías, siempre les lleva ventaja, pudiendo aprovechar la ocasión para presentar sus productos bajo la luz que les sea más favorable. El comprador, en cambio, siempre entrará en la tienda con una especie de inocencia: necesita la mercancía, la quiere, la desea, y raramente sabe contemplarla con ojos de experto. Así pues, el primero sabe muy bien qué es lo que da, pero el segundo no siempre sabe lo que recibe. No obstante, esto es algo que en la vida y en las relaciones humanas no podemos evitar. Es más, resulta tan loable como necesario, pues en ello se basa todo deseo y todo cortejo, toda compra y todo intercambio. Más como consecuencia de esta sensación que de esta reflexión, la baronesa no acababa de estar del todo satisfecha ni con la pasión del hijo, ni con la descripción tan positiva que hacía el padre. Aunque le sorprendió el giro favorable de los acontecimientos, no acertaba a apartar de su mente cierta premonición relativa a aquel doble desequilibrio de la edad. Hilarie era demasiado joven para el hermano, mientras que la viuda no lo era lo suficiente para el hijo de éste. Con todo, aparentemente las circunstancias habían tomado su curso y no parecía haber manera de refrenarlo. El piadoso deseo de que todo acabara bien escapó de sus labios en forma de suspiro silencioso. A fin de aliviar su corazón, tomó la pluma y escribió una carta a aquella amiga suya que tan bien conocía el género humano* y, tras haberla introducido

* Se trata de Makarie, misterioso *y* solitario personaje periférico de *Los años de peregrinaje de Wilhelm*

a la historia, prosiguió del siguiente modo:

«La manera de ser de esta viuda joven y seductora no me es del todo desconocida. Al parecer rechaza el trato con otras mujeres y únicamente tolera a una sola en su compañía: una dama que no la perjudica, la halaga y, por si sus cualidades silenciosas no se manifestaran ya con suficiente claridad, todavía sabe destacárselas por medio de las palabras y de un hábil dominio de la atención de los demás. Los espectadores y participantes en semejante actuación tienen que ser forzosamente hombres, y de ahí surge la necesidad de atraerlos y retenerlos. No es que piense nada malo de esta hermosa mujer, que parece estar dotada de decencia y de cautela suficientes, pero una vanidad sensual como la suya bien sacrificará algo a las circunstancias y, lo que aún me parece peor: no todo lo que hace ha sido previamente meditado y obedece a unos principios claros, sino que parece guiarla y protegerla cierta despreocupación de carácter, y nada hay más peligroso en una coqueta innata como ella que la temeridad surgida de la inocencia».

El comandante, una vez llegado a sus propiedades, dedicó cada día y cada hora a examinarlas y evaluarlas. Se vio en el caso de constatar que, en el momento de pasar a la ejecución, lo que inicialmente era un principio correcto y bien trazado acaba viéndose sometido a obstáculos tan diversos y al cruce de tantos frutos del azar que el primer concepto casi termina por desaparecer y a veces incluso amenaza con sucumbir por completo, hasta que en medio de toda la confusión se le vuelve a presentar a la mente la posibilidad de un acierto cuando vemos cómo el tiempo, como a su mejor aliada, le da la mano a una indomable tenacidad.

Y así, también en este caso la enojosa contemplación de unas propiedades hermosas y extensas tan descuidadas e infrautilizadas habría provocado desconsuelo si al mismo tiempo, gracias a las juiciosas observaciones de un administrador experimentado, no se hubiera previsto que una serie de años, aprovechados con honestidad y buen juicio, serían suficientes para reavivar lo marchito y reactivar lo paralizado a fin de, finalmente, alcanzar su objetivo por medio de la actividad y el orden.

Había llegado ya el indolente mariscal mayor, y lo hizo en compañía de un severo abogado, aunque este último le causó menos quebraderos de cabeza al comandante que el primero, que era uno de esos hombres que carecen por completo de toda ambición o que, si la tienen, rechazan los medios necesarios para satisfacerla. El bienestar a todas horas y en todo momento constituía la única necesidad ineludible de su vida. Tras

---

Meister, en el que desempeña el papel de consejera y que se caracteriza por una habilidad casi sobrenatural para reconocer la verdadera naturaleza humana. La mención aquí de este personaje permite establecer un vínculo entre el relato y la novela en que éste se integra.

prolongadas vacilaciones se había tomado por fin en serio la posibilidad de deshacerse de sus acreedores, quitarse de encima la carga de sus propiedades, arreglar el desorden de su administración doméstica y disfrutar sin preocupaciones de unos ingresos considerables y seguros, aunque sin renunciar a cambio a ninguna de sus costumbres anteriores.

En general el mariscal aceptó todas las condiciones por las que ceder a sus hermanos la posesión inalterada de todas sus propiedades, especialmente de la finca principal. Sin embargo, se negaba a renunciar por completo a sus derechos sobre cierto pabellón cercano al que para su aniversario tenía por costumbre invitar todos los años tanto a sus viejos amigos como a sus conocidos más recientes, así como tampoco al jardín de recreo que lindaba con él y que lo unía al edificio principal. Todos los muebles debían permanecer en el pabellón y había que garantizarle la posesión de los grabados de las paredes, así como la fruta de los espaldares. Era preciso suministrarle sin falta melocotones y fresas de las variedades más selectas, así como peras y manzanas grandes y gustosas, pero sobre todo cierta clase de manzanas grises y pequeñas que hacía años que tenía por costumbre regalar a la soberana viuda. Y a éstas aún se unieron otras condiciones más, poco significativas, pero tremendamente enojosas tanto para el nuevo señor de la casa como para los arrendatarios, administradores y jardineros.

Por lo demás, aquel día el mariscal mayor estaba de un humor excelente, pues como no dejaba de pensar que por fin todo acabaría según sus deseos, tal y como se lo había hecho creer la ligereza de su temperamento, se ocupó de que fuera servida una mesa abundante, se procuró unas horas de ejercicio moderado en una partida de caza que no reclamaba grandes esfuerzos, contó anécdota tras anécdota y mostró en todo momento su cara más alegre. También se despidió del mismo modo: le agradeció efusivamente al comandante que hubiera procedido de un modo tan fraternal, le pidió todavía un poco más de dinero, hizo envolver cuidadosamente las manzanas que había en existencias y que aquel año habían salido especialmente sabrosas y, provisto de este tesoro que pensaba ofrecer a modo de agradecido homenaje a la soberana, se dirigió a la residencia de viudedad de ésta, donde fue recibido con indulgencia y cortesía.

El comandante, por su parte, se quedó en la casa víctima de sentimientos encontrados. Casi se habría desesperado ante los numerosos obstáculos que tenía por delante, de no haber acudido en su ayuda ese sentimiento que levanta alegremente la moral de un hombre activo cuando cuenta con la esperanza de ser capaz de deshacer lo enmarañado y poder verlo algún día debidamente desenredado.

Afortunadamente, el abogado era un hombre honrado que, como tenía otras muchas cosas que hacer, resolvió este asunto enseguida. Igual de oportunamente se unió a él un ayuda de cámara del mariscal mayor que, a cambio de unas condiciones moderadas, prometió prestar su ayuda en la administración, lo que permitía presagiar un final provechoso para

aquella empresa. Pero por grato que esto le pudiera resultar, los vaivenes de aquel asunto le enseñaron al comandante, como hombre de bien que era, que en la vida, si se quiere poner algo en limpio, hay que recurrir a más de una inmundicia.

En una pausa de sus obligaciones que le concedió cierta libertad se dirigió presurosamente hasta su propia finca, donde, recordando la promesa que le había hecho a la bella viuda y que en ningún momento había dejado de tener presente, buscó sus poemas, que tenía ordenadamente guardados. Mientras los buscaba cayó en sus manos algún que otro cuaderno de notas o álbum de recuerdos con citas de escritores antiguos o modernos que había ido anotando durante sus lecturas. Dada la predilección que sentía por Horacio y los poetas romanos, las citas procedían en su mayor parte de allí; le llamó la atención que muchos de aquellos pasajes aludieran a la añoranza de tiempos pasados y de circunstancias y sentimientos ya superados. A modo de ejemplo intercalaremos aquí este único pasaje que dice:

Heu!
Quae mens est hodie, cur eadem non puero fuit?
Vel cur his animis incolumes non redeunt genae![*]

«¿Cómo me siento en este día?
¡Tan despierto y alborozado!
Y eso que de niño todavía
Vivía tan confuso y obcecado.
Mas cuando los años me molestan,
Por muy contento que me sienta,
Recuerdo aquellas mejillas frescas
Y querría que a mí volvieran».

Después de que nuestro amigo encontrara muy pronto el poema dedicado a la caza entre sus bien ordenados papeles, se regodeó en contemplar la cuidadosa letra con la que años atrás, con tipos latinos y en octavo mayor, lo había pasado a limpio. La exquisita cartera, de considerable tamaño, acogió holgadamente la obra, y pocas veces un autor se había visto tan suntuosamente encuadernado. Resultaba imperativo acompañarlo de algunas líneas. Sin embargo, habría sido difícilmente tolerable escribirlas en prosa. Entonces recordó de nuevo aquel pasaje de Ovidio y creyó que, del mismo modo que su paráfrasis en prosa le había ayudado a capear aquella situación, una paráfrasis en verso sería la mejor manera de salir del paso de ésta. Decía así:

Nec factors solum vestes spectare juvabat,
Tum quo que dum fierent; tantus decor adfuit arti.[*]

[*] Horacio, *Odas,* IV, 10, w. 6 ss.

En alemán:

«La vi tomada por manos expertas,
¡Un tiempo que me gusta recordar!
Ora se forma, después se completa
En un esplendor que no tiene igual.
Aunque esta prenda es ahora mía,
No puedo por menos de confesar:
¡Ojalá no lo fuera todavía!
Tan hermoso era vérsela bordar».

A nuestro amigo no le duró mucho la satisfacción por esta versión suya. Se reprochaba haber transformado el bonito verbo reflexivo *dum fierent* en un triste sustantivo abstracto y le enojaba que, por mucho que reflexionara, no fuera capaz de mejorar el verso. De pronto sintió renacer en él su viejo amor por las lenguas clásicas, mientras que el esplendor del parnaso alemán, al que a pesar de todo aspiraba secretamente a ascender algún día, parecía oscurecérsele.

Cuando finalmente le pareció que este festivo cumplido, siempre y cuando no fuera comparado con el original, todavía era lo bastante galante para que una mujer pudiera recibirlo favorablemente, surgió en él esta segunda objeción: que, como cuando uno se expresa en verso no puede ser galante sin que al mismo tiempo parezca que esté enamorado, resultaba estar desempeñando un papel muy singular en su calidad de futuro suegro. Lo peor de todo, no obstante, se le ocurrió al final: aquellos versos de Ovidio los recita Aracnea, una tejedora tan hábil como bella y delicada. Pero como acaba siendo convertida en araña por la envidiosa Minerva, resultaba peligroso concebir a una mujer hermosa que, habiendo sido comparada siquiera indirectamente con una araña, se está balanceando en el centro de su extendida tela. Después de todo, bien cabía imaginar que en el ingenioso círculo que rodeaba a nuestra dama pudiera haber algún erudito capaz de rastrear la analogía. Ni siquiera nosotros sabemos de qué manera logró finalmente salir nuestro amigo de este apuro, por lo que no tenemos más remedio que contar este caso entre tantos otros sobre los que las musas se permiten la travesura de correr un tupido velo. El caso es que, finalmente, el poema a la caza fue enviado. Sin embargo, aún nos gustaría añadir unas palabras sobre él:

El lector de este poema se complace al asistir a una afición tan decidida por la caza y por todo lo que pueda favorecerla. Resulta agradable contemplar el cambio de estaciones que la evoca y estimula. Las peculiaridades de todas las criaturas a las que se persigue y a las que se

---

[*] Ovidio, *Metamorfosis,* VI, vv. 17 ss.

pretende matar, las distintas personalidades de los cazadores que se entregan a este placer y a este esfuerzo, las casualidades que los favorecen o perjudican: todo, y en especial lo referido a las aves, había sido descrito con el mejor humor y tratado con gran originalidad.

Desde el celo del urogallo hasta el segundo paso de las chochas, pasando por el anidamiento de los cuervos, el poeta no se había saltado nada. Todo había sido bien observado, claramente registrado, seguido con apasionamiento y descrito en un tono ligero y burlesco, muchas veces irónico.

Sin embargo, aquel antiguo tema elegíaco resonaba por todo el conjunto, concebido más bien como una despedida de esas mismas alegrías de la vida que está describiendo, lo cual, si bien le procuraba al poema un rastro lleno de sentimiento de lo que ha sido experimentado con gozo profundo y auténtico -rastro que ejercía un efecto muy benéfico en el lector-, finalmente, al igual que aquellos aforismos, después de haberlo leído dejaba tras de sí cierta sensación de vacío. Ya fuera el simple hecho de haber revisado aquellas hojas o ya se tratara de cualquier otro fugaz malestar, el caso es que el comandante no estaba contento. En la disyuntiva en la que ahora se encontraba era como si, de pronto, sintiera vivamente el hecho de que los años, que al principio ofrecen un don tras otro, al final acaban por volverlos a arrebatar todos de uno en uno. Aquel viaje a un balneario que no llegó a emprender, un verano transcurrido sin placeres, la falta del ejercicio constante al que estaba acostumbrado...; todo eso hacía que sintiera ciertas molestias físicas que llegó a tomar por auténticas dolencias, demostrando con ello una impaciencia mayor de la que sería lícito esperar en él.

Pero al igual que a las mujeres les resulta extremadamente embarazoso el instante en que su belleza, hasta entonces indiscutible, empieza a volverse dudosa, a cierta edad también a los hombres, aunque se hallen todavía en pleno vigor, la más leve sensación de que les empieza a flaquear alguna de sus fuerzas les resulta desagradable en extremo. Es más, de alguna manera incluso les asusta.

No obstante, otra circunstancia que se dio en ese mismo momento y que en realidad debería haberle inquietado contribuyó a ponerle de un humor excelente. Ya hacía algún tiempo que su ayuda de cámara especializado en cuestiones de cosmética, que tampoco lo había abandonado en aquella finca rural, parecía estar enfilando un nuevo camino en su tratamiento, algo a lo que parecía verse obligado debido a los continuos madrugones del comandante, sus salidas diarias a caballo y su constante ir y venir, así como a las visitas tanto de varios empleados como de otros muchos que no habían contado con ningún empleo en tiempos del mariscal mayor. Desde hacía cierto tiempo dispensaba al comandante de todas esas menudencias únicamente justificadas para los cuidados de un actor, aunque se atenía tanto más severamente a ciertos puntos básicos que hasta entonces habían quedado disimulados por el menor grado de malabarismos que solían acompañarlos. El criado

le inculcó todo lo que no sólo pretendiera dar una apariencia de salud, sino también conservarla, pero especialmente la mesura en todas las cosas y la mayor variedad posible en las actividades diarias, así como el cuidado de la piel, del pelo, de las cejas y de los dientes, además de las manos y uñas, que aquel experto ya hacía tiempo que se había preocupado de mantener recortadas de la manera más exquisita y con la longitud más elegante. A todo esto, y tras recomendarle encarecidamente una y otra vez que guardara moderación en todo aquello que suele desequilibrar al hombre, este maestro de conservación de la belleza solicitó que se le dejara partir, dado que ya no podía serle de ninguna utilidad a su señor. No obstante, también cabe la posibilidad de que deseara volver con su anterior patrón a fin de poder seguir entregándose a los múltiples placeres de la vida teatral.

Ciertamente, al comandante le sentó muy bien volver a ser dueño de sí mismo. A los hombres juiciosos les basta con moderarse para ser también felices. El comandante quería volver a dedicarse libremente a su práctica habitual de la equitación, de la caza y de todo lo relacionado con ella. En tales momentos de soledad le volvía alegremente a la memoria la figura de Hilarie y se abandonaba al estado característico de los novios, tal vez el más cautivador que nos es dado vivir dentro del ámbito de una vida decente.

Habían transcurrido ya algunos meses sin que los distintos miembros de la familia hubieran recibido noticias unos de otros. El comandante estaba ocupado negociando en palacio ciertas concesiones y confirmaciones finales del traspaso de propiedades. La baronesa y Hilarie, por su parte, centraban sus actividades en la elaboración de la dote más suntuosa y bella que se pueda imaginar. El hijo, que servía fielmente a su dama, parecía haber perdido de vista todo lo demás. Había llegado el invierno, que pronto sumergió todas las residencias rurales en enojosos chaparrones y oscuridades prematuras.

Quien en una oscura noche de noviembre se hubiera perdido en las cercanías del palacio y, a la débil luz de una luna tapada por las nubes, hubiera vislumbrado en la oscuridad los campos, prados, arboledas, colinas y matorrales que se extendían ante su vista y, sin embargo, al doblar rápidamente un recodo, viera de repente la larga hilera de ventanas iluminadas de un largo edificio, habría creído sin lugar a dudas que éste estaba siendo ocupado por una sociedad vestida de gala que celebraba una fiesta. No obstante, cuál no habría sido su sorpresa si, una vez acompañado al piso superior a través de unas escaleras únicamente alumbradas por un par de criados, no viera más que a tres mujeres, la baronesa, Hilarie y la doncella, acomodadas en habitaciones luminosas de paredes claras, cálidas y confortables y rodeadas de un agradable mobiliario.

Pero ya que creemos haber podido sorprender a la baronesa en una situación festiva, se hace preciso observar que no hay que considerar esta espléndida iluminación como un gesto extraordinario, sino que

forma parte de las peculiaridades que la dama había conservado de su modo de vida anterior. Como hija de una primera dama de honor y educada en la corte, estaba acostumbrada a preferir el invierno a cualquier otra estación del año y a hacer de una suntuosa iluminación el fundamento de todos sus placeres. Aunque nunca faltaban las velas de cera, uno de sus criados más viejos hallaba tal placer en los pequeños artificios que difícilmente se inventaba un nuevo tipo de lámpara sin que él se esforzara por incorporarla a algún lugar del palacio, a lo que, si bien a veces la iluminación ganaba mucho con ello, también podía detectarse algún que otro rincón oculto en la penumbra.

La baronesa, movida por la inclinación y el buen juicio, había cambiado su cargo de dama de honor por un enlace con un importante terrateniente y agricultor y, como ella al principio no acababa de sentirse a gusto en un entorno rural, el que sería su marido, previa conformidad de sus vecinos y siguiendo las normativas del gobierno, había hecho mejorar los caminos a varias millas a la redonda hasta el punto de que no se conocía ningún otro lugar en el que las carreteras locales se hallaran en tan buen estado. En realidad, la intención principal de esta loable medida era permitir que su dama, sobre todo durante el buen tiempo, pudiera desplazarse en carruaje a donde quisiera y, a cambio, en invierno gustara de quedarse en casa con él, quien además supo convertirle la noche en día por medio de la iluminación. A la muerte del esposo, la preocupación apasionada por su hija le proporcionó suficiente ocupación, mientras que las frecuentes visitas de su hermano le daban la diversión que necesitaba y la habitual claridad del entorno, un bienestar que se asemejaba en mucho a una auténtica satisfacción.

No obstante, en el día de hoy semejante iluminación resulta especialmente oportuna, pues en una de las habitaciones podemos ver una especie de surtido de regalos de Navidad que saltan a la vista por su resplandor. La avispada doncella había movido al ayuda de cámara a que intensificara la iluminación y había agrupado y extendido todo lo que se había elaborado hasta ese momento para la dote de Hilarie, en realidad más con la aviesa intención de destacar lo que todavía faltaba que para resaltar lo ya hecho. Allí había todo lo necesario, elaborado con las telas más finas y decorado con los trabajos manuales más delicados, aunque tampoco faltaban algunos objetos caprichosos. Aun así, Ananette todavía supo hacer visible alguna que otra laguna allí donde bien podría haberse visto la más bella correlación. Si toda la ropa blanca, suntuosamente expuesta, deslumbraba la vista, mientras el lino, la muselina y como se llamen los tejidos más delicados ya reflejaban luz harto suficiente, todavía faltaban todas las prendas de seda de colores, cuya compra se estaba demorando sabiamente ya que, en vista de las fluctuaciones de la moda, se quería coronar el ajuar con los vestidos más novedosos.

Tras esta gozosa contemplación, todas las mujeres regresaron a sus habituales, aunque variadas, ocupaciones vespertinas. La baronesa, que sabía muy bien lo que hacía que una mujer joven de buena apariencia,

independientemente de los derroteros por los que pudiera llevarla el destino, resultara igualmente cautivadora por dentro y que su presencia fuera deseable, había sabido introducir en esta vida rural tantas y tan variadas e instructivas distracciones que, aun con toda su juventud, Hilarie ya parecía estar familiarizada con todo, no se sentía extraña en ninguna conversación y, aun así, se comportaba según correspondía a sus años. Nos llevaría demasiado lejos exponer aquí cómo se puede lograr y desarrollar algo semejante. Baste decir que aquella noche constituía una muestra de todo lo que había sido su vida anterior. Una lectura provechosa, una graciosa interpretación al piano o un canto cautivador iban desgranando el paso de las horas, y aunque lo hacían con la regularidad y complacencia de siempre, ahora contaban con un significado mayor, pues en todo momento se tenía presente a un tercero, a un hombre amado y respetado para el que ejercitar estas y otras cosas a fin de procurarle el más cordial de los recibimientos. Era un sentimiento de anticipación nupcial que no sólo animaba a Hilarie con las más dulces sensaciones, pues también su madre participaba discretamente de él, e incluso Ananette, habitualmente una muchacha siempre ingeniosa y activa, se veía inducida a entregarse a ciertas lejanas esperanzas que le hacían recordar a un amigo ausente como si hubiera regresado y estuviera de nuevo con ella. De este modo los sentimientos de estas tres mujeres, cada una de ellas encantadora a su manera, armonizaban perfectamente con la claridad que las rodeaba, con una calidez benefactora y con el más agradable de los estados.

De pronto, unos vehementes golpes y llamadas en el portal exterior, un intercambio de voces amenazadoras y exigentes y el resplandor de unas antorchas en el patio interrumpieron el dulce canto, aunque el estrépito llegó amortiguado antes de que se pudiera averiguar su origen. Con todo, no por eso se hizo el silencio: en la escalera se oyeron ruidos y una vivaz discusión entre hombres que subían. Para espanto de las mujeres, la puerta se abrió de golpe sin previo aviso. Flavio se precipitó en la habitación con un aspecto aterrador, la cabeza desaliñada cubierta de mechones rígidos como púas o que colgaban deformes empapados por la lluvia. El traje desgarrado como de quien se ha abierto paso precipitadamente entre matorrales y zarzas y tan sucio como si hubiera atravesado lodazales y pantanos.

-¡Mi padre! -exclamó el intruso-. ¿Dónde está mi padre?

Las mujeres seguían de pie, conmocionadas. El viejo cazador que había entrado con él, su criado más antiguo y cuidador más afectuoso, le espetó:

-¡Su padre no está aquí, cálmese! ¡Aquí sólo están su tía y su sobrina, vea!

-¿No está aquí? Entonces dejadme salir a buscarlo. Sólo él ha de oírlo, y después podré morir. ¡Dejadme huir de estas luces! Dejadme escapar del día que me deslumbra, me aniquila...

En ese momento entró el médico de la familia, quien le cogió de la mano y le buscó cuidadosamente el pulso. Varios criados les rodeaban temerosos.

-¿Qué estoy haciendo sobre estas alfombras? ¡Voy a estropearlas para siempre! ¡Mi desgracia gotea sobre ellas y mi abyecta suerte las contamina!

El joven pugnó entonces por dirigirse hacia la puerta, esfuerzo que fue aprovechado para sacarlo de allí y conducirlo hacia la alejada habitación de invitados en la que solía residir su padre. Madre e hija seguían en el mismo lugar, petrificadas. Habían visto a Orestes perseguido por las furias, pero no sublimado por el arte, sino en toda su espantosa y repugnante crudeza que, en contraste con la luminosidad del resplandor de las velas, se les antojaba tanto más terrible. Ofuscadas, las dos mujeres se miraron y cada una de ellas creyó ver en los ojos de la otra la terrible imagen que tan profundamente se había grabado en los suyos propios.

Después, recuperada sólo a medias de la impresión, la baronesa fue enviando a un criado tras otro a que acudieran a informarse. Averiguaron con cierto alivio que se estaba procediendo a desvestir al joven, a secarlo y asistirlo, y que éste, entre consciente y aturdido, les dejaba hacer. Una nueva consulta tuvo por respuesta que tuvieran paciencia.

Al fin las dos atemorizadas mujeres infirieron que se le había practicado una sangría al muchacho, además de habérsele administrado toda clase de calmantes. Habían conseguido apaciguarlo y ahora se confiaba en que pudiera dormir.

Cayó la medianoche. La baronesa exigió que, si el joven estaba dormido, se le permitiera ir a verlo. El médico se resistió, pero acabó cediendo. Hilarie se coló en la habitación con su madre. La estancia estaba oscura. Tan sólo una vela oculta por una pantalla verde emitía cierto resplandor. Apenas se podía vislumbrar algo y no se oía nada. La madre se acercó a la cama mientras Hilarie, ansiosa, tomó la luz y alumbró al durmiente. Tenía la cabeza vuelta hacia el otro lado, pero bajo aquellos rizos que ya volvían a ensortijarse asomaba graciosamente una oreja de encanto exquisito y una mejilla prominente, ahora empalidecida; la mirada inquieta era atraída por una mano en reposo, de dedos largos, fuertes y delicados. Hilarie, respirando silenciosamente, creyó poder escuchar a su vez una respiración pausada y, como Psique, acercó la vela todavía más al durmiente, aun a riesgo de perturbar el sosiego mas saludable*. Entonces el médico le quitó la vela y alumbró a las mujeres de regreso a sus habitaciones.

---

* Psique había contraído matrimonio con Amor, que sólo se le acercaba de noche y cuyo rostro le estaba prohibido ver. Sin embargo, una noche Psique alumbró a Amor con una lámpara mientras éste dormía. Temblorosa ante la contemplación de su gran belleza, dejó caer involuntariamente una gota del aceite de la lámpara sobre su rostro y lo despertó, provocando así que la abandonara.

De qué manera pasaron la noche estas buenas personas, merecedoras de toda nuestra compasión, siempre será un secreto para nosotros. Sin embargo, sí sabemos que a la mañana siguiente las dos mostraron una enorme impaciencia desde hora muy temprana. Las preguntas no tenían fin, mientras que el deseo de ver al enfermo era discreto, aunque imperioso. No fue hasta el mediodía cuando el médico les permitió hacerle una breve visita.

La baronesa entró en la habitación y Flavio le tendió la mano.

-Perdóneme, queridísima tía. Tenga un poco de paciencia; tal vez no sea por mucho tiempo.

Entonces entró Hilarie. También a ella le tendió la mano derecha.

-Salud, querida hermana.

A la muchacha estas palabras le llegaron al corazón. Él no le soltaba la mano y los dos se miraron: una pareja espléndida que contrastaba bellamente. Los ojos negros y centelleantes del muchacho armonizaban con sus rizos oscuros y despeinados. Ella, por el contrario, parecía sumida en una paz celestial, cuando, en realidad, a aquel suceso perturbador venía a unírsele ahora un presente preñado de presagios. Que él la llamara «hermana» provocó que lo más profundo de su interior latiera agitadamente.

-¿Cómo te encuentras, querido sobrino? -dijo entonces la baronesa.

-Bastante bien... Aunque aquí me estén tratando mal.

-¿Por qué?

-Me han hecho una sangría, lo cual es espantoso; luego se han deshecho de la sangre, y eso es una insolencia; al fin y al cabo, no me pertenece a mí, sino que es toda suya, sólo suya...

Con estas palabras pareció transfigurarse, aunque ocultó su rostro cubierto de ardientes lágrimas en la almohada.

La cara de Hilarie le mostró a su madre una expresión terrible. Era como si aquella querida muchacha tuviera abiertas ante sí las puertas del infierno y viera algo monstruoso por primera vez y para siempre. La joven atravesó la gran sala rápida y apasionadamente y se arrojó al sofá de la última de sus estancias mientras su madre la seguía y le preguntaba lo que, desafortunadamente, ya había acertado a comprender. Hilarie, alzando extrañamente la mirada, exclamó:

-¡La sangre! Su sangre es toda suya, toda suya, pero ¡ella no la merece! ¡Pobre infeliz! ¡Pobrecita criatura...!

Tras decir esto, el más amargo caudal de lágrimas alivió su afligido corazón. ¿Quién acometería la empresa de desvelar las circunstancias que se desarrollaron a partir de lo hasta aquí descrito? ¿Quién querría sacar a la luz la íntima desgracia que aquejó a estas mujeres después de este primer reencuentro? Éste también le resultó extremadamente perjudicial al enfermo, o así al menos lo afirmó el médico, quien, aunque acudía con harto frecuencia a informar y a consolar a las señoras de la casa, se sintió en la obligación de prohibirles cualquier nuevo acercamiento. Es verdad que su imposición fue recibida con voluntariosa

transigencia, pues la hija no se atrevía a reclamar lo que la madre no habría tolerado, y así se optó por obedecer la orden de aquel hombre juicioso. Éste, por su parte, les trajo la tranquilizadora noticia de que Flavio había solicitado material para escribir e incluso había llegado a utilizarlo alguna vez, aunque escondiendo enseguida lo escrito a un lado de la cama. Así es como vino a unirse la curiosidad a la inquietud e impaciencia, generando horas de verdadero tormento. Al cabo de algún tiempo, sin embargo, el médico trajo una hojita escrita precipitadamente, aunque con letra bonita y ágil. Contenía los siguientes versos:

Como una maravilla el hombre ha nacido,
Y entre maravillas, loco, se ha perdido.
¿En pos de qué portal oculto y sombrío
Tantean sin rumbo unos pasos inciertos?
Y luego, en pleno esplendor del paraíso,
Percibo la noche, la muerte y el infierno.

Aquí el noble arte de la poesía supo demostrar una vez más sus poderes curativos. Íntimamente fusionada con la música, la poesía cura a fondo todos los males del alma, en la medida en que los estimula, los provoca y luego los volatiliza violentamente en un dolor que termina por desvanecerse. El médico ya estaba convencido de que el muchacho se restablecería muy pronto. Físicamente sano como estaba, no tardaría en recuperar la alegría en cuanto pudiera superar o aliviar la pasión que lastraba su ánimo. Hilarie pensó en componerle una respuesta, por lo que pasó largos ratos sentada al piano intentando acompañar con una melodía los versos del enfermo. Pero no lo consiguió, pues no había nada en su alma capaz de hacer resonar un dolor tan profundo. Aun así, mientras lo intentaba, el ritmo y la rima engatusaron de tal modo sus sentimientos que empleó la alegría aliviadora para salir al encuentro de aquella poesía y se tomó su tiempo para formar y perfeccionar la siguiente estrofa:

Aunque en hondo dolor te creas perdido,
Es para gustar la juventud que has nacido;
Recóbrate y avanza con paso fuerte
Hacia un brillante paraíso de amistad.
Percibe el apoyo de quien bien te quiere
Y tu fuente de vida volverá a brotar.

El médico, viejo amigo de la casa, pasó el mensaje y éste hizo su efecto. El muchacho no tardó en responder más moderadamente. Hilarte continuó con sus respuestas consoladoras y así, poco a poco, parecieron recuperarse días alegres y horizontes renovados. Tal vez algún día nos sea dado relatar el transcurso entero de este gracioso tratamiento. El caso es que entre tales ocupaciones el tiempo pasaba muy gratamente y

ya se estaba avecinando un reencuentro tranquilo que el médico no tenía intención de demorar más de lo necesario.

Entretanto la baronesa se había dedicado a ordenar y archivar viejos papeles, y esta ocupación tan perfectamente adecuada a sus actuales circunstancias tuvo un efecto singular en la agitación de su ánimo. Algunos años de su vida fueron sucediéndose retrospectivamente en su cabeza, años de penas profundas y amenazadoras cuyo recuerdo le daba fuerzas para afrontar el momento presente. Sobre todo rememoró emocionada el recuerdo de la hermosa relación que había mantenido con Makarie en una situación delicada. La grandeza de aquella mujer única volvió a adquirir presencia en su memoria con todo su esplendor, por lo que no tardó ni un instante en tomar la decisión de también en esta ocasión dirigirse a ella, pues ¿a quién si no podía expresar sus actuales sentimientos? ¿A quién reconocer abiertamente sus temores y esperanzas?

Mientras ponía orden encontró también, entre otras cosas, el retrato en miniatura de su hermano y no pudo por menos de suspirar sonriente ante el gran parecido que guardaba con su hijo. En ese mismo instante la sorprendió Hilarie, quien se hizo con el retrato y quedó igualmente afectada de un modo singular por aquella. semejanza.

Así transcurrió cierto tiempo. Por fin, con el beneplácito del médico y en su compañía, Flavio, tras haber anunciado su llegada, acudió a compartir el desayuno. Las mujeres habían aguardado con temor esta primera aparición suya. Sin embargo, al igual que en momentos significativos y hasta terribles es frecuente que, de pronto, acontezca algo alegre o incluso ridículo, también esta vez pasó algo parecido. El hijo apareció vestido de pies a cabeza con ropa de su padre, pues, como el traje que llevaba a su llegada había quedado inservible, había tenido que recurrir al guardarropa doméstico y de campo que el comandante, a fin de poder llevar su vida familiar y de caza con comodidad, había dejado al cuidado de su hermana. La baronesa sonrió y se contuvo. Hilarte, sin saber cómo, quedó profundamente afectada, pues volvió bruscamente la cara. En ese momento al joven no acertó a salirle ninguna palabra amable o frase pertinente de los labios. A fin de salvarlos a todos de aquella situación embarazosa, el médico se puso a comparar ambas figuras. El padre era un poquito más alto, dijo, y por eso la chaqueta le venía un poco larga. En cambio, el hijo era más ancho de hombros, por lo que también le venía estrecha. Ambos malentendidos le procuraron a esta mascarada un viso de comicidad.

No obstante, gracias a estos detalles se logró superar la incomodidad del momento, si bien es verdad que a Hilarte la semejanza de la juvenil imagen paternal con la frescura de la presencia real del hijo le resultaba inquietante, incluso opresiva.

A partir de ahora nos gustaría que el período que sigue fuera prolijamente descrito por una delicada mano femenina, ya que a nosotros, limitados por nuestra propia naturaleza, sólo nos es dado

ocuparnos de los aspectos más generales. Con todo, por lo pronto ha llegado el momento de referirnos una vez más a la influencia del arte poético.

No se le podía negar cierto talento a nuestro Flavio, aunque el muchacho todavía dependiera en exceso de las ocasiones apasionadas y sensuales para poder crear algo notable. De ahí que casi todos los poemas dedicados a aquella mujer irresistible resultaran extremadamente profundos y loables, por lo que ahora, leídos en voz alta y con expresión entusiasta a una mujer hermosa, extremadamente encantadora y que además se encontraba presente, a la fuerza tenían que causar un efecto nada desdeñable.

Una mujer que ve cómo alguien ama apasionadamente a otra gusta de acomodarse en el papel de confidente, albergando la sensación secreta y prácticamente inconsciente de que no le desagradaría verse calladamente elevada al puesto de la adorada. Además, las conversaciones de los dos jóvenes derivaban cada vez más hacia derroteros alusivos, como esos poemas dialogados que gusta de componer el amante, ya que con ellos puede hacerse responder a medias, siquiera modestamente, por boca de su amada, que de este modo le dice lo que él desearía oír y que difícilmente puede aspirar a escuchar nunca de sus bellos labios[*]. Flavio leyó estos poemas suyos con Hilarie, se repartieron los roles y, como los dos tenían que leer a partir de un único manuscrito que, además, tenían que poder consultar a tiempo a fin de hacer su entrada en el momento exacto, aspecto que los obligaba a sostener simultáneamente el mismo cuaderno, resultaba que de este modo, sentados muy cerca, los cuerpos y las manos fueron aproximándose cada vez más, hasta que al final las dos extremidades, escondidas, llegaron al extremo de tocarse con toda naturalidad.

Pero bajo tan hermosas circunstancias y entre las deliciosas amenidades que éstas provocaban, Flavio sentía una preocupación punzante que le resultaba difícil ocultar y, añorando cada vez más la llegada de su padre, comentó cierto día que tenía que confiarle algo de la mayor importancia. La verdad es que, reflexionando sólo un poco, este secreto no habría sido difícil de adivinar. Aquella mujer cautivadora, en un momento de conmoción provocado por el acoso del muchacho, bien pudo haberlo rechazado con ademán decidido, suspendiendo y aniquilando así la esperanza que hasta entonces se le había impuesto obcecadamente. No osamos describir aquí la escena en la que esto pudo haberse producido por temor a que pudiera faltarnos el ardor juvenil necesario. En definitiva, el caso es que el chico quedó hasta tal punto fuera de sí que se fue corriendo del cuartel sin pedir permiso y, con la intención de ir en busca de su padre, trató desesperadamente de llegar a

[*] Un «poema dialogado» como éste, *Arpas eólicas (Aolsharfen),* fue escrito por Goethe en 1822, tras separarse de Ulrike von Levetzow después de haber pasado el segundo verano con ella en Marienbad. En él se anticipan varios motivos de la *Elegía.*

la residencia de campo de su tía en plena noche y a través de la lluvia y la tormenta, tal y como hemos visto no hace mucho. Ahora, una vez recuperada la sobriedad de pensamiento, las consecuencias de un paso semejante se le impusieron vivamente y, como el padre permanecía ausente cada vez por más tiempo, lo que lo obligaba a renunciar al único intermediario posible, ya no sabía cómo contenerse ni de qué modo salvarse.

Así pues, cuán sorprendido y afectado no debió de quedar cuando se le entregó una carta de su coronel, cuyo bien conocido sello abrió con mano atemorizada y vacilante, pero que, tras unas palabras de gran cordialidad, terminaba con la aseveración de que el permiso que le había sido concedido había de prolongarse todavía un mes más.

Por inexplicable que pudiera parecerle esta muestra de gracia, merced a ella se vio liberado de una carga que empezaba a oprimir su ánimo con un temor casi mayor al del amor desairado. Ahora fue cuando por fin pudo sentir plenamente la felicidad de verse tan bien acogido por sus afectuosos familiares. Ya podía disfrutar de la presencia de Hilarie y no pasó mucho tiempo hasta que ya tuvo plenamente restablecidas las cualidades sociales que la bella viuda y su entorno le habían vuelto imperativas y que únicamente se habían enturbiado para siempre por una exigencia perentoria del puño y letra de ésta.

Hallándose de un ánimo semejante, bien podían esperar pacientemente la llegada del padre. Además, ciertos fenómenos naturales que se dieron por aquellos días también invitaron a llevar una vida más activa. Las lluvias incesantes que los habían mantenido a todos en el interior del palacio hasta entonces habían provocado que el nivel de los ríos subiera por doquier, desbordándose en grandes masas de agua. Al parecer se habían roto algunos diques y el terreno que se extendía en torno a las laderas del palacio había quedado como un lago resplandeciente del que todas las aldeas, alquerías y fincas de mayor o menor tamaño, aun situadas en lo alto de sendas colinas, asomaban como si fueran islas*.

Con todo, en aquella residencia ya se estaba preparado para casos semejantes, que, aunque infrecuentes, no se podían descartar por completo. Así, la señora de la casa ordenaba y los criados ejecutaban. Tras las primeras medidas generales de auxilio se horneó pan y se procedió a la matanza de algunos toros, mientras barcas de pescadores iban de aquí para allá, distribuyendo la ayuda y la prevención por los cuatro puntos cardinales. Todo estaba saliendo bien. Los afectuosos donativos eran recibidos con alegría y agradecimiento. Tan sólo hubo un lugar en el que los residentes no se quisieron fiar del reparto de los prohombres. Flavio asumió el asunto y llegó rápidamente al lugar sin mayores contratiempos a bordo de una barca bien cargada, por lo que

* Tal vez resuenen aquí los ecos de la gran inundación que se produjo el 9 de septiembre de 1821 en Karlsbad, de la que Goethe tuvo noticia durante su estancia en Eger, muy próxima a la ciudad afectada, después de su primer verano en Marienbad.

también aquel simple asunto, tratado con una simplicidad equivalente, salió a pedir de boca. Mientras emprendía el camino de regreso nuestro muchacho también despachó un encargo que le había hecho Hilarie al despedirse, y es que precisamente en aquellos días de infortunio había estado de parto una mujer por la que la hermosa niña se interesaba especialmente. Flavio encontró a la parturienta y pudo llevar de regreso a casa el agradecimiento de todos en general y el de aquella mujer en particular. En tales circunstancias no podían faltar toda clase de anécdotas. Si bien nadie había perdido la vida, había mucho que decir sobre salvamentos prodigiosos y acontecimientos extraños, jocosos e incluso ridículos, y más de una situación forzosa fue transmitida en atractivos relatos. En definitiva, el caso es que de pronto Hilarte sintió un deseo irresistible de emprender también una excursión para ir a saludar personalmente a la parturienta, hacerle algunos regalos y pasar algunas animadas horas con ella.

Tras ciertas reticencias por parte de su madre, terminó venciendo la alegre voluntad de Hilarie de superar esta aventura. Por nuestra parte admitiremos de buen grado que en el momento en que se nos dio a conocer esta eventualidad nos sentimos un poco preocupados ante la posibilidad de que pudiera amenazarla algún peligro, como pudiera ser un embarrancamiento, un vuelco de la barca o cualquier otro riesgo para la vida de la hermosa que iría inmediatamente seguido de un audaz salvamento por parte del muchacho susceptible de apretar todavía más el nudo aún suelto del vínculo que los unía. Pero no hubo nada de todo esto, el viaje transcurrió sin contratiempos y la parturienta recibió su visita y sus regalos. La compañía del médico no dejó de causar su efecto y, si aquí y allá la barca llegó a recibir algún pequeño golpe o en alguna ocasión algún momento de aparente peligro parecía inquietar a los remeros, éste siempre concluía con alguna broma o con una suave burla cuando uno de ellos pretendía haber visto en el otro una expresión temerosa, un cierto apuro o una mueca de espanto. Entretanto, la mutua confianza que se tenían había aumentado significativamente. La costumbre de verse y de estar juntos bajo cualquier circunstancia se había reforzado, y esa peligrosa posición en la que el parentesco y la inclinación se creen con el derecho del acercamiento fisico se volvía cada vez más crítica.

Sin embargo, aún iban a tener nuevos y numerosos motivos para sentirse gratamente atraídos a tales paseos amorosos: por aquellos días el cielo se despejó e hizo su entrada el frío intenso que caracteriza a esta época del año y que congeló las aguas antes de darles tiempo de decrecer. Entonces, de repente, el espectáculo que ofrecía el mundo se transformó a ojos de todos. Lo que antes se había mantenido separado por caudales de agua ahora permanecía unido por un suelo firme, y no tardó en actuar a modo de ansiado intermediario ese bello arte que, a fin de glorificar los primeros y cortos días del invierno y de procurarle una nueva vida a lo aterido, había sido inventado en las tierras del Norte. Así

pues, se abrió la armería y cada cual buscó el calzado de acero marcado con su nombre, ansiosos de ser los primeros en pisar, aunque fuera con cierto riesgo, aquella superficie lisa y cristalina. Entre los habitantes de la casa había muchos que estaban entrenados para alcanzar la máxima ligereza, pues casi todos los años les era dado disfrutar de este placer en los lagos de las cercanías y en los canales que los comunicaban, por mucho que esta vez contaran con aquella enorme superficie que se extendía hasta el horizonte.

Flavio ya se sentía completamente sano y Hilarte, instruida desde su más tierna infancia por su tío, demostró tener tanto encanto como vigor sobre aquel suelo de nueva creación. Todos se desplazaban de un lado a otro con una alegría creciente, ya fuera juntos o individualmente, ora desprendidos o en corro. El separarse y evitarse, esos movimientos que tanto suelen lastrar de ordinario nuestro corazón, aquí se convertían en una pequeña osadía jocosa y los participantes se rehuían para reencontrarse de nuevo unos instantes después.

Pero en medio de todo aquel placer y alegría seguía agitándose un mundo de necesidad. Todavía quedaban algunas localidades que únicamente habían recibido su aprovisionamiento a medias, por lo que a partir de aquel momento se promovió que los bienes más urgentes volaran de aquí para allá sobre trineos de vigoroso tiro, y lo que aún favoreció más a aquella región fue que ahora era posible cargar rápidamente desde algunos lugares excesivamente alejados de la carretera principal los productos agrícolas y ganaderos para llevarlos a los almacenes más próximos de las ciudades y aldeas más pequeñas, desde donde podían repartirse a su vez toda clase de mercancías. De este modo, toda una región amenazada y que estaba sufriendo una amarga carestía de repente se vio nuevamente liberada, abastecida y unida gracias a aquella lisa superficie que se abría a los más hábiles y osados.

Aun entre tantas diversiones, la joven pareja no dejó de tener presentes algunas obligaciones surgidas del afecto. Fueron a visitar a aquella parturienta y le procuraron todo lo necesario. También hicieron otras visitas: ancianos cuya salud les había preocupado; religiosos con los que estaban acostumbrados a mantener conversaciones edificantes y que ahora, frente a semejante prueba del destino, parecían aún más dignos de respeto; pequeños terratenientes que, con harta osadía, habían edificado años atrás en peligrosas hondonadas, que por esta vez, protegidos por sólidos diques, no habían sufrido ningún daño y que, tras haber pasado un miedo terrible, sentían doblemente la dicha de vivir. Cada granja, cada casa, cada familia y cada individuo tenía su propia historia que contar y cada cual se había convertido en alguien importante para sí mismo y tal vez también para los demás, por lo que era frecuente que se interrumpieran unos a otros mientras relataban sus vicisitudes. Todos tenían tanta prisa al hablar y actuar como al ir y al venir, ya que siempre cabía el peligro de que una bonanza repentina destruyera todo aquel bello circuito de gozosa interacción, amenazando a

los hosteleros y manteniendo a los huéspedes aislados de sus casas.

Si durante el día todos estaban ocupados en hacer rápidos desplazamientos y en sentir el más vivo interés por todo, las veladas nocturnas procuraban horas muy agradables, aunque de índole muy distinta, pues uno de los aspectos en los que el patinaje aventaja a todas las demás modalidades de ejercicio físico es que en él el esfuerzo no sofoca y la persistencia no fatiga. Al patinador los miembros se le antojan más flexibles y todo esfuerzo parece generar un nuevo vigor, de manera que al final nos acomete un sosiego gozosamente excitado en el que nos sentimos tentados de continuar meciéndonos sin cesar.

Así, hoy la joven pareja no podía desprenderse del suelo deslizante y cada una de sus carreras hacia el palacio iluminado donde ya se había reunido una multitud considerable era bruscamente interrumpida por una media vuelta y un renovado adentrarse en el ancho mundo. Los dos muchachos no se querían separar por miedo a perderse, así que se tomaron de la mano para poder estar totalmente seguros de la presencia del otro. Sin embargo, el movimiento parecía mucho más dulce cuando apoyaban los brazos en los hombros del compañero y los delicados dedos jugaban sin darse cuenta con sus rizos.

La luna llena seguía su curso ascendente por la centelleante bóveda celeste, completando la magia del entorno. Los dos pudieron volver a verse con claridad y buscaron contestación en los ojos en penumbra del otro, como hasta entonces. Sin embargo, esta vez era distinto. De los respectivos abismos de sus ojos parecía asomar un resplandor que sugería lo que la boca había sabido callar sabiamente. Los dos se sintieron sumidos en un estado eufórico y festivo.

Los altos sauces y alisos en las cunetas y todos los matorrales bajos de las pendientes y colinas habían ganado en nitidez. Las estrellas llameaban, el frío se había vuelto más intenso, pero ellos no lo sentían mientras seguían deslizándose a lo largo del centelleante reflejo de la luna e iban al encuentro de las mismísimas estrellas. Entonces alzaron la vista y en el relampagueante reflejo vieron flotar de un lado a otro la silueta de un hombre que parecía perseguir su propia sombra y que, inmerso en la oscuridad pero rodeado del resplandor de la luz, se dirigía hacia ellos. Involuntariamente ambos dieron media vuelta, pues les habría resultado enojoso encontrarse ahora con alguien. Así pues, evitaron aquella figura que no cesaba de moverse y que, sin haber notado aparentemente su presencia, seguía su camino en línea recta hacia el palacio. Sin embargo, el desconocido abandonó de repente esa dirección y dio varias vueltas en torno a la pareja, que ya estaba empezando a asustarse. Con cierto discernimiento trataron de alcanzar el lado de sombra, mientras aquél seguía avanzando directamente hacia ellos, cada vez más cerca. Ya les era imposible no reconocer al padre.

Hilarie, al detener repentinamente la marcha a causa del estupor, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Flavio se arrodilló enseguida a su lado y apoyó la cabeza de la joven en su regazo. Ella ocultó en él su rostro, sin

comprender qué le había sucedido.

-Voy a buscar un trineo. Por ahí abajo todavía corre uno. Espero que no se haya hecho daño. ¡Mira, me reencontraré con vosotros junto a esos tres alisos! -dijo el padre.

Antes de que pudieran reaccionar su figura ya se había perdido en la lejanía. Hilarie se puso en pie apoyándose en Flavio.

-¡Huyamos! -exclamó-. ¡No puedo soportarlo!

Dicho esto se impulsó con tanta energía en sentido contrario al palacio que Flavio tuvo que hacer un gran esfuerzo para darle alcance y hablarle afectuosamente.

No cabe ni imaginar siquiera el ánimo que agitaba el interior de aquellas tres criaturas confusas y descarriadas bajo la luz de la luna sobre aquella lisa superficie. El caso es que llegaron tarde al palacio. La joven pareja llegó por separado, sin atreverse a tocarse o aproximarse siquiera, y el padre volvió con el trineo vacío, que había estado arrastrando voluntariosamente y en vano de un lado a otro. La música y el baile ya habían empezado, y Hilarie, con la excusa del dolor que le habría causado una grave caída, fue a esconderse en su habitación, mientras Flavio aceptó de muy buen grado que fueran otros jóvenes compañeros quienes se ocuparan de guiar la danza, aunque en realidad así lo habían hecho ya en vistas de su ausencia. Al comandante, que no apareció en el baile en ningún momento, le resultó extraño, si bien no inesperado, encontrarse su habitación como si alguien hubiera estado residiendo en ella y con sus propios trajes, ropa y adminículos dispersos por doquier, menos ordenadamente de lo que estaba acostumbrado. La señora de la casa atendió a sus obligaciones forzada por el decoro. Sin embargo, qué contenta se sintió cuando todos los invitados, debidamente alojados, le dejaron por fin la oportunidad de aclarar las cosas con su hermano. Aunque eso no le llevó mucho rato, recuperarse de la sorpresa, comprender lo inesperado, eliminar toda duda y dominar el pesar exigían su tiempo. Por lo pronto no cabía esperar en desatar aquel nudo ni en liberar el espíritu.

Nuestros lectores se convencerán fácilmente de que, llegados a este punto, ya no debemos continuar relatando nuestra historia de manera descriptiva, sino narrativa y contemplativa, al menos si es que queremos adentrarnos en esos estados de ánimo de los que ahora todo se trata y evocarlos debidamente.

Así pues, empezaremos informando de que el comandante, desde el día en que lo perdimos de vista, había dedicado todo su tiempo a resolver aquellas gestiones familiares que, por sencillas que pudieran parecer en un principio, acabaron plagadas de obstáculos inesperados que se iban interponiendo en algún que otro aspecto concreto. De hecho, no resulta nada fácil desliar un estado de cosas previamente confuso y unir en un solo ovillo sus diversos hilos enredados. Dado que se vio obligado a cambiar varias veces de lugar por este motivo a fin de promover los asuntos que tenía pendientes con distintas instituciones y personas, las

cartas de su hermana llegaron a él poco a poco y en desorden. En primer lugar se enteró del descarrío de su hijo y de su enfermedad. Después leyó algo sobre un permiso, pero no acertó a comprenderlo. Sin embargo, que la inclinación de Hilarie estaba empezando a cambiar de sentido fue algo que le estuvo vedado saber, pues ¿cómo habría podido su hermana informarle de algo semejante?

Cuando supo la noticia de la inundación aceleró su viaje, aunque no llegó a las proximidades de la zona hasta que la helada hubo caído ya, así que se procuró unos patines, envió a los criados y los caballos al palacio a través de un rodeo y, dirigiéndose hacia el lugar con paso rápido y reconociendo ya de lejos las ventanas iluminadas, llegó en una noche tan clara como el día hasta el lugar donde le esperaba una visión nada satisfactoria que lo sumió en una desagradabilísima confusión.

En su contraste, la transición de la verdad interior a la realidad exterior siempre es dolorosa. Por otra parte, ¿acaso el amor y la permanencia no deberían disfrutar de los mismos derechos que la separación y el alejamiento? Sin embargo, cuando una cosa se desprende de la otra, se abre en el alma un abismo monstruoso en el que más de un corazón se ha hundido para siempre. Y es que el delirio, mientras dura, tiene un contenido irresistible de verdad y sólo los espíritus viriles y fuertes se enaltecen y fortalecen al reconocer un error, pues a ellos un descubrimiento semejante los eleva por encima de sí mismos y desde esa altura, sabiendo bloqueado el viejo camino, miran rápidamente a su alrededor en busca de uno nuevo para tomarlo de inmediato con frescura y valor.

Son incontables las confusiones a las que se ve abocado el hombre en momentos como éste. Incontables asimismo los medios que una naturaleza dotada de inventiva puede descubrir entre sus propias fuerzas o, si éstas no fueran suficientes, ver positivamente más allá de ellas.

Sin embargo, afortunadamente, el comandante, aun sin quererlo ni pretenderlo, había intuido ya que podría llegar a darse un caso semejante. Desde que se despidió del ayuda de cámara especialista en cosméticos y dejó que su existencia volviera a seguir su curso natural, renunciando a reivindicar las apariencias, se había empezado a sentir algo más limitado en su bienestar físico. Aunque se daba buena cuenta de los aspectos desagradables que comportaba la transición del primer amante al padre bondadoso, este último papel pugnaba por imponérsele cada vez más. La preocupación por el destino de Hilarie y de los suyos siempre ocupaba el primer lugar de sus pensamientos, mientras que el amor, la dependencia y el deseo por una presencia cada vez más cercana se producía sólo en segunda instancia. Y cuando se imaginaba a Hilarie en sus brazos, más que la dicha de poseerla, era la felicidad de ella lo que le importaba y lo que deseaba procurarle. Es más, si quería disfrutar de su imagen en toda su pureza, se le hacía preciso recordar primero el afecto que ella le había declarado con celestiales palabras y aquel

instante en el que se le había dedicado tan inesperadamente.

Pero ahora que había tenido ocasión de ver a aquella pareja unida y joven en la clara noche y a su amada, tras conmocionarse y caer, en el regazo del muchacho, sin que ninguno de los dos prestara atención a su promesa de ir a por ayuda y sin que lo esperaran en el lugar que tan claramente les había indicado, desapareciendo en la profundidad de la noche y abandonándolo a él en la mayor pesadumbre: ¿quién no se desesperaría con toda su alma en una situación semejante?

De pronto, aquella familia acostumbrada a estar tan unida y que vivía en la esperanza de lograr una unión aún más estrecha, se dispersó precipitadamente. Hilarie se negaba obcecadamente a salir de su habitación. Mientras, el comandante hizo acopio de valor para preguntarle a su hijo cómo se habían desarrollado los acontecimientos hasta el día de su llegada. Así, supo que toda aquella desgracia la había causado una frivolidad femenina de la bella viuda. A fin de no abandonar a Flavio, su apasionado pretendiente, a los favores de otra mujer que había delatado cierto interés por él, le dedicó más favores de los que eran lícitos.

Él, estimulado y alentado por ello, persiguió vehementemente sus fines hasta extremos indecorosos, a lo que primero la resistencia y la discordia y después una decidida ruptura pusieron a la relación un fin definitivo.

A la benevolencia paterna no le queda más remedio que lamentar los errores de los hijos cuando éstos tienen malas consecuencias y corregirlos en la medida de lo posible. Ysi los errores pasan sin mayor trascendencia, perdonarlos y olvidarlos. Tras algunas objeciones y persuasiones, Flavio partió entonces hacia la hacienda recién adquirida a fin de solucionar algunos asuntos en nombre de su padre, con el pacto de que se quedaría allí hasta que acabara su permiso para reincorporarse después al regimiento que, entretanto, se había trasladado a otro cuartel.

Al comandante le llevó varios días abrir las cartas y paquetes que se habían acumulado en casa de su hermana durante su prolongada ausencia. Entre otras cosas encontró una carta de su amigo de la cosmética, aquel actor que se conservaba tan bien. Éste, informado por su ayuda de cámara de la situación en que se encontraba el comandante y de su intención de contraer matrimonio, le expuso con humor todas las objeciones que uno siempre debería tener muy presentes ante una empresa de tal calibre. Trató del asunto a su manera y le hizo considerar que, para un hombre de cierta edad, el remedio cosmético más eficaz era renunciar al sexo débil y disfrutar de una libertad grata y encomiable. El comandante le enseñó la carta a su hermana con una sonrisa, aunque aludiendo con gravedad suficiente a la importancia de su contenido. Además, entretanto se le había ocurrido un poema de cuya versión rítmica todavía no disponemos, pero cuyo contenido se destaca por el empleo de delicadas metáforas y por un gracioso giro:

«La tardía luna que por la noche todavía proporciona una luz

considerable, empalidece ante el sol naciente. El delirio amoroso de la madurez desaparece en presencia de la juventud apasionada. El abeto que en invierno parece fresco y vigoroso, en primavera se muestra pardo y de mal color junto al claro abedul que reverdece».

No queremos ensalzar aquí a la filosofía ni a la poesía como auxiliares decisivos para la adopción de una decisión final, pues, así como un acontecimiento insignificante puede acabar teniendo las más graves consecuencias, también es frecuente que ayude a inclinar la balanza hacia un lado u otro cuando imperan sentimientos vacilantes. Hacía poco que al comandante se le había caído un diente, uno de los incisivos, y tenía miedo de que pudiera acabar perdiendo también el segundo. Dada su mentalidad no cabía pensar siquiera en la posibilidad de reponerlos artificialmente. Por otra parte, pretender a una joven amada con un defecto semejante empezaba a antojársele degradante, especialmente ahora que se encontraba con ella bajo un mismo techo. De haberse producido un poco antes o un poco después, tal vez aquel incidente apenas habría tenido consecuencias, pero justo en ese instante provocó uno de esos momentos que a la fuerza tiene que resultarle repelente a cualquier persona acostumbrada a una vigorosa plenitud. Es como si le hubieran arrancado la piedra clave de su existencia orgánica, de manera que el resto de la bóveda también amenazara con irse desmoronando poco a poco.

Sea como fuere, el caso es que el comandante no tardó en debatir juiciosa y comprensivamente con su hermana aquel asunto que parecía tan confuso. Los dos no tuvieron más remedio que admitir que en realidad no habían hecho más que llegar a su meta inicial a costa de un rodeo, acercándose mucho a aquello de lo que, en parte por casualidad y en parte por la inducción de una circunstancia externa y por la equivocación de una niña inexperta, se habían alejado irreflexivamente. Nada les pareció más natural que perseverar ahora en ese camino, preparar el enlace de las dos criaturas y a partir de entonces dedicarles fiel y asiduamente toda su solicitud paternal, para lo que habían sabido procurarse los medios necesarios. En total conformidad con su hermano, la baronesa fue a ver a Hilarte a su habitación. La sorprendió sentada al piano, acompañando su propio canto. La joven saludó a la recién llegada y la invitó a escuchar con una mirada alegre y una inclinación de cabeza. Era una canción agradable y tranquilizadora que expresaba por parte de la cantante un estado de ánimo que no podría haberse deseado mejor. Cuando hubo terminado se puso en pie y, antes de que la mayor y más juiciosa pudiera iniciar su discurso, empezó a hablar:

-¡Querida madre! Ha estado bien que hayamos guardado silencio durante tanto tiempo sobre el asunto más importante de todos. Aunque le agradezco que hasta ahora no haya tocado esta cuerda sensible, creo que ya ha llegado el momento de que nos expliquemos, si a usted le parece bien. ¿Cómo ve el asunto?

La baronesa, muy contenta por el ánimo apacible y dulce en que halló a

su hija, enseguida rememoró comprensivamente los viejos tiempos, así como la personalidad y los méritos de su hermano. Supo reconocer la fuerte impresión que forzosamente tenía que causarle a un corazón libre el único hombre de auténtica valía cuando llegaba a conocer tan de cerca a una joven muchacha, y cómo a partir de ese encuentro, en lugar de un infantil respeto y confianza, bien podía llegar a desarrollarse una inclinación que se manifestara en forma de amor o incluso de pasión. Hilarte la escuchaba atentamente y de vez en cuando expresaba su más absoluta conformidad con gestos y señales de asentimiento. Entonces la madre pasó a hablar del hijo y la joven dejó caer sus largas pestañas. Y si bien en este caso la oradora no encontró tantos argumentos elogiosos como había sabido dedicarle al padre, se atuvo sobre todo al gran parecido que guardaban los dos, así como a la gran ventaja que le procuraba a éste su juventud y que, una vez elegido como compañero adecuado para el resto de la vida, también hacía presagiar que el tiempo le concedería la plena realización de una existencia paterna. También en este punto Hilarie parecía pensar lo mismo que ella, aunque una mirada algo más seria y algún instante con los ojos fijos en el suelo delataran cierta emoción interior que, dadas las circunstancias, resultaba de lo más natural. A continuación, el discurso derivó hacia las afortunadas y, en cierto modo, imperiosas condiciones externas. Tanto aquella comparación que ya había sido debidamente desarrollada, el alentador provecho para el presente, así como las expectativas de futuro que se extendían por varios derroteros, todo eso le fue hecho notar a la joven en plena correspondencia con la verdad. Finalmente, tampoco pudieron faltar alusiones al hecho de que, como la propia Hilarie no podía por menos de recordar, al fin y al cabo antaño había estado prometida a su primo adolescente, aunque sólo fuera en broma. A partir de todo lo expuesto la madre finalizó llegando a la conclusión que ya se estaba imponiendo por su propio peso, según la cual, con su beneplácito y el de su tío, el enlace de los dos jóvenes podía celebrarse cuanto antes.

Hilarie, con la mirada y el hablar sosegados, repuso a ello que no podía aceptar sin más aquella conclusión, objetando con bellas y cautivadoras palabras lo que sin duda cualquier otra alma sensible habría percibido igual que ella y que no vamos a exponer aquí.

Las personas juiciosas, cuando han pensado en una solución razonable para superar tal o cual eventualidad o alcanzar este o aquel objetivo y han desgranado y ordenado todos los argumentos imaginables que hablen en su favor, se sienten muy desagradablemente afectadas cuando quienes deberían estar contribuyendo a su propia felicidad resulta que defienden una manera de pensar diametralmente opuesta y, por motivos profundamente anclados en el corazón, se oponen a lo que resulta tan loable como necesario. A partir de entonces, las dos mujeres intercambiaron monólogos sin convencerse. Lo razonable se negaba a penetrar en el sentimiento, mientras éste se resistía a someterse a lo útil y necesario. La conversación subió de tono, la agudeza de la razón empezó a dirigir

sus embates contra un corazón que, herido, ya no manifestaba su estado moderadamente, sino con la mayor pasión, hasta que finalmente la propia madre terminó por retroceder asombrada ante la nobleza y dignidad de la joven muchacha cuando ésta resaltó con energía y veracidad lo indecoroso e incluso criminal de un enlace semejante.

El estado de confusión en que la baronesa regresó al encuentro de su hermano bien nos lo podemos imaginar, y tal vez, aunque de forma más imperfecta, también nos sea posible revivir cómo el comandante, íntimamente halagado por tan decidida resistencia, atendió a su hermana con desesperanza, pero consolado, se sintió liberado de toda vergüenza y, así, vio compensado en su interior este suceso que se había convertido para él en una cuestión de honor de lo más delicado. Sin embargo, enseguida le ocultó este estado a su hermana y escondió su dolorida satisfacción bajo una declaración muy natural en un caso como aquél: no había que precipitar los acontecimientos, sino darle tiempo a la bondadosa niña para que enfilara voluntariamente por el camino que le había sido abierto y que, en cierto modo, se imponía por sí solo.

Difícilmente vamos a poder exigirles ahora a nuestros lectores que abandonen unos estados de ánimo tan íntimos y conmovedores y salgan al mundo exterior, del cual tantas cosas dependen ahora. Pero el caso es que mientras la baronesa le cedía a su hija plena libertad para que dejara transcurrir agradablemente los días entre música y canto, dibujos y bordados, así como distrayéndose a sí misma o a su madre leyendo para sus adentros o en voz alta, el comandante, con la llegada de la primavera, se ocupó de poner en orden los asuntos familiares. El hijo, que ya se veía a sí mismo como rico terrateniente y, sin que le cupiera la menor duda, como feliz esposo de Hilarie, sentía ahora un afán militar por alcanzar rango y gloria cuando se desencadenara la guerra que ya les estaba amenazando. Y así, en un estado de alivio transitorio, se creyó poder dar por seguro que este enigma, que ya sólo parecía depender de un capricho, no tardaría mucho en aclararse y resolverse.

Desgraciadamente, no obstante, no cabía esperar ningún alivio de esta bonanza aparente. La baronesa esperaba diariamente, pero en vano, que su hija cambiara de opinión, mientras ésta, con humildad y escasa frecuencia aunque siempre que venía al caso, hacía saber con total seguridad que perseveraba en su convicción con esa firmeza que sólo puede tener quien ha llegado a sentir una verdad interior, ya se halle o no en consonancia con el mundo de su entorno. El comandante vivía entre sentimientos ambiguos: resultaba inevitable que se sintiera herido si finalmente Hilarie se decidía de verdad por su hijo; por otra parte, estaba igualmente convencido de que si la joven se decidiera por él, iba a tener que rechazar su mano.

Compadezcámonos de este hombre que, como una niebla huidiza, veía flotar continuamente ante sus ojos semejantes preocupaciones y tormentos, ya fuera como trasfondo sobre el que destacaban las realidades y ocupaciones del día imperioso, ya fuera acercándose hasta

el extremo de envolver todo su presente. Así era esa masa titubeante y fluctuante que se movía ante su mirada interior. Y si bien las exigencias cotidianas lo impelían a emprender una actividad rápida y efectiva, cuando se despertaba en plena noche todo lo adverso, con sus formas siempre cambiantes, giraba en su interior formando un círculo angustioso. El eterno retorno de lo ineludible lo sumió en un estado que casi podríamos llamar desesperación, ya que la actividad y la creación, remedios que en otras circunstancias demuestran ser lo más eficaz para capear situaciones como la suya, a él apenas si le procuraban alivio y menos aún cualquier clase de satisfacción.

Fue en tales circunstancias cuando nuestro amigo recibió de mano desconocida un mensaje que lo invitaba a acudir a la casa de postas de la ciudad más próxima, en la que un viajero que se hallaba de paso reclamaba poder hablarle urgentemente. Él, acostumbrado a este tipo de cosas por sus diversas ocupaciones comerciales y mundanas, tardó tanto menos cuanto que aquella letra libre y ágil le resultaba vagamente familiar. Ya se dirigía al lugar convenido con su habitual tranquilidad y contención cuando, en el humilde piso superior del edificio, le salió al encuentro la bella viuda, aún más hermosa y encantadora que cuando la vio por última vez. Ya fuera porque nuestra fantasía nunca es capaz de retener y evocar en toda su plenitud lo extraordinario o porque realmente la emoción le había procurado a aquella mujer un encanto aún mayor, el caso es que el comandante necesitó un control redoblado de sí mismo a fin de ocultar su sorpresa y su confusión bajo la apariencia de una convencional cortesía. La saludó cordialmente, aunque con una frialdad cohibida.

-¡Así no, querido amigo! -exclamó-. No es para eso para lo que he reclamado su presencia entre las encaladas paredes de un entorno tan innoble. Semejante escenario no invita precisamente a mantener una charla de cortesía. Para mí va a suponer la liberación de una pesada carga el confesarle que he provocado grandes desgracias en su hogar.

El comandante retrocedió un paso, desconcertado.

-Lo sé todo -siguió diciendo-, no hace falta que nos demos mayores explicaciones. A usted y a Hilarie, a Hilarte y a Flavio, a su querida hermana: ¡a todos ustedes les compadezco sinceramente!

Las palabras parecían quedársele atrapadas en la garganta y sus hermosísimas pestañas no fueron capaces de retener las lágrimas que empezaron a brotar por ellas; el rubor cubrió sus mejillas y estaba más bella que nunca. Sumido en una confusión extrema la contemplaba aquel noble hombre, invadido por una emoción desconocida.

-Sentémonos -dijo, secándose *los ojos,* aquella criatura encantadora-. ¡Perdóneme y compadézcame! Ya ve cómo he sido castigada.

Volvió a apretarse el pañuelo bordado contra los ojos, ocultando la amargura de sus sollozos.

-¡Acláreme la situación, señora mía! -espetó él precipitadamente.

-¡Nada de «señora»! -repuso ella con una celestial sonrisa-.Llámeme su

amiga, pues no cuenta con ninguna más leal que yo. Pues sí, amigo mío, lo sé todo y conozco perfectamente la situación por la que está pasando su familia. Estoy familiarizada con todos los sentimientos y pesares que les aquejan.

-¿Qué ha podido informarla hasta tal extremo?

-Confidencias. Esta letra no le resultará desconocida -dijo, tendiéndole algunas cartas desdobladas.

-¡Mi hermana! ¡Varias cartas cuya negligente escritura demasiado bien conozco! ¿Alguna vez ha estado relacionada con ella?

-Directamente no, aunque sí indirectamente desde hace algún tiempo. Vea, aquí figura el destinatario: «A ***».

-Un nuevo enigma: ¡a Makarie, la más discreta de todas las mujeres!

-Pero por eso mismo también la confidente, la confesora de todas las almas oprimidas, de todos aquellos que se han perdido a sí mismos y desean reencontrarse, pero no saben dónde.

-¡Gracias a Dios que ha sabido encontrarse una intermediación como la suya! -exclamó-. Pues aunque a mí no me parecía decoroso implorarle, bendigo a mi hermana por haberlo hecho. También yo conozco casos en los que esta notable mujer, por medio de un espejo mágico-moral*, ha sabido mostrarle a algún infortunado la verdadera belleza

de su interior a través de su turbada apariencia externa, logrando de una sola vez tanto que se sintiera satisfecho consigo mismo como impelerlo a iniciar una nueva vida.

-También a mí me ha profesado ese bien -repuso la bella.

Y en este instante nuestro amigo, aunque no lo viera claramente, sí pudo sentir de forma concluyente que tras esta persona habitualmente encerrada en la prisión de sus propias particularidades estaba surgiendo una criatura moralmente bella, interesada por el bienestar de los demás y capaz de compartir su pesar.

-Yo no era infeliz, pero sí vivía desasosegada -siguió diciendo-. En realidad ya no me pertenecía a mí misma, y esto, al fin y al cabo, quiere decir que no se es feliz. Yo ya no me gustaba. Ya me podía poner frente al espejo como quisiera que siempre tenía la sensación de estarme arreglando para un baile de máscaras. Sin embargo, desde que ella puso ante mí su espejo y adquirí conciencia de cómo uno se puede engalanar por dentro, vuelvo a sentirme bastante hermosa.

Lo dijo entre sonrisas y lágrimas y, desde luego, había que admitir que estaba aún más que encantadora, pues se estaba mostrando digna de respeto y merecedora de un afecto eterno y fiel.

-¡Y ahora, amigo mío, seamos breves! Aquí están las cartas. Para leerlas y releerlas, reflexionar sobre ellas y prepararse necesitará, a lo sumo, una hora, tal vez más si así lo desea. Entonces bastarán unas pocas palabras para poder tomar una decisión sobre nuestras circunstancias.

---

* La unión de la conciencia entendida como «espejo moral» con un espejo mágico en el que se reflejan el futuro o los pensamientos más íntimos de quien se mira en él son característicos del personaje de Makarie.

Ella lo dejó a solas para salir a pasear recorriendo el jardín de un lado a otro. Él, por su parte, se sumergió en la lectura de la correspondencia entre la baronesa y Makarie, cuyo contenido vamos a esbozar sumariamente: aquélla le expresa a su amiga sus quejas por la bella viuda. De ello se desprende cómo una mujer ve a otra y la juzga duramente. En realidad sólo hace referencia al aspecto exterior de la otra y a las afirmaciones que ésta hace, aunque sin cuestionarse su interior.

Sigue una respuesta más moderada por parte de Makarie. En ella se describe a la criatura por dentro. Su aspecto es visto tan sólo como una mera sucesión de azares que a duras penas se le pueden reprochar y quizá sí disculpar. A continuación la baronesa informa de la furia y delirio del hijo, del afecto cada vez mayor de la joven pareja, de la llegada del padre, de la decidida negativa de Hilarie. Se encuentran por doquier réplicas de Makarie que son una muestra de la más pura equidad y que surgen de la profunda convicción de que cabía obtener un crecimiento moral de toda aquella situación. Finalmente comunica su intención de enviarle la correspondencia completa a la bella mujer, cuyo interior de belleza igualmente divina ahora está empezando a manifestarse para glorificar paulatinamente su exterior. Todo concluye con una respuesta agradecida a Makarie*.

* No es infrecuente que Goethe se abstenga de darle una conclusión propiamente dicha a un relato, sobre todo cuando el lector, como en este caso, puede imaginarse perfectamente el posterior transcurso de los hechos. Así lo hace también en su relato *Novelle* (1828), sobre cuyo final le dice a Eckermann (15/1/1827): «Todo esto son cosas deducibles, por lo que no necesitan ser dichas ni desarrolladas. De hacerlo así, el relato se volvería prosaico». No obstante, en el que aquí nos ocupa Goethe aún nos va a procurar algún dato concreto sobre lo ya deducible: en la novela-marco *Los años de peregrinaje de Wilhelm Meister* (III, 14*),* Hilarie y Flavio reaparecen como feliz pareja de casados, y también el comandante y la bella viuda acaban encontrándose el uno a la otra.

PRIMER ENCUENTRO EN MARIENBAD
(1821)

CARTA DE GOETHE AL ARCHIDUQUE CARLOS AUGUSTO*;
MARIENBAD, 16 DE AGOSTO DE 1821

Su Alteza:

Aunque la amable portadora de la presente ya os informará sobradamente de la situación en la que aquí me encuentro, considero un deber que también yo os comunique en cierto modo lo que he tenido ocasión de ver y percibir.

De la esforzada promoción de las edificaciones de este lugar aporta el mejor testimonio la propia casa en la que resido. Hace quince meses la albañilería aún no estaba terminada y, en este intervalo, no sólo se ha construido el tejado sino que, bajo la protección y cobertura que éste procura, se ha decorado el edificio entero de forma plenamente satisfactoria y habitable, de manera que, una vez haya transcurrido la temporada de baños, ya quedará bien poca cosa por hacer.

En cuanto los albañiles y carpinteros de obra terminaron su trabajo diario, entró un hábil ebanista seguido de muchos de sus oficiales, y todos juntos acabaron de construir la casa dentro de la casa, con lo que se consiguió que en este erial en el que me encuentro todo encaje de forma correcta y satisfactoria. Las puertas y suelos son de buen gusto, y también se han ajustado cuidadosamente unos postigos de color verde en toda la fachada que mira a mediodía.

Pero lo que despierta verdadera admiración son los muebles, todos de nogal, lo que me invita a pensar que debe de haber grandes existencias en la zona de este tipo de madera. Se han sabido aprovechar con ingenio y gusto las distintas vetas de las tablas, hasta el punto de que en cada mueble uno cree ver una madera distinta. El edificio en sí, grande e imponente, tiene trece ventanas en la fachada principal y un sótano abovedado sobre el que se erige el piso intermedio y el superior. Las habitaciones son de una altura considerable, buenas medidas y un mobiliario decente. Con todo, es verdad que su alquiler es relativamente

* Duque y, a partir de 1815, archiduque de Sajonia-Weimar-Eisenach (17571828), soberano del archiducado desde 1775 y gran amigo y mecenas de Goethe, a quien instó a residir en Weimar.

alto, por lo que debe de aportar una suma considerable si uno cuenta la temporada entera.

El conjunto, como no resulta difícil de apreciar, se ha construido a crédito y con el capital del conde Klebelsberg*. Von Brösigke**, si no hace directamente de maestro de obras, sí al menos de inspector ejecutante. Su esposa se ocupa de la administración doméstica y se quedó aquí durante todo el invierno a fin de acelerar los preparativos para que el lugar sea habitable. Su hija, la señora von Levetzow, que ha sido capaz de conservar muy lindamente sus encantos aun después de bastantes años y avatares***, también parece que va a instalarse aquí. Se habla de una posible boda con el conde y de no sé cuántas cosas más. En definitiva, en conjunto son unos vínculos familiares de lo más peculiar, lo que, por otra parte, hace presagiar una feliz continuación de la empresa en la que se han embarcado, en la medida en que invita a esperar una actitud planificada y consecuente.

Si tuviera que mencionar también el entorno más próximo que me procuran mis habitaciones, lo primero que se me vendría a la cabeza son las paredes ya completamente secas y en el alegre papel vienés que las cubre con extraordinaria lisura y pulcritud, así como un pintor decorador que sabe teñir e imitar molduras ligeras en los canales y techos con una habilidad que pocas veces he tenido ocasión de observar.

Aunque bien pueda pareceros flojo y fútil que me entretenga con tan prolija complacencia en describir cosas aparentemente tan accesorias, reconoceré de buen grado que lo hago por puro agradecimiento, pues el tiempo es tan malo que uno no puede salir de casa y ni siquiera resulta apetecible mirar por la ventana, de modo que tener ocasión de contemplar al menos unas habitaciones decoradas con esmero me supone un gran consuelo.

Además, he hablado con tanto detalle de nuestra casa porque su historia podría abarcar la historia de todos los edificios de la ciudad. Personas más o menos adineradas, atraídas por la buena fama de las aguas del lugar, se han dejado arrastrar por el remolino del giro repentino que ha atraído hasta aquí a enfermos creyentes y esperanzados. Estas personas han transformado en edificios unos capitales tanto propios como ajenos, con la perspectiva de poder recuperar sin duda al menos los intereses y, muy probablemente, también la inversión, siempre que la buena fama de este sitio perdure

---

* Franz, conde de Klebelsberg-Thumburg (1774-1857), alto funcionario al servicio de Austria y novio de Amalie ven Levetzow, madre de Ulrike, con quien contraería matrimonio en 1843.

** Friedrich Lebrecht ven Brösigke, abuelo de Ulrike ven Levetzow.

*** Goethe había tenido ocasión de encontrarse con Amalie ven Levetzow, nacida Von Brösigke (1788-1868), en Karlsbad en 1806 y en Teplitz en 1810. Ya muy pronto Amalie había dado motivo de escándalo al divorciarse de su primer marido, J. Otto von Levetzow (con quien contrajo matrimonio en 1803 a los quince años), y casarse cuatro años después en segundas nupcias con el primo de éste, Friedrich von Levetzow. Ulrike y Amalie son hijas de su primer matrimonio, y Bertha, del segundo. Tampoco el nuevo matrimonio de Amalie duró mucho, ya que su segundo esposo cayó como oficial en la batalla de Waterloo.

diez o doce años más.

De todos modos, para ello sigue siendo un componente indispensable que durante la temporada de baños se imponga la dedicación personal y la capacidad para administrar una hostería. Este esfuerzo se vuelve aún mayor en la medida en que, dadas las características y la situación del lugar, varios propietarios han tenido que decidirse a ofrecer a sus huéspedes desayuno, comida, vino y todo lo necesario, con lo que más de un edificio acaba pareciéndose bastante a una isla. Con todo, al visitante de paso le resulta muy agradable poder satisfacer todas sus necesidades bajo un mismo techo. Esta circunstancia resulta tanto más estimable cuanto que las casas, muy alejadas entre sí, no están unidas por ninguna calzada asfaltada, como también le sucede a la mía. La comida es excelente, el vino bueno y, por las tardes, a la hora del té, siempre se reúne una gran sociedad. [...]

Examinado con calma y reflexión, el proyecto urbanístico del balneario, habida cuenta de todas las condiciones de este lugar, merece aprobación y aplauso. Aun así, el precipitado afán de criticarlo todo que caracteriza al ser humano está tan generalizado que de los labios de todo el que se acerque a verlo no salen más que preferencias divergentes y propuestas dispares. De todos modos, en cuanto hayan transcurrido algunos años saltarán más fácilmente a la vista su coherencia y la bondad de sus intenciones. [...]

La región permite realizar bastantes observaciones geológicas. En varios lugares se puede encontrar un granito muy bien definido que constituye el fundamento geológico de toda esta zona, y sus variaciones y transiciones son entretenidas de observar. También salen al encuentro toda clase de gneis con o sin almandinas, granito gráfico con hornablenda, etc. Coleccionar sus distintas variedades sería un propósito interminable. También me han traído algunas cosas de los alrededores, aunque aún no soy capaz de ver cómo se relacionan.

Desafortunadamente, desde mi última visita al rico y admirable invernadero de palmeras de Belvedere[*] tan sólo me veo rodeado de la flora más pobre. Hasta el momento únicamente había encontrado la *Arnica montana*[**] en el bosque de Rehau, aunque ahora, en estas montañas, se me está mostrando en todo su esplendor. Gozosa para los ojos y para los sentidos me ha parecido la *parnassia palustris*[***], que no veía desde hacía muchísimo tiempo y cuyas florecillas merecen la mayor atención, mientras que su *rectarium* cuenta legítimamente entre lo más maravilloso que pueda llegar a procurar el reino vegetal. Recuerdo haber visto reproducciones microscópicas de esta planta y, de hecho, es bajo el microscopio donde aparece más espléndida. Mucho me temo que al

[*] Residencia de verano del archiduque. Éste, muy aficionado a la botánica y a las plantas exóticas, había convertido, con ayuda de Goethe, los jardines de Belvedere en una atracción internacional.

[**] Árnica o tabaco de montaña.

[***] Parnasia o hepática blanca.

secarla pierda su encanto, pero a pesar de todo os adjunto unas cuantas. [...]

Aquí las observaciones meteorológicas no son atractivas en absoluto. Por las mañanas y por las tardes aparecen formaciones de neblina como las que antiguamente ascendían desde los abetos de Ilmenau y nublan el día.

Pero el 2 de agosto se produjo una tormenta tan singular como difícil de describir. Toda la parte superior del cielo quedó cubierta de diversos matices de gris, y sobre un fondo más claro se atravesaban, como extendidas por una escoba, unas líneas más oscuras. Entonces, sobre los bosques de abeto, de norte a sur, surgió una franja blanca que recorría toda la atmósfera. Las formaciones aéreas superiores avanzaban de oeste a este y no tardaron en pasar de largo entre rayos y truenos. Aquí los truenos duran mucho tiempo debido al eco que producen las montañas.

Desgraciadamente, los barómetros de este lugar no permiten realizar observaciones generalizadoras, ya que son de aquellos que fabrican a ojo los mercaderes italianos que recorren la zona. Eso sí, parece que al menos han puesto el cartelito indicador del buen tiempo aproximadamente a la altura adecuada. [...]

Y así toleraréis de buen grado, Alteza, que en un erial como éste me haya sobrevenido semejante afán por escribir -cosa que no deja de sorprenderme- y que haya hecho uso de él para dirigirme a Su Excelencia a fin de transmitiros un animado comentario a la somera descripción de mis actuales circunstancias.

GOETHE A SU HIJO AUGUST; MARIENBAD, 22 DE AGOSTO DE 1821

Del diario que te adjunto deducirás que por esta vez el lugar en que me encuentro no me ha dado ocasión de vivir grandes experiencias. Si en las últimas tres semanas hubiéramos disfrutado del tiempo que tenemos en estos momentos, el tratamiento que estoy siguiendo habría podido ser más serio y constante. Sin embargo, volver a empezar ahora desde el principio no resulta aconsejable en ningún sentido, por lo que sigue firme mi decisión de partir de aquí el domingo con destino a Eger*. [...]

¡Esto es todo por el momento! En estas tres semanas el mal tiempo y las pésimas calles me han vuelto tan indolente que no quiero ni pensar en tener que seguir viaje. En términos generales se puede decir que este entorno me ha ofrecido mucho y nada que hacer. Saluda a la mujer y a los niños, y también a Ulrike**, si es que está. Casualmente en esta casa

* En checo Cheb, ciudad a orillas del río Ohre.

** Ulrike von Pogwisch (1804-1875), hermana más joven de Ottilie, la nuera de Goethe. Solía pasar largas temporadas en la casa de Goethe en Weimar.

hay otra Ulrike[***] muy encantadora, así que, de un modo u otro, siempre me acuerdo de ella. [...]

CARTA DE GOETHE A SU HIJO AUGUST; EGER, 26 DE AGOSTO DE 1821

[...] Y ahora saluda muy cordialmente a Ottilie y dale las gracias por su larga y detallada carta. A mí me ha ido muy bien. En nuestra casa no nos hemos aburrido tanto como ella parece pensar. [...]

De la nueva Ulrike me he despedido con cierta tristeza. Espero que con tanta mayor cordialidad venga a recibirme la primera.

[***] Primera mención de Ulrike von Levetzow.

SEGUNDO ENCUENTRO EN MARIENBAD
(1822)

CARTA DE IGNAZ KOPFENBERGER[*] A FRANZ ANTON, CONDE VON KOLOWRAT[**]; MARIENBAD, 30 DE JUNIO DE 1822

[...] En sus paseos Goethe se dedica aplicada e incansablemente a observar minerales, para lo cual va siempre provisto de un martillo. Las noches suele pasarlas en compañía de la familia Levetzow, y es sobre todo en compañía de la señorita de mayor edad, Ulrike von Levetzow -quien lo distrae cantando o con graciosas conversaciones-, donde al menos por unos instantes parece olvidar los agravios que tiene que tolerar debido a su infortunado matrimonio con su antigua ama de llaves, conocida por el nombre de *Madame* Vulpius[†]. [...]

TERCER ENCUENTRO EN MARIENBAD
(1823)

CARTA DE GOETHE A ULRIKE VON LEVETZOW; WEIMAR, 9 DE ENERO DE 1823

Su encantadora carta, cara amiga, me ha procurado el mayor placer, y lo ha hecho doblemente debido a una circunstancia especial. Yes que, si bien un papá afectuoso siempre se acuerda de su fiel y bella hija, hace algún tiempo que su bienvenida figura acude más viva y clara que nunca a reflejarse en mi mirada interior. ¡Y ahora se desdobla! Pues han sido precisamente los mismos días y horas en los que también usted ha estado pensando en mí en un grado mayor al habitual y ha sentido la inclinación de expresármelo desde la distancia.

Así pues, ¡tres veces gracias, querida mía! Y también los mejores deseos y saludos a su bondadosa madre, a la que me gusta recordar como un astro brillante de mi pasado horizonte. El notable médico que, según me comunica, ha sabido reestablecerla por completo siempre será también

---

[*] Funcionario de policía de Marienbad.

[**] Sin datos.

[†] Incluso seis años después de la muerte de la única esposa de Goethe, Christiane Vulpius (1765-1816), siguen resonando entre sus coetáneos los ecos del escándalo que causó en su momento la boda que contrajo en 1806 con la mujer que desde 1788 había sido su amante y madre natural de sus cinco hijos.

para mí un respetado Esculapio.

Y así siga convencida de que mi más atrayente esperanza de cara al nuevo año es la de volver a entrar en su alegre círculo familiar y de encontrar a todos los miembros que lo conforman de un ánimo tan benévolo y cordial como aquel día en que me despedí de ellos y un noble y recién adquirido amigo trató de aliviarme un poco la triste sensación de la despedida acompañándome compasivamente*.

Tampoco puedo olvidar aquí el dulce resabio del que me fue dado participar en la distancia gracias a él y que no compartí con nadie más**. Y así, querida mía, voy a reclamar también su afecto filial para el tiempo que se avecina. Ojalá que, a su lado, aquel valle montañoso con sus fuentes me sea y siga siendo tan curativo como lo mucho que deseo reencontrarla alegre y feliz.

Con leal afecto, J. W. v. Goethe

CARTA DE GOETHE A SU NUERA OTTILIE; MARIENBAD, 4 DE AGOSTO DE 1823

[...] No llegué a casa hasta medianoche, de lo que podrás deducir que, además del baile, el té, la cena y el champagne, de lo que no tomé nada, a la fuerza tenía que añadirse todavía un quinto ingrediente que no dejó de causarme efecto. El baile fue gracioso y animado. Destacaban espléndidas, delicadas y bonitas danzarinas de todas las naciones. [...]

De momento aún no me apetece irme de aquí. La vivienda es bonita, el vecindario es inmejorable y hace varios días que disfrutamos de un tiempo excelente. Sobre mi estado no quiero decirte nada. De lo anterior se deduce que mis dolencias, al menos, no me están impidiendo divertirme y ser casi feliz. Saludo a Ulrike, cuyo nombre está demostrando ser día a día un ingrediente muy notable para mi estado actual.

GOETHE; DIARIO

5/8/1823. [...] Trabajo en *El hombre de cincuenta años.* [...] Fui a ver a la familia. Las niñas habían dado un largo paseo por la montaña. [...] Con las hermanas en el mirador del bosque. A casa pasando por la fuente de Kreuzbrunnen.

---

* Goethe anota en su diario: «24/7/1822. Despedida de los demás residentes en la casa. El conde Sternberg me acompañó a pie hasta abajo». Kaspar Maria, conde de Sternberg (1761-1838), era un aristócrata de Bohemia especializado en estudios mineralógicos, paleontológicos y botánicos. Desde 1820 mantenía correspondencia con Goethe, quien lo admiraba y apreciaba especialmente.

** ¿Algún mensaje confidencial transmitido por el conde?

7/8/1823. Me he levantado temprano. He puesto orden en algunas cosas. [...] En la terraza. Paseos de un lado a otro. Antes fui a ver al archiduque. Hemos tratado improvisadamente del compromiso*. [...] Llegué tarde a reunirme con los demás. Enseguida cenamos. La señorita Meyer fue oficialmente presentada como novia de Rehbein y todos bebimos a la salud de la pareja**. No me sentó nada bien. Muy mala noche.

CARTA DE GOETHE A CHRISTOPH LUDWIG FRIEDRICH SCHULTZ†; 9 DE AGOSTO DE 1823

[...] Este mes se habría sentido usted muy a gusto aquí en Marienbad. Ahora empiezan a aparecer nuevos huéspedes, aunque nosotros ya nos hemos quedado con nuestra parte, y quien así lo hace, se la lleva también consigo cuando se va. A partir del día 20 tengo pensado estar en Eger, y a final de mes me encontrará entre Weimar y Jena. ¡Cuánto me gustaría poder contar con su visita! Estos días he tenido ocasión de conversar con personas más o menos relevantes, lo que me ha llevado a sacar una conclusión muy peculiar: la principal aspiración que mueve a esta gente es *lograr una síntesis imposible* por la que están dispuestas a soportar toda clase de tormentos, tanto las personas juiciosas como las insensatas: la vida y la muerte, el regimiento y la libertad, la maestría y la pereza, la pasión y la perdurabilidad, la violencia y el decoro, etc. Todo eso pretenden que se manifieste en una unión imposible. No voy a añadir nada más, el comentario bien puede hacérselo usted mismo. Nos dará que pensar más de una vez.

GOETHE; DIARIO

10/8/1823. Me he levantado temprano. Hoy me encontraba bien. Me he encargado de hacer algunos envíos. Copiado de textos, reflexiones y concepciones. [...] He seguido dictando *El hombre de cincuenta años.*

---

* Única mención escrita de Goethe de sus intenciones matrimoniales. El archiduque no cursaría la petición de mano en su nombre hasta finales de agosto (se desconoce la fecha exacta).

** Wilhelm Rehbein (1776-1825), médico de la Corte de Weimar y personal de Goethe, quien le tenía gran confianza y aprecio. En la ocasión aquí descrita, Rehbein, a sus cuarenta y siete años, está presentando a la que será su tercera esposa, Katharina von Gravenegg.

† (1781-1834), jurista y Consejero de Estado prusiano, aficionado a las ciencias naturales y desde 1814 corresponsal habitual de Goethe.

17/8/1823.[...] La familia se preparaba para partir. Nos reunimos todos para desayunar y antes de despedirnos hicimos planes para volvernos a ver*. De ahí que nos separáramos con alegría.

CARTA DE GOETHE A SU NUERA OTTILIE; MARIENBAD, 18 Y 19 DE AGOSTO DE 1823

Tu carta, queridísima hija, llegó como venida de otro mundo a esta extemporánea vida cotidiana, en la que, en un torbellino compuesto de los elementos más diversos, se agita cierto desvarío que incrementa los males de los que uno querría liberarse. Piensa tan sólo en todas las cosas estimables que no sabemos reconocer hasta que ya han pasado. Entonces sabrás comprender el sabor agridulce del cáliz del que he bebido hasta la última gota. [...]

Ya me alegré el día en que August me habló de su buena voluntad para con Sterling**. A mí me resultó agradable desde el primer momento y es para mí un auténtico placer que haya sabido ganársenos a todos de tal manera. Disculparás lo que voy a decirte, pero la convivencia de personas tan buenas, comprensivas e ingeniosas como somos nosotros a veces, para desesperación mía, resultaba de lo más paralizante. Faltaba un tercer o cuarto elemento para cerrar el círculo*** [...]

Y así, querida mía, te escribo las últimas palabras desde Marienbad. Si esta hoja arrancó con unas consideraciones un tanto melancólicas, puedo, por el contrario, concluirla de un ánimo alegre. Todo me ha ido mejor de lo que habría pensado o deseado y ha sido satisfactorio para el corazón, el espíritu y los sentidos, como suele decirse. [...]

Así es como parto de Marienbad, población que en realidad dejo totalmente vacía, pues ya sólo sé aquí a esta exquisita dueña

---

* La familia de Ven Levetzow partía a Karlsbad. Goethe se reuniría con ellos el 25 de agosto.

** Charles James Sterling (1804-1880), amigo de Lord Byron. En 1823, tras hacerse muy amigo de August von Goethe y de su esposa, se quedó varios meses en Weimar con ellos.

*** Aunque Goethe parece estar refiriéndose a Sterling, también podría ser una alusión velada a la posible incorporación de Ulrike como esposa al círculo familiar a fin de refrescar unas relaciones hogareñas que, como aquí se aprecia, no siempre eran del todo satisfactorias.

todopoderosa de las notas[*] y al conde Saint Leu[**]. Todo lo demás que me hacía vivir ha partido ya, y la esperanza de un pronto reencuentro resulta dudosa. El miércoles día 20 me voy de aquí. El consejero Grüner[†] vendrá a buscarme y me llevará de nuevo a las rocas que, aunque muertas, y mal que les pese a todos, tan interesantes son.

También en este viejo ámbito terrenal, al igual que en ese otro celestial y más reciente, he tenido ocasión de vivir experiencias exquisitas. He logrado escribir bonitas composiciones, de las que sólo lamento que no pueda transmitirte nada de ellas. Pero si tienes paciencia, seguro que en alguna noche tranquila de invierno no dejará de producirse algún momento de confianza, virtud que, después de todo, siempre tiene la ventaja de que quien confía entra en una relación con la confidente que implica toda clase de singularidades. Ojalá que todo salga como lo imagino y deseo. [...]

CARTA DE GOETHE A ULRIKE VON LEVETZOW; EGER, 21 DE AGOSTO DE 1823

Espero que mi estimadísima Ulrike reciba lo que aquí le envío poniendo una de esas alegres caritas suyas que tan bien le sientan. Las notas para el piano son del abuelo, y las voces son de su bien conocido amigo, que espera que le resulten gratas de vez en cuando. ¿Qué tal se encuentra su querida madre? ¿En compañía de sus bellas hijas? Mil saludos, deseos y similares.

Leal como siempre, aunque esta vez impaciente: Goethe.

---

[*] En alusión a la pianista Szymanowska.

[**] Luis Bonaparte (1778-1846), hermano de Napoleón. Desde su abdicación en 1810 como rey de Holanda adoptó el nombre de conde de Saint-Leu.

[†] Joseph Sebastian Grüner (1780-1864), jurista y alto funcionario policial, muy aficionado a la geología. Goethe y él pronto entablaron una cordial amistad.

EL PODER DE LA MÚSICA

CARTA DE GOETHE A CARL FRIEDRICH ZELTER[*]; EGER, 24 DE AGOSTO DE 1823

A tu carísima carta, estimado amigo, que recibí en la más agradable de las horas, debo dedicarle, tal y como te había prometido, una nueva respuesta aún antes de que abandone este círculo mágico de Bohemia, respuesta que vas a recibir con tanta mayor cordialidad y afecto cuanto que sólo tengo cosas buenas que contarte.

Por lo pronto lo siguiente: que esta temporada en Marienbad que tan corta se me ha hecho he podido disfrutarla sin molestia alguna. Es más, me he sentido alegre y como si hubiera vuelto a la vida. Incluso te diré que en estos momentos me encuentro mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Además te informo de que tras aquel beso, la identidad de cuya portadora bien habrás adivinado[**], aún me llegó otro maravilloso don desde Berlín. Me refiero a haber tenido la ocasión de escuchar cuatro cancioncitas entonadas por *Madame* Milder[***], que ha sabido darles una grandeza tal que aún ahora me saltan las lágrimas al recordarlo. Así, los elogios que desde hace ya varios años oigo que se le dedican ya no son unas frías palabras históricas para mí, sino que despiertan algo que he vivido de forma auténtica y hasta la emoción más profunda. Salúdala con el mayor afecto. Me pidió algo de mi puño y letra, por lo que a través de ti recibirá esta hojita que no es del todo inmerecedora de ella.

En un sentido completamente distinto y que, con todo, ha tenido en mí idéntico efecto, escuché también *a Madame* Szymanowska[†], una extraordinaria pianista. Creo que bien podemos ponerla al nivel de nuestro Hummel[¥], sólo que ella es una mujer, proviene de Polonia y es hermosa y afectuosa. Cuando Hummel cesa de tocar, es como si en su lugar apareciera un gnomo que, con la ayuda de destacados dáimones, realiza unas maravillas de tal calibre que uno casi no osa agradecérselas. Pero cuando es ella quien termina de tocar, viene y te mira, uno no sabe si no debería considerarse dichoso por que haya cesado. Recíbela cordialmente si va a Berlín, algo que seguramente hará pronto, salúdala de mi

---

[*] (1758-1832), compositor y profesor de música de la Academia de las Artes de Berlín y uno de los amigos más íntimos de Goethe desde 1799.

[**] Lili Parthey, una alumna adolescente de Zelter que fue a visitar a Goethe en Marienbad el 23 de julio. Zelter le había encomendado el encargo -escrupulosamente cumplido por la joven- de darle a Goethe no sólo un saludo, sino también un beso. Sobre este beso inesperado Goethe escribió un poema que posteriormente, con algunos leves cambios, dedicaría a Ulrike.

[***] Anna Pauline Milder-Hauptmann (1784-1838), celebrada cantante de ópera berlinesa.

[†] Maria Szymanowska, nacida Wolowska (1789-1831), compositora y concertista de piano admirada en toda Europa tanto por su talento como por su belleza y encanto.

[¥] Johann Nepomuk Hummel (1778-1837), destacado pianista y compositor, discípulo de Mozart y Haydn y amigo de Beethoven. Maestro de la capilla ducal de Weimar desde 1819.

parte y préstale tu apoyo donde lo estimes apropiado. [...]

También es desolador oír hablar de temas políticos allá donde uno pone la oreja. A fin de liberarme de ellos, así como de las conversaciones y lecciones sobre estética, me he rendido por seis semanas al servicio de una niña muy hermosa que me ha mantenido completamente a salvo de todos los agravios del mundo exterior.

Pero ¡volvamos a lo que en realidad es más extraordinario! ¡El formidable poder que estos días está teniendo la música sobre mí! La voz de la Milder, la riqueza sonora de la Szymanowska, es más, incluso las exhibiciones musicales públicas del cuerpo de cazadores desdoblan todo mi ser como cuando uno deja benévolamente plana la mano con la que antes formaba un puño cerrado. A fin de explicármelo un poco a mí mismo, me digo: Hace dos años o más que no escuchas música (a excepción de Hummel, dos veces), por lo que este órgano tuyo, si es que lo posees, se ha cerrado y aislado. Y ahora, con la intermediación de grandes talentos, lo celestial cae de golpe sobre ti, ejerciendo sobre tu persona todo su poder, reclamando sus derechos y despertando todos tus recuerdos adormecidos. Estoy plenamente convencido de que al primer compás de tu academia de canto tendría que abandonar inmediatamente la sala. Y cuando ahora pienso lo que significa escuchar sólo una ópera a la semana tal como nosotros las damos, un *Don Giovanni*[*], a fin de renovar el matrimonio secreto en nuestro interior, absorber este estado de ánimo e incluirlo en los demás que caracterizan a una vida activa: sólo así resulta comprensible lo que significaría tener que renunciar a un placer semejante que, como todos los placeres elevados, saca al hombre de sí mismo, lo eleva y, al mismo tiempo, lo conduce fuera del mundo ubicándolo por encima de él.

¡Qué bonito, qué necesario sería ahora que pudiera estar a tu lado! Dirigiendo mis pasos y examinándome poco a poco me curarías de una excitabilidad enfermiza que, en realidad, es lo que cabe ver como la causa de aquel fenómeno, y poco a poco me capacitarías para absorber en mi interior toda la plenitud de la más espléndida manifestación divina. Ahora, en cambio, voy a tener que ver cómo supero un invierno carente de formas y de sonidos que, en cierto modo, me tiene aterrorizado. Con todo, aun así, con ánimo y buen humor, tratemos de sacarles provecho para nosotros y para nuestra propia alegría a estos días tan negros que se avecinan. ¡Un adiós mil veces cordial!

[*] La célebre ópera de Mozart formaba parte del repertorio del teatro de la Corte de Weimar desde 1792.

CANCILLER FRIEDRICH VON MÜLLER[*] ; DIARIO

Weimar, 24 de octubre de 1823

Goethe dio una gran recepción nocturna en honor de esa interesante virtuosa polaca, *Mme.* Maria Szymanowska, de la que tanto nos había hablado y que vino ayer a hacerle una visita en compañía de su hermana, Casimira Wolowska. A ella le ha dedicado Goethe esas estanzas incomparables que nos había recitado hace poco y que expresan su agradecimiento por el hecho de que su inspirada interpretación al piano volviera a procurar sosiego a su ánimo después de que la separación de las Levetzow hubiera abierto en él una herida tan profunda.

Goethe se mostró muy alegre y galante durante toda la noche, complaciéndose en el aplauso generalizado que se le rindió a *Mme.* Szymanowska tanto por su personalidad como por su excelente interpretación.

CONVERSACIONES CON EL CANCILLER FRIEDRICH VON MÜLLER

Weimar, 4 de noviembre de 1823

Velada en casa de Goethe

Hoy, por fin, tras muchos esfuerzos y obstáculos que se cruzaban unos con otros, tuvo lugar el concierto público de *Mme.* Szymanowska. Sólo unas pocas horas antes la empresa estuvo a punto de fracasar ante la falta de un buen instrumento, si no hubiera sido porque la propia soberana, la Archiduquesa[**], puso generosamente a disposición el suyo propio. Después del concierto cenamos con los Egloffstein[***] en casa de Goethe, quien se mostró de la más cautivadora cordialidad. Cuando, entre diversos brindis, también le dedicamos uno a los recuerdos, él nos interrumpió vehementemente con estas palabras:

-Yo no pienso aceptar los recuerdos en el sentido en que vosotros estáis empleando esa palabra, pues no es más que una torpe manera de expresarse. El hecho de que en la vida nos salga al paso algo grande,

---

[*] Friedrich von Müller (1779-1849), destacado jurista y diplomático, además de gran amigo y confidente de Goethe durante los últimos años de su vida.

[**] Luisa Augusta, archiduquesa de Sajonia-Weimar (1757-1830) y esposa del archiduque Carlos Augusto.

[***] Wolfgang Gottlob Christoph, barón de Egloffstein (1766-1815), jurista y alto funcionario de la Corte de Weimar, su esposa, Caroline (1767-1828) y tal vez también su hermana Henriette (1773-1864), una de las lenguas viperinas de Weimar.

bello y significativo no es algo que uno tenga que *re-memorar-re-pescarlo,* por así decirlo- a fin de volver a tenerlo frente a los ojos. Antes bien, desde su mismo origen ha de ser algo profundamente entretejido en nuestro interior, algo que se aúne con él y que genere en nosotros un yo nuevo y mejor y, así, siga viviendo y recreándose en nuestro ser a modo de elemento eternamente configurados No hay ningún pasado al que sea lícito querer volver. Tan sólo existe lo eternamente nuevo que se forma a partir de los elementos engrandecidos de nuestro pasado, y la verdadera añoranza tiene que ser siempre productiva y ansiar la creación de algo nuevo y mejor. Y entonces añadió con voz hondamente conmovida-: Y, ¿acaso no lo hemos vivido todos en nuestras carnes durante estos días? ¿No nos sentimos todos nosotros íntimamente renovados, mejorados y engrandecidos a través de esta noble y estimable criatura que ahora pretende abandonarnos? No, ella no puede escabullírsenos, pues ha pasado a formar parte de nuestro ser más íntimo; seguirá viva en nosotros y, haga lo que haga para intentar de escaparse de mí, yo siempre la voy a retener en mi interior.

Weimar, 5 de noviembre de 1823

Despedida de Maria Szymanowska

Cuando esta tarde llegué a casa de Goethe, lo encontré sentado todavía a la mesa con *Mme.* Szymanowska. Ella acababa de repartirle a toda la familia, incluido el pequeño Wolf*, su favorito, los más exquisitos regalos de despedida, algunos de ellos un producto de sus propias manos, mientras el anciano señor de la casa permanecía sumido en un ánimo de lo más singular. Trataba de parecer alegre y lleno de humor y, sin embargo, se percibía en todo momento el profundo dolor de la despedida.

Indeciso, tras haberse levantado de la mesa caminaba sin cesar de un lado a otro, desaparecía, regresaba y se volvía a marchar. Al cabo de un rato escribió unas palabras en el álbum de recuerdos de Casimira Wolowska:

*Rappelez-moi au souvenir de tout le monde, moi aussi je demanderai à tout le monde des nouvelles de vous.***

A las seis de la tarde *Mme.* Szymanowska había sido convocada a una audiencia de despedida por la Archiduquesa, a la que, según establecen las reglas del duelo cortesano, tenía que acudir completamente vestida de negro; lo que aún acrecentó más el impacto en Goethe. El coche enfiló

---

* Wolfgang Maximilian von Goethe (1820-1883), segundo hijo de August y Ottilie y nieto predilecto de Goethe.

** «Recuérdeme a la memoria de todo el mundo, que también yo pediré al mundo entero noticias de usted.» El francés era la lengua empleada para comunicarse con *Mme.* Szymanowska y su hermana, pues apenas hablaban alemán.

en el patio para recogerla y, antes de que él se diera ni cuenta, la mujer ya había desaparecido. Resultaba más que dudoso que regresara algún día.

Entonces se manifestó abiertamente la dimensión más humana de Goethe. Me pidió con la mayor insistencia que hiciera algo a fin de que la pianista apareciera de nuevo, pues no quería separarse de ella sin haberse despedido. Un par de horas después su hijo y yo la trajimos de nuevo a ella y a su hermana.

-Me separo de usted enriquecida y consolada -le dijo *Mme.* Szymanowska-, pues ha reafirmado mi fe en mí misma. Me siento mejor y más digna ahora que sé que usted me tiene en consideración. Nada de despedidas ni de agradecimientos. Déjenos soñar con la posibilidad de un reencuentro. ¡Ojalá fuera ya mucho mayor y contara con la esperanza de tener pronto un nieto que también tendría que llamarse Wolf! La primera palabra que le enseñaría a balbucir sería la del caro nombre de usted.

-Comment?-repuso Goethe-, *vos compatriotes ont eu tant de peine à chasser les loups de chez eux, et vous voulez les y reconduire ?*[*]

Pero todos los esfuerzos del humor no bastaron para retener las lágrimas que ya empezaban a brotar. Sin mediar palabra la abrazó a ella y a su hermana y su mirada todavía las siguió largo rato mientras desaparecían por la prolongada hilera de estancias abiertas.

-A esta encantadora mujer le debo mucho -me dijo más tarde-. El hecho de conocerla y su maravilloso talento han sido lo primero que me ha devuelto a mí mismo.

CRÓNICA DEL ESCÁNDALO

CARTA DE CAROLINE VON HUMBOLDT A SU ESPOSO WILHELM; KARLSBAD, 12 DE AGOSTO DE 1823

Aquí se habla mucho de dos señoritas Von Levetzow, sin cuya compañía, según dicen, no se ve nunca o casi nunca a Goethe. Siempre van cogidas de su brazo. La semana pasada incluso se dijo que se había casado con la mayor. Sin embargo, espero que semejantes ocurrencias le sean del todo ajenas al septuagenario Goethe.

[*] «¿Cómo? ¿Con lo que les ha costado a sus compatriotas cazar los lobos de sus tierras y ahora pretendéis volvérselos a llevar?» *(Wolf* significa "lobo" en alemán).

CARTA DE CAROLINE VON HUMBOLDT A SU ESPOSO WILHELM; KARLSBAD, 31 DE AGOSTO DE 1823

De Goethe oí decir ayer que ya no soportaba la idea de continuar en Eger, sino que se había ido a Karlsbad, donde se encuentra en compañía de su madre esa jovencita a la que tanto adora. Se llama Levetzow. Es una historia curiosa la de toda la familia y la relación que los une. El caso es que los abuelos de la señorita, el señor y la señora Brösigke, nativos de Prusia, han construido aquí la casa más grande de todas y residen en ella todos los veranos. La señora Von Brösigke les ha contado a unas conocidas que también viven en su casa que Goethe ha pedido la mano de su nieta y le ha dicho que en su familia la joven también iba a ser muy honrada y llevada en bandeja por su hijo y por su nuera. Del archiduque, por otra parte, recibiría cuando fuera viuda una pensión anual de 2.000 táleros*. Sin embargo, según dice la abuela, la señorita no se decidía a prestarse a una boda de edades tan dispares.

CARTA DEL CANCILLER FRIEDRICH VON MÜLLER A JULIE VON EGLOFFSTEIN; 13 DE SEPTIEMBRE DE 1823

Cuando a las siete de la tarde llegué a su casa [de Goethe] la conversación pronto derivó hacia la novia de Rehbein, a la que éste había ido a buscar aquella misma noche a Eger para traerla a casa. Esta bonita ocasión fue astutamente empleada por el anciano señor para pronunciar su propia declaración de principios. Y es que, si bien puso a la novia por las nubes, calificó de ocurrencia estúpida que Rehbein se casara tan rápidamente.

-Ya sabe usted lo mucho que detesto toda improvisación -me dijo-. Sobre todo los compromisos o las bodas improvisadas siempre me han parecido un verdadero espanto. Es bien cierto que un amor puede nacer en un santiamén y que cualquier inclinación sincera tiene que haberse prendido de repente en algún momento como un rayo. Sin embargo, ¿a qué viene casarse sólo porque se esté enamorado? El amor es algo ideal, mientras que el matrimonio es real, y no se puede mezclar lo ideal con lo real sin recibir castigo. Un paso vital de semejante importancia reclama ser analizado en todos sus aspectos y durante bastante tiempo, tratando de ver si coinciden todas las circunstancias individuales o, al menos, la mayor parte de ellas. Por otra parte, la historia de la boda de Rehbein es tan increíble que es evidente que en ella han intervenido los demonios. Por eso me he guardado mucho de hablar en su contra, aunque

* Según declaración de la propia Ulrike, habrían sido 10.000.

interiormente me sintiera furioso*.

CANCILLER FRIEDRICH VON MÜLLER; DIARIO

23 de septiembre de 1823

De la crisis de Goethe, su dilema interior y la hábil enfermedad de Ottilie. Puede que a las mujeres no les falte razón cuando dicen que Goethe se solaza en representar a estas alturas la pasión de un adolescente, y que la manera en la que está alardeando de su gran poema a la Levetzow no hace sino demostrarlo. Me alegró oír a Caroline [von Egloffstein] desahogándose tan animada, pero me conmocionó hondamente ver que la desolación de Goethe está siendo notada por doquier.

CANCILLER FRIEDRICH VON MÜLLER; DIARIO

2 de octubre de 1823

Información altamente confidencial sobre su relación con las Levetzow:

-Pues sí, es un «apego» que todavía va a darme mucha guerra, pero lo superaré. Iffland** podría escribir una obrita deliciosa al respecto, sobre un viejo tío que ama demasiado vehementemente a su sobrina.

CARTA DE CHARLOTTE VON SCHILLER*** A SU HIJO ERNST; WEIMAR, 10 DE OCTUBRE DE 1823

Difícilmente vas a adivinar quién te va a seguir. Se trata de Goethe padre, que se ha enamorado en Bohemia de una señorita. La muchacha está exaltadamente cautivada por el Consejero Privado [Goethe]. Según dicen, el Consejero de Cámara [August von Goethe] está fuera de sí, mientras que Ottilie se comporta juiciosamente. Espero que Goethe, a una edad de setenta y cuatro años, no vaya a actuar de una manera tan insensata. Pero no se lo digas a nadie, para que no puedan decir que esto

* Todo apunta a que Goethe, que ya ha sido rechazado por la joven Ulrike, intenta desmentir a posteriori con estos argumentos el «rumor» de su petición de mano y contrarrestar así el escándalo.

** August Wilhelm Iffland (1759-1814), autor dramático de más éxito que calidad.

*** Charlotte von Schiller, nacida Von Lengefeld (1766-1826), viuda de Friedrich Schiller.

ha salido de mí. Prefiero ocultar una vergüenza semejante antes que descubrirla.

CARTA DE WILHELM GRIMM* A SUABEDISSEN**; KASSEL, 19 DE OCTUBRE DE 1823

Realmente parece como si [Goethe] se hubiera rejuvenecido después de su enfermedad. Pero si pretender casarse con una señorita en la flor de su juventud, tal y como oí decir ayer, no es manifestación de un espíritu juvenil excesivo, nadie podrá juzgarlo mejor que él.

CARTA DE JOHANN DIEDERICH GRIES*** A BERNHARD RUDOLF ABEKEN†; JENA, 2 DE NOVIEMBRE DE 1823

En Weimar se llega al extremo de afirmar que va a casarse con ella; pero eso sería una locura demasiado grande. Lo que sí parece cierto es que la muchacha va a pasar el invierno en Weimar con su madre¥. La alta sociedad de Weimar muestra tanto mayor interés por este amorío cuanto que la cara *mamma* no cuenta precisamente con la mejor de las reputaciones. Dicen que es la amante reconocida de un rico conde de Bohemia. Y tal y como suelen dispararse los rumores, ya se está diciendo por ahí que Ottilie se marcha a Berlín a fin de no tener que encontrarse con su futura suegra. Es verdad que ese viaje está confirmado, pero difícilmente lo estará también su motivo.

---

* El folklorista Wilhelm Karl Grimm (1786-1859), uno de los dos famosos hermanos Grimm.

** David Theodor August Suabedissen (1773-1835), profesor universitario en Hanau.

*** (1775-1842), jurista y traductor de Calderón.

† (1780-1866), filólogo y crítico literario muy apreciado por Goethe.

¥ Al contrario, la familia Levetzow no tenía ningún interés en seguir alimentando el escándalo. Cuando en octubre de 1824 se hallaron de paso en Weimar, prefirieron no anunciarse.

CARTA DE CARL FRIEDRICH, CONDE VON REINHARD* A IGNAZ HEINRICH KARL, BARÓN VON WESSENBERG**; FRANKFURT, 2 DE NOVIEMBRE DE 1823

Desea usted que le dé noticias de Goethe [...]. Una nuera ingeniosa y afectuosa, dos niños pequeños encantadores y un hijo -un buen tipo- constituyen su familia. Recientemente [Goethe] les ha llevado a casa un buen motivo de excitación que ya se ha hecho público: al parecer, mientras estaba tomando las aguas, conoció a una muchacha joven y bonita a la que, según dicen, ha invitado a venir a Weimar y le ha pedido la mano. Pero no hay nada de eso. Es sólo que, como le ha disgustado mucho todo ese alboroto, se ha permitido la broma de prolongarlo.

CARTA DE CHARLOTTE VON SCHILLER A CAROLINE VON HUMBDOLT; WEIMAR, A 30 DE NOVIEMBRE DE 1823

Vas a oír decir muchas cosas sobre Goethe. [...] La inclinación que está sintiendo se me antoja como el combate por Briseida de la *Ilíada,* sólo que esta vez se trata de Agamenón en lugar de Aquiles. El combate es contra una familia egoísta que se está comportando con muy poca delicadeza. Tú ya has tenido ocasión de ver a la Briseida en cuestión. Si es verdad que Goethe todavía es capaz de sentir una pasión tan intensa, hay que verlo como algo conmovedor y no como un defecto de su ánimo. A mí me gustaría que le alegraran lo que le queda de vida y no se la amarguen con nimias mezquindades. Lo que más miedo me da, en su estado, es que duerma sentado y no soporte estar en la cama. ¡Ojalá hubiera pasado ya diciembre, ese mes al que tanto miedo le tiene siempre!

* (1761-1837), diplomático al servicio de Francia y amigo y confidente de Goethe.
** (1774-1860), vicario y escritor de Constanza.

CARTA DE CAROLINE VON WOLZOGEN[*] A CAROLINE VON HUMBOLDT; JENA, 14 DE DICIEMBRE DE 1823

Goethe ya se encuentra un poco mejor, pero, a fin de no excitar la tos, no puede hablar mucho y dicen que está de muy mal humor. Le ha confesado su amor a una persona bastante vacua [el canciller Friedrich von Müller] y le ha dicho que piensa combatirlo. Pero esto que quede entre nosotros, pues la indiscreción no conoce límites.

CARTA DE JOHANN DIEDERICH GRIES A BERNHARD RUDOLF ABEKEN; JENA, 2 DE ENERO DE 1823

Zelter se quedó en Weimar varias semanas, aunque durante su estancia se acercó en dos ocasiones ajena. Sigue siendo el mismo de siempre: vigoroso, alegre, rudo, ingenioso y un hombre muy destacado en todos los sentidos. Cuando Goethe ya estaba reconvaleciente, Zelter le escribió a Betty Wesselhöft[**] que Goethe había escrito un poema lleno de ardor, sangre, valor y rabia[***], más maravilloso que cualquiera de sus poemas juveniles. Al parecer [Zelter] se lo tuvo que leer en voz alta tres veces seguidas. Por fin Goethe le habría dicho: «¡Leéis bien, anciano caballero!». «Eso es del todo natural», parece que le respondió. « ¡Pero es que el pobre diablo no sabía que yo, al hacerlo, estaba pensando en mi propia amada!» ¡Eso sí que son dos ancianos como Dios manda!, ¿no te parece? Zelter sólo es unos diez años más joven que Goethe.

ADOLPH VON HARNAK[*], *MIS COETÁNEOS DEL SIGLO XVIII*

[…] [La señora Platzmann-Preusse] estuvo en Marienbad al mismo tiempo que Goethe y había tenido ocasión de asistir al episodio con Ulrike von Levetzow. «Todos notámos algo, pero Ulrike no se daba cuenta de nada», me dijo.

[*] Nacida Von Lengefeld (1763-1847), escritora y cuñada de Friedrich Schiller.
[**] Elisabeth Wesselhöft, traductora.
[***] Glut, Blut, Mut und Wut: juego de palabras.
[*]

LA FAMILIA

CARTA DE AUGUST VON GOETHE A SU ESPOSA OTTILIE; JENA, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1823

Este mediodía, mientras comía en casa de los Knebel*, llegó mi padre inesperadamente. Nos sorprendió frente al asado y se quedó a comer con nosotros. [...] Te escribo estas líneas cuando todavía no he tenido ni un solo momento para estar a solas con mi padre. De producirse algo digno de comunicarse, te enviaría un correo urgente. Esto es todo por hoy. ¡Dios quiera que todo acabe bien!

CARTA DE AUGUST VON GOETHE A SU ESPOSA OTTILIE; JENA, 14 DE SEPTIEMBRE DE 1823

Anoche estuve con mi padre hasta las nueve aproximadamente. Bebimos juntos y nada perturbó nuestro encuentro. El nombre que tú ya sabes y la palabra *familia* todavía no han sido pronunciados, y empiezo a tener la esperanza de que todo vaya bien y la historia entera acabe por disolverse como en un sueño.

CARTA DEL CANCILLER FRIEDRICH VON MÜLLER A JULIE VON EGLOFFSTEIN; WEIMAR, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1823

[...] Ciertamente, la actitud ruda y falta de amor de su hijo y la brusca estrechez de miras e inconsistente ingenuidad de Ulrike [von Pogwisch] no están hechas para contribuir a que pase de forma suave e indulgente una crisis como ésta. Desde que Goethe ha vuelto la pobre Ottilie está continuamente enferma y prácticamente no deja que la vea. De ahí que un contraste tan marcado con la alegre vida que llevaba en el balneario lo pongan a veces de muy mal humor y lo dejen afligido, con lo que cualquier invitación procedente del exterior le resulta penosa. Pero todo esto sólo es pasajero. Hasta ahora yo todavía consigo animarlo y volverlo

* Carl Ludwig von Knebel (1744-1834), literato y traductor residente en Jena, gran amigo de Goethe.

locuaz. Es únicamente de su hijo de donde provienen todos los males, ya que ese alocado patrón se está haciendo ahora el ofendido de cara a su padre, e incluso ha amenazado con llevarse a Ottilie a Berlín consigo, y eso lo echaría todo a perder. Sin embargo, aún espero poder evitar tales desvaríos, y Line [Caroline von Egloffstein] me ayudará fielmente en mi propósito.

CARL FRIEDRICH ZELTER; DIARIO DE VIAJE

24 de noviembre de 1823

En dos días el asunto que tenía que resolver en Erfurt queda liquidado. Así pues, me pongo muy contento, tomo un coche de postas urgente (el 24 de noviembre), llego a Weimar y enfilo en el patio. Permanezco en el coche un minuto entero, pero nadie sale a recibirme. Me apeo y llamo a la puerta. Una figura femenina asoma la cabeza por la cocina, me ve y se retira de nuevo. Entonces llega Stadelmann* con la cabeza gacha y se encoge de hombros. Yo le pregunto por él y no recibo respuesta. Todavía estoy en el umbral.

-¿Acaso debo marcharme otra vez? ¿Ha venido la muerte a esta casa? ¿Dónde está el señor?

Sólo veo una mirada afligida.

-¿Dónde está Ottilie?

-En Dessau.

-¿Dónde está Ulrike?

-En la cama.

Entonces se me viene a la cabeza mi sueño y me estremezco. En ese momento acude el Consejero de Cámara [August von Goethe]

-Mi padre... No se encuentra bien. Está enfermo, muy enfermo.

-¡Está muerto!

-No, muerto no está, pero sí muy enfermo.

Yo me aproximo aún más y sólo topo con la mirada de unos rostros marmóreos, así que subo. Los cómodos escalones parecen retirarse ante mis pies. ¿Con qué voy a encontrarme?

Y bien, ¿con qué resulta que me encuentro? Pues con uno que parece que no tenga nada más que amor en el cuerpo, todo el amor y todos los sufrimientos de la juventud. ¡Y si sólo es eso, que lo supere! ¡No! Mejor aún: ¡que se lo quede, que el amor lo abrase como carbonato de calcio! ¡Y que sufra como Hércules en el Eta! Que ningún remedio le ayude. Que sea el propio dolor lo que lo fortalezca y lo sane. ¡Y así fue, así es como ha sucedido! De una criatura divina, fresca y bella, el corazón amante se

* Criado de Gothe de 1814 a 1824.

vio liberado. No ha sido nada fácil, pero ahí tenemos su fruto divino, un fruto que vive por ahora y siempre y que llevará el nombre del espíritu de la amada más allá del tiempo y del espacio y recibirá el nombre del Amor: del Amor eterno y todopoderoso.

LA ELEGÍA DE MARIENBAD

ECKERMANN, CONVERSACIONES CON GOETHE

Lunes, 27 de octubre de 1823

[...] Stadelmann trajo dos velas que puso sobre la mesa de trabajo de Goethe. Goethe me pidió que tomara asiento frente a las luces, pues quería darme a leer algo. Y ¿qué es lo que me tendió? Nada menos que su poema más reciente y querido, su *Elegía de Marienbad.*

Llegado a este punto tengo que exponer aquí algunos detalles sobre el contenido de este poema. Esta vez, inmediatamente después de que Goethe regresara de dicho balneario, corrió por Weimar el rumor de que había conocido allí a una joven dama tan encantadora de cuerpo como de espíritu por la que había desarrollado una apasionada inclinación. Se decía que nada más oír su voz en la avenida de las fuentes, corría a coger el sombrero y a bajar a donde ella se encontrara. También que no se había perdido ni una sola hora en la que pudiera estar con ella y que había vivido días felices. Sin embargo, la separación le había resultado muy difícil, y en tal estado de apasionamiento había compuesto un poema de extremada belleza que, sin embargo, trataba como si fuera una especie de reliquia y lo mantenía en secreto.

Yo di crédito a esta leyenda, ya que no sólo respondía plenamente al vigor físico de Goethe, sino también a la fuerza productiva de su espíritu y a la sana frescura de su corazón. Hacía tiempo que sentía grandes deseos de ver el poema, pero, con razón, vacilaba en pedírselo. Así pues, era lícito que ensalzara el favor del instante que me permitía tenerlo ahora en mis manos.

Goethe había escrito los versos de su puño y letra en caracteres latinos sobre grueso papel vitela y los había atado con un cordel de seda en una envoltura de tafilete rojo, de modo que ya sólo por su cuidado exterior demostraba apreciar aquel manuscrito sobre todos los demás.

Leí el contenido con gran placer y hallé en cada línea la confirmación de la leyenda. Sin embargo, ya los primeros versos sugerían que no había conocido entonces a la joven por primera vez, sino que había renovado su conocimiento. El poema giraba continuamente sobre su propio eje y

parecía volver una y otra vez a su punto de partida. El final, maravillosamente trazado, tenía un efecto muy poco habitual y profundamente conmovedor.

Cuando hube terminado de leer, Goethe se aproximó de nuevo.

-¿A que os he mostrado una buena cosa? -dijo-. Dentro de unos días podrá decirme qué le ha parecido.

Me alegré de que con estas palabras Goethe rehusara cualquier juicio inmediato por mi parte, pues la impresión que me había causado el poema había sido demasiado novedosa y su lectura había transcurrido con demasiada rapidez como para que pudiera ser capaz de decir algo conveniente al respecto.

Goethe prometió dármelo a leer otra vez en algún momento de sosiego. Entretanto había llegado la hora de ir al teatro y me despedí con un cordial apretón de manos.

La máquina de jugar al ajedrez[*] bien pudo ser una obra muy buena e igualmente bien interpretada, pero yo no le hice caso. Mis pensamientos estaban con Goethe.

Después de la función pasé por delante de su casa. Las ventanas resplandecían, oí que estaban tocando y lamenté no haberme quedado.

Al día siguiente me contaron que la joven dama polaca, *Madame* Szymanowska, en cuyo honor se había celebrado aquella festiva velada, había tocado el piano de forma magistral para deleite de todos los reunidos. También averigüé que Goethe la había conocido aquel mismo verano en Marienbad y que estos días ella había venido a hacerle una visita.

Domingo, 16 de noviembre de 1823

[...] Recordando su promesa de que volvería a mostrarme su *Elegía de Marienbad* en el momento adecuado, Goethe se puso en pie, colocó una luz sobre su escritorio y me dio el poema. Me sentí feliz de tenerlo una vez más ante la vista. Goethe volvió a sentarse tranquilamente y dejó que me abandonara sin molestias a una lectura contemplativa.

Después de llevar un rato leyendo quise decirle algo al respecto, pero me pareció que se había quedado dormido. Así pues, aproveché aquella favorable ocasión y volví a leerlo una y otra vez, experimentando con ello un raro placer. Me pareció que la brasa juvenil del amor, suavizada por la elevación moral del espíritu, era el carácter general que atravesaba todo el poema. Por lo demás me pareció que los sentimientos expresados en él eran más intensos de lo que estamos acostumbrados a encontrar en otros poemas de Goethe, aspecto del que creí poder deducir cierta influencia de Byron, suposición que Goethe no rechazó.

[*] Comedia en cuatro actos (1797) del dramaturgo y actor Heinrich Beck (1760-1803), interpretada por aquellos días en el teatro de Weimar.

-Está usted viendo el producto de un estado de pasión extrema -añadió-. Mientras vivía atrapado en él, no habría querido verme privado por nada del mundo; ahora, en cambio, no querría recaer en él a ningún precio.

»Escribí el poema inmediatamente después de partir de Marienbad, cuando aún estaba sumido en la plenitud y frescura del sentimiento de lo que había vivido. A las ocho de la mañana, en la primera parada, escribí la estrofa inicial, y así seguí componiendo el poema en el coche, escribiendo a cada parada lo que había retenido en la memoria durante el trayecto, de manera que por la noche ya lo tenía listo sobre el papel. Por eso tiene cierto carácter de inmediatez y está hecho de una sola pieza, lo que probablemente favorezca al conjunto.

-También hay muchos aspectos peculiares en él -dije-, hasta el punto de que no recuerda a ningún otro poema suyo.

-Puede que se deba a eso -repuso Goethe-. Aposté por el presente como quien se juega una suma importante a una sola carta y, aunque sin exagerar, traté de incrementar mi apuesta todo lo posible.

Este comentario me pareció muy revelador, en la medida en que saca a la luz el modo de proceder de Goethe y nos hace explicable su diversidad tan admirada.

Entretanto se habían hecho casi las nueve; Goethe me pidió que llamara a su criado Stadelmann y así lo hice.

Entonces le ordenó que le pusiera en el pecho, al lado del corazón, la cataplasma que le había recetado el médico. Mientras tanto me acerqué a mirar por la ventana. A mi espalda oía cómo Goethe se quejaba a Stadelmann de que su mal se empeñaba en no mejorar y se estaba volviendo crónico*. Cuando hubo concluido esta operación aún me senté un rato más a su lado. Entonces también se me quejó a mí de que hacía algunas noches que no podía dormir ni sentía ningún deseo de comer.

-El invierno sigue pasando -me dijo- y yo soy incapaz de hacer nada, no puedo aportar nada, la mente se me ha quedado sin fuerzas.

Traté de tranquilizarlo pidiéndole que no pensara tanto en su trabajo y que cabía esperar que este estado pasara pronto.

-Ay -repuso entonces-, impaciente no soy. Ya he vivido demasiadas situaciones similares y he aprendido a sufrir y a aguantar.

Estaba sentado con su bata de franela blanca y una manta de lana envolviéndole las rodillas y los pies.

-Ni siquiera me voy a meter en la cama -añadió-. Voy a pasar la noche así, sentado en la butaca, pues de todos modos no voy a poder dormir como es debido.

Entretanto se había hecho tarde. Me tendió su estimada mano y me fui.

---

* El 6 de noviembre de 1823 Goethe había caído enfermo de unos persistentes ataques de tos, de los que no se recuperó hasta dos semanas después y que causaron profunda preocupación en todo Weimar.

Lunes, 17 de noviembre de 1823

Humboldt[*] está aquí. Hoy he estado un momento con Goethe y me dio la impresión de que la presencia y la conversación de Humboldt han tenido en él una influencia positiva. Su mal no parece ser de naturaleza sólo física. Antes bien parece que es la apasionada inclinación que ha desarrollado este verano en Marienbad por una joven dama y que ahora trata de combatir la causa principal de su actual enfermedad.

CARTA DE WILHELM VON HUMBOLDT A SU MUJER CAROLINE; WEIMAR, A 19 DE NOVIEMBRE DE 1823

[…] Hoy me ha dado un poema encuadernado, una elegía. Enseguida vi que había sido tratada con gran delicadeza y cuidado. La tenía envuelta en papel y atada con una cinta. Toda ella estaba escrita de su puño y letra. Me dijo que era la única copia existente y que todavía no se la había mostrado a nadie, a nadie sin excepción, y que pasará mucho tiempo antes de que la publique, o tal vez no la publique nunca[**]. Sin embargo, dijo alegrarse de mi llegada, pues ya sabía de entrada que yo iba a ser capaz de sentir con él. Me lo dijo todo en un tono más conmovido y revelador de lo habitual. Así pues, empecé a leer, y puedo decir, en verdad, que no sólo he quedado cautivado por esta composición, sino asombrado hasta tal punto que apenas si puedo describirlo con palabras. Este poema no sólo está a la altura de lo más bello que Goethe haya compuesto nunca, sino que tal vez incluso lo supere, pues en él se une la frescura de la fantasía que siempre lo ha caracterizado con la perfección artística que sólo puede ser fruto de una larga experiencia. Después de haberlo leído dos veces le pregunté cuándo la había escrito. Y cuando me dijo «no hace mucho», no me cupo duda de que se trataba del fruto de su relación de Marienbad. La elegía no trata de nada más que de los sentimientos cotidianos y mil veces descritos de la proximidad de la amada y del dolor de la separación, pero todo ello con una singularidad tan propia de Goethe, en un tono tan elevado, delicado y verdaderamente etéreo y, de nuevo, tan conmovedor, que resulta difícil encontrar palabras…

Tras la lectura se impuso una conversación al respecto. A la aludida no llegó a nombrarla en ningún momento, aunque en realidad no cesó de hablar de ella y, ya sea porque, según creo, la joven todavía tiene muy dominada su alma, o ya sea por otra cosa, lo cierto es que sin ella estos

[*] El famoso erudito y lingüista Wilhelm barón Von Humboldt (1767-1835), íntimo amigo y corresponsal de Goethe desde 1794.

[**] La *Elegía de Marienbad* se publicó en 1827, en el tercer volumen de las obras completas de Goethe.

versos verdaderamente celestiales no se habrían escrito nunca, y sólo con eso ya le corresponde un mérito perdurable, pues, en realidad, no hay nada más grande que un sentimiento, sea cual sea, reflejado poéticamente con auténtico acierto.

No pude resistir la tentación de decirle que estaba realmente sorprendido de encontrar todavía semejante juventud en su talento y en sus sentimientos, ya que un poema como aquél a la fuerza tenía que basarse en algo real, y que tal fortaleza de su espíritu y de su imaginación garantizaba sin lugar a dudas que, de no entrometerse algún azar, aún poseía fuerza vital suficiente para muchos años de vida, y es verdad que yo nunca habría pensado que todavía fuera a ser capaz de algo así. A ello me respondió que, desde luego, bien se podría dejar al lector adivinar la edad del poeta. Aunque su edad no se menciona en ninguna sílaba del poema, resuena calladamente en todos sus versos, en parte por la circunstancia de la sublimación hacia lo elevado y puro que expresan, y en parte por la plenitud omniabarcadora de la contemplación de la naturaleza a la que aluden y que sólo permite la madurez que procuran los años.

Este poema, del que el propio Goethe dijo muy ingenuamente: «No he podido parar de leerlo hasta sabérmelo de memoria. Y es verdad que me he recreado en ello. Después de todo, ¿a qué viene negarse tales placeres?»... Pues bien, este poema, digo, y mi entusiasmo por él lo exaltaron de tal modo que, olvidando sus males, me habló con una alegría inusual, y seguro que habría seguido hablando mucho rato más si de pronto no hubiera entrado el archiduque, que me estaba buscando para, aprovechando el buen tiempo que hacía hoy, enseñarme el invernadero de palmeras de Belvedere que yo ya había tenido ocasión de ver poco antes con el día nublado.

Me ha quedado muy claro que Goethe aún tiene muy presentes las vivencias de Marienbad, aunque, según creo, más el estado de ánimo que suscitaron en él y la poesía con que las ha recubierto que su objeto propiamente dicho. Así pues, lo que dicen por ahí de su posible boda e incluso de su enamoramiento, es en parte completamente falso y, en parte, debe entenderse como es debido. Con todo, sí me parece que la uniformidad y quizá incluso la falta de amabilidad de su círculo familiar no le está sentando precisamente muy bien, sobre todo, después de los estímulos mucho más vivos que ha recibido en Bohemia, y que este sentimiento le pesa aún más porque su enfermedad le está arrebatando el habitual consuelo que le procura una actividad incesante, a lo que, ciertamente, cabe añadir el enojo de no podérmelo leer todo personalmente y comentarlo a fondo conmigo*.

* Los médicos le habían prohibido hablar.

ECKERMANN, CONVERSACIONES CON GOETHE

Jueves, 1 de diciembre de 1831

Mi denominada *Trilogía de la pasión,* en cambio, no fue concebida originalmente como trilogía, sino que antes bien fue convirtiéndose en tal poco a poco y, en cierto modo, por azar. En primer lugar, como usted sabe, sólo tenía la *Elegía* a modo de poema independiente. Pero entonces me visitó la Szymanowska, que había estado conmigo en Marienbad ese mismo verano y que con sus cautivadoras melodías había logrado despertar en mí un eco de aquellos días juveniles y felices. De ahí que todas las estrofas que dediqué a esta amiga fueran compuestas en el mismo verso y la misma forma métrica de aquella *Elegía,* uniéndose a ella casi por sí sola a la manera de una conclusión reconciliadora. Entonces resultó que Weygand quiso organizar una nueva edición de mi *Werther*[*] y me pidió un prefacio, lo que supuso para mí una ocasión más que bienvenida para escribir mi poema *A Werther.* Pero como seguía conservando un rescoldo de aquella pasión en mi corazón, casi sin darme cuenta el poema se configuró a modo de introducción de aquella *Elegía.* Así fue como los tres poemas que ahora vemos reunidos acabaron transidos de un mismo sufrimiento amoroso y, sin saber cómo, se formó la *Trilogía de la pasión.*

TRILOGÍA DE LA PASIÓN

A WERTHER

Una vez más, lloradísimo espectro,
Osas salir a la clara luz del día.
Entre flores nuevas me sales al encuentro
Y sin temor alguno encaras mis pupilas.
Es como si vivieras en la alborada
Donde nos solaza el rocío de un mismo prado
Y tras el ingrato esfuerzo de la jornada
Nos deleita el sol con sus últimos rayos.
Quedarme fue mi destino y partir el tuyo:
Tú me precediste... y no has perdido mucho.

Al hombre la vida se le antoja una gran suerte:

[*] La nueva edición de *Las penas del joven Werther* apareció en 1824 en la editorial de Christian Friedrich Weygand (1743-1806) en Leipzig a fin de conmemorar la primera edición de 1774, igualmente publicada por él.

¡Cuán bellos el día y la noche nos parecen!
Y nosotros, plantados en la felicidad del paraíso,
Hemos llegado apenas a gozar del sol divino
Cuando ya se presenta un propósito borroso
A luchar contra nosotros o nuestro entorno.
No se complementan como quisiera estos términos:
Sombrío el exterior cuando resplandezco por dentro,
O resplandece el ambiente cuando sombrío es mi mirar.

Y aun teniéndola tan cerca, no vemos la felicidad.
¡Mas de pronto nos parece conocerla! Por la fuerza
Nos arrebata el encanto de femenina silueta:
El muchacho, alegre como en la flor de la niñez,
Vive en primavera como si primavera fuera él.

Con regocijo se pregunta qué le ha pasado,
Contempla su entorno y ve el mundo en su mano.
A lo lejos le impulsa un afán despreocupado:
Nada limita su avance, ni muralla, ni palacio.
Cual bandada de aves rozando una cima boscosa,
También él flota en torno de la amada sombra.
Desde el éter, que de buen grado abandona,
Busca su mirada fiel… y ésta lo aprisiona.

Mas demasiado pronto o tarde le llega el aviso;
Estorbado en el vuelo, se siente cautivo.
Feliz al volver a verla y sufriente a cada adiós,
A cada reencuentro aumenta la dicha del amor
Y años enteros expulsa un solo instante.
Pérfido, sin embargo, acecha el adiós triunfante.

Sonríes, amigo mío, sensible como eres:
Un adiós terrible a ti te hizo célebre.
Nos quedamos a cantar tu penoso infortunio
Y nos abandonaste a los vaivenes del mundo.
Nos atrajo entonces la pasión de nuevo
Hacia el rumbo de su laberinto incierto.
Y otra vez toleramos renovados pesares,
Para partir al fin. ¡La muerte es separarse!
¡Qué conmovedor suena cuando el poeta nos canta
Que evitemos la muerte que la separación consagra!
Inmerso en tal dolor, sólo a medias culpable,
Te dé un dios el don de decir lo que soportaste.

ELEGÍA DE MARIENBAD

Cuando suele enmudecer el hombre en su tormento,
A mí me ha dado un dios expresar lo que padezco.[*]

¿Qué me cabe esperar del reencuentro,
De la flor de este día aún cerrada?
Se abre ante ti el paraíso o el infierno;
Y se te estremece el alma acobardada.
¡Ya no dudes más! Ella sale al umbral del cielo
Haciéndote flotar hacia sus brazos abiertos.

Fue así como te recibió el paraíso,
Como si la dicha eterna merecieras;
Esperanzas, deseos y anhelos extinguidos:
Tenías allí el fin de tu ambición secreta
Y, esta belleza única contemplando,
Se secó la fuente ansiosa de tu llanto.

¡Cómo bate el día sus alas impacientes
Como si el pasar de los instantes empujara!
Oscurece y lealtad su beso te promete,
El mismo que sellará la tarde de mañana.
Las horas fluyen dulcemente parecidas,
Mas fluyen como hermanas, siempre algo distintas.

Otro beso, el último, terrible y dulce,
Escinde un tejido espléndido de afectos.
El pie corre, se detiene, el umbral elude,
Cual si flamígera espada impidiera el regreso.
La mirada afligida escruta la oscura senda
Y se vuelve un instante: cerrada está la puerta.

Y ahora, se te encoge ensimismado el corazón
Como si nunca te hubiera brincado en el pecho;
Cual si las radiantes horas que a su lado gozó,
No rivalizaran con las estrellas del cielo.
Ahora el hastío, reproche, pesar y desaliento
En atmósfera opresiva lo lastran con su peso.

Pero ¿no te queda aún el mundo? Los collados,

---

[*] Al igual que los dos últimos versos del poema anterior, variación de los versos 3432 s. del *Torcuato Tasso* goethiano, donde, sin embargo, se dice «expresar cómo padezco» *(Gab mir ein Gott zu sagen, wie ich leide).*

¿No siguen coronados por sombras sagradas?
¿Es que la cosecha no madura? Un verde prado,
¿No bordea el río entre pastizales y matas?
Y la inmensidad, ¿su bóveda el mundo no envuelve,
Ya sea rica en formas o informe tantas veces?

Qué leve y frágil, sutilmente entretejida,
Surge seráfica de entre las nubes oscuras
Sobre el azul del cielo, a ella parecida,
Una figura etérea de cristalina bruma.
Así veías dominando el alegre baile
A la más bella de las criaturas adorables.

Mas sólo unos instantes puedes resignarte
A retener a un espejismo en su lugar;
¡Vuelve al corazón! Es una sede más fiable,
En la que ella se agita en metamorfosis tenaz;
Entre miles de formas, se te impone sólo una,
Cada vez más hermosa en su proteica figura.

Así como yo la vi aguardarme en el umbral
Para hacerme luego a cada instante más dichoso,
Darme un beso y venirme de nuevo a buscar
Para otorgarme otro, el último de todos:
Tan diversa y clara permanece su imagen
Grabada a fuego en mi corazón amante.

En mi corazón, que firme cual fortaleza
Se conserva sólo para conservarla a ella,
Por ella se congratula de su propia firmeza,
Sabiéndose vivo cuando se le manifiesta,
Sintiéndose libre en tan querido calabozo
Y latiendo ya sólo para agradecérselo todo.

Si se me había agotado la capacidad de amar
Junto con la necesidad de ser correspondido,
¡La fragua de nuevos planes ocupó su lugar,
De gozosa creación y apresurado ejercicio!
Si alguna vez el amor inspiró al amante,
Más dulcemente vino en mí a manifestarse.

¡Y fue por ella! Un íntimo desasosiego
Cuerpo y alma me había cubierto con su losa:
En la desolación del corazón desierto
Me rodeaban imágenes aterradoras.
Pero ahora intuyo esperanza en aquel umbral

En que ella aparece en tan dulce claridad.

A esa paz de Dios que, más que cualquier razón
-Según leemos-, os hace dichosos aquí abajo,
Bien comparo yo la paz gozosa del amor
Cuando se da en presencia del ser más amado.
Pues el corazón se calma y ya nada perturba
El sentido más profundo: que mi alma sea suya.

En lo más puro del pecho palpita el afán
De a un ser más puro, desconocido y extraño
Entregarse agradecido, con total libertad,
Penetrando el enigma del eterno Innombrado.
¡Lo llamamos devoción! De tal magnificencia
Siento que participo cuando estoy con ella.

Ante su mirada, como frente al fulgor del cielo,
Ante su aliento, como ante un día de primavera,
Se funde en las insondables grutas del invierno
El egoísmo que largamente languideciera.
Ni egolatría ni veleidad pueden perdurar,
Pues huyen nada más verla sin regresar jamás.

Es como si ella dijera: «Hora tras hora
Amablemente se nos ofrece la vida,
De bien poca cosa el pasado nos informa,
Y de todo saber el futuro nos priva.
Y si alguna vez a la noche tuve miedo,
También en la oscuridad supe ver el cielo.

Por eso haz como yo y, con juicio alegre,
¡Encara el instante! ¡No esperes más!
Corre a buscarlo, vigoroso e indulgente,
Sea en tus actos o en el gozo de amar.
Si sabes ser niño allí donde te encuentres,
Lo serás todo y no podrán vencerte».

Para ti es fácil, pensé, por compañera
La gracia del instante un dios te ha dado,
Y no hay quien a tu lado no se sienta
De inmediato el favorito de los hados.
Mas lo que temo yo es tenerte que dejar.
¡De qué me sirve aprender esa verdad!

Y ahora, ¡lejos estoy ya! A este momento,
¿Qué le corresponde? No sabría expresarlo.

Motivos me ofrece para gozar de lo bello,
Mas de este lastre quiero verme librado.
Me mueve sólo una indomable añoranza
Y salida no veo más que las lágrimas.

¡Seguid brotando, pues! ¡Y fluid sin calma!
Aunque no cabe esperar que apaguéis mi fuego.
Mi pecho agitado se calma o se desgarra
Donde vida y muerte lidian brutal duelo.
Bien que hay hierbas contra el dolor del cuerpo,
Pero inane e indeciso está mi pensamiento.

Pues desconoce la manera de añorarla.
Reproduce su imagen por millares,
En figura que vacila o le arrebatan,
Confusa a veces y otras tan radiante.
¿Cómo iba a ser el más mínimo consuelo
Este ir y venir, este eterno regreso?

¡Dejadme aquí, compañeros de camino!
A solas entre rocas, pantanos y desiertos.
¡Adelante! El mundo os abre su sentido,
Ancha la tierra y excelso el firmamento.
Ved, investigad, y acumulad detalles,
Seguid persiguiendo los misterios naturales.

Yo que un día favorito de los dioses fuera,
Me he perdido a mí mismo y al universo.
Pues me enviaron a Pandora como prueba,
Rica en dones y aún más rica en riesgos.
Hacia sus labios dadivosos me impelieron,
Y al separarme de ellos, me destruyeron.

RECONCILIACIÓN

¡La pasión trae pesares! ¿Quién sabrá dar sosiego
A un corazón contrito que ha perdido demasiado?
¿Dónde buscar las horas que tan pronto se esfumaron?
¡Para nada lo más bello te fue dedicado!
El espíritu turbio y confuso el nuevo rumbo,
A los sentidos, ¡cómo escapan las gracias del mundo!

Mas surge ahí la música con sus alas de ángel,
Se entreteje en una red de mil notas esquivas,

Para en lo más profundo del hombre adentrarse
Y colmarlo hasta el fondo de belleza infinita.
Acuosos los ojos, sientes en sublimada ansia
El divino valor de las notas y de las lágrimas.

Aliviado al fin, el corazón percibe ansioso
Que está vivo, late y seguir latiendo pretende,
Y en agradecimiento al regalo más precioso
Sigue su propio latido y a sí mismo se ofrece.
Así,-¡ojalá para siempre!- se manifestó
La dicha doble de las notas y del amor.

CODA

CARTA DE GOETHE A CHRISTOPH FRIEDRICH LUDWIG SCHULTZ; EGER, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1823

¡Caro y venerado amigo!

Espero que mi carta del 9 de agosto desde Marienbad haya dado con usted en el momento adecuado, sólo que ahora debo añadirle una observación jocosa: en mi carta, con autocomplaciente sabiduría, había reprochado esa pretensión tan inevitable como errada del hombre consistente en atormentarse persiguiendo síntesis imposibles. Apenas hube llevado la hoja al correo cuando yo mismo me he visto sorprendido sumido en la más imposible de todas las síntesis y no puedo por menos de reírme muy en serio, y lo peor de todo es que de ningún modo puedo afirmar que este reconocimiento me haya hecho mejor. Todo lo contrario, pues he seguido prolongando ininterrumpidamente esta operación estéril.

«NO SE PUEDE DECIR QUE NO HAYA SIDO UN AMOR»

ESQUEMA AUTOBIOGRÁFICO ESCRITO POR LA ANCIANA ULRIKE VON LEVETZOW ENTRE 1868 y 1887 EN EL PALACIO DE TRZIBLITZ

Muchas veces me ha dado lástima la idea de que el recuerdo de la época en la que conocí a Goethe sea enterrada conmigo y, con ello, también que

todas las historias falsas y fabulosas que se han publicado sobre nosotros nunca vayan a ser desmentidas. Voy a tratar de anotar aquí lo relacionado con aquella época que aún soy capaz de recordar.

Ya mis abuelos Brösigke debieron de haber conocido a Goethe y también a Schiller, pues no sólo conocían al archiduque de Weimar, sino que incluso tenían amistad con él, cosa que yo misma pude constatar ya en Marienbad, donde tantas veces recordaron en compañía del archiduque los viejos tiempos y a sus antiguos conocidos. Al fin y al cabo, mi abuelo disponía de un rico patrimonio en Sajonia [...], y también del gran señorío de Löbnitz, y amaba la caza con locura. Goethe debió de haberlos conocido en los balnearios, primero quizá en Lauchstädt, un pequeño balneario de Leipzig. Aún puedo recordar muy confusamente que, cuando yo era muy pequeña, mis abuelos hablaban con Goethe de este lugar. Mi madre había conocido o reencontrado a Goethe en Karlsbad cuando todavía era una mujer muy joven, pues muchas veces nos contaba que Goethe la había puesto en un gran aprieto cuando en esta ciudad, durante un paseo, le preguntó qué poemas prefería, si los suyos o los de Schiller. Mi madre dijo haberle respondido:

-Creo que a veces no consigo comprender a ninguno de los dos, pero los poemas de Schiller los puedo sentir.

Goethe no le tomó a mal esta respuesta, sino que siguió siendo muy cordial con ella y gustaba de integrarla en las conversaciones. Varios años después, mi madre se hallaba en Teplitz en compañía de una gran sociedad invitada por el príncipe Clary* en la que se esperaba la asistencia de Goethe. Goethe llegó en el momento en que mi madre se hallaba conversando muy animadamente con algunos conocidos. Aún no había tenido ocasión de verlo llegar cuando Goethe entró en el corro diciendo:

-¡Esa voz sólo puede ser la de mi pequeña Levetzow!

A partir de ese momento ya prácticamente sólo habló con ella. Después se le hicieron muchos reproches por no haber dicho antes que conocía tan bien a Goethe. En una carta que me envió calificaba a mi madre de astro brillante de sus años más jóvenes.

Yo conocí a Goethe en Marienbad en 1821. Mi madre me había sacado de mi pensión en Estrasburgo para pasar conmigo algunos meses en Marienbad en casa de mis abuelos. Por aquel entonces Marienbad todavía era un lugar pequeño, prácticamente en formación, y nuestra casa, «Casa Weimar», casi era la más grande y bonita de todas. Goethe había alquilado un apartamento en ella. Todavía recuerdo muy claramente nuestro primer encuentro. La abuela me hizo llamar y la criada me dijo que había con ella un anciano que quería verme, cosa que no me resultó nada agradable, pues me interrumpía en una labor que acababa de comenzar. Cuando entré en la habitación, en la que también

* Karl Joseph von Clary y Aldringen (1777-1831). El encuentro se produjo en Karlsbad el 7 de agosto de 1810.

se hallaba mi madre, ésta dijo:

-Aquí tiene a mi hija mayor, Ulrike.

Goethe me tomó de la mano, me miró amablemente y me preguntó si me gustaba Marienbad. Como yo había pasado los últimos años en Estrasburgo en una pensión francesa y no tenía más que diecisiete años, todavía no sabía nada de Goethe ni de lo famoso y gran poeta que era, por lo que me comporté con toda naturalidad con aquel anciano tan cordial y sin la timidez que generalmente solía acometerme cuando me presentaban a desconocidos. Ya a la mañana siguiente Goethe me invitó a dar un paseo con él, durante el que tuve que contarle muchas cosas sobre Estrasburgo y el internado. Me quejé sobre todo de lo sola que me sentía al estar tan lejos de mis hermanas, de las que me habían separado por primera vez, y estoy convencida de que fue precisamente esta desinhibición infantil la que le interesó, pues a partir de entonces me dedicó mucha atención. Casi cada mañana me llevaba consigo cuando salía de paseo y, los días en que no me iba con él, a la vuelta me traía flores, ya que no tardó en darse cuenta de que yo no sentía el menor interés por las piedras que él muchas veces contemplaba, a pesar de que en otros aspectos me gustaba dejarme instruir por él. A última hora de la tarde también podía pasar horas enteras sentado conmigo en un banco que había delante de la puerta, donde me hablaba de toda clase de cosas. Para cuando me enteré, por aquel entonces, del gran hombre de letras que era, ya lo conocía demasiado bien y le tenía demasiada confianza para sentirme intimidada o cohibida en su presencia. Ni siquiera más adelante se le ocurrió pensar a nadie, tampoco a mi madre, que en todos aquellos encuentros pudiera haber algo más que la complacencia de un hombre entrado en años y que podría haber sido mi abuelo por la niña que yo todavía era. Goethe era un anciano tan amable y afectuoso que una criatura joven bien podía sentirse a gusto en su compañía, sobre todo si estaba vivamente interesada en todo lo que él le describía con tanto ardor y de manera tan agradable: flores, piedras, estrellas, literatura...

Aquel mismo verano Goethe me regaló *Los años de peregrinaje de Wilhelm Meister*[*], pues le habían enviado la nueva edición del libro a Marienbad para que lo examinara. Cuando empecé a leer en él después de que me lo hubiera dado, me pareció que ya tenía que haberle precedido algo antes, pues aparecían cosas que me resultaban desconocidas, y cuando se lo dije a Goethe y le pedí que también me diera el libro precedente, me respondió que eso no sería conveniente para mí y que prefería contarme algunas cosas de la primera parte a fin de que pudiera comprender mejor *Los años de peregrinaje.* Cuántas veces

[*] Primera parte de la continuación de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1795-1796) publicada en 1821 y que, sin embargo, no conoció una edición definitiva hasta 1829, fecha en que se publicó una nueva versión muy modificada y aumentada. En esta primera versión ya aparece un fragmento de *El hombre de cincuenta años.*

no habré lamentado después de entonces no haber tomado nota de su relato, pues seguro que eso habría tenido un interés mucho mayor que todas esas cartas y billetes que ahora están causando tanto revuelo.

Cuando aumentó nuestro círculo de conocidos en Marienbad y yo tuve ocasión de conocer también a varias muchachas jóvenes, se dio varias veces el caso de que Goethe nos instruyera en pequeños juegos cuando el mal tiempo nos impedía salir. Entre mis conocidas favoritas me sentí especialmente unida a una curlandesa, la señorita Fölkersam. Ésta hizo un dibujo de Goethe, en parte de memoria y en parte a partir de otros retratos suyos, y mi abuelo me lo hizo encuadernar en la cubierta de mi ejemplar de *Los años de peregrinaje de Wilhelm Meister.* El propio Goethe había escrito mi nombre en él.

En verano de 1822 volvíamos a estar con Goethe en Marienbad, y esta vez también nos acompañaban mis hermanas, dado que también ellas habían abandonado ya el internado de Estrasburgo. En general aquel año el círculo de nuestros conocidos era mucho mayor y mi futuro padrastro, el conde Klebelsberg, también estaba. Vino el conde Kaspar Sternberg, que ya hacía tiempo que mantenía correspondencia con Goethe, pero hasta entonces no había tenido ocasión de conocerlo personalmente, y lo hizo [...] mi madre. Como en el año anterior, Goethe estaba casi siempre con nosotras. Por aquellos días se encontraba en Marienbad un tal doctor Pohl, que había pasado mucho tiempo viajando por Brasil[*], y también el famoso químico Berzelius, que creo que era sueco[**]. De otros señores, casi todos eruditos, he olvidado ya los nombres. Estos caballeros mantenían conversaciones muy instruidas, pero que resultaban interesantes incluso para muchachas tan jóvenes como nosotras, y todos tenían la amabilidad de aclararnos lo que no entendíamos. Mi hermana más joven, Bertha, que por entonces sólo tenía catorce años, se interesaba por la mineralogía, y los señores que he mencionado y Goethe reunieron para ella una bonita colección de piedras que le permitió aprendérselas casi todas y anotar el nombre de cada una en un papelito que les adhería. El doctor Pohl también le proporcionó algunas piedras semipreciosas pulidas. Muchos años después Berta regaló esta colección a nuestro sobrino Franz von Rauch, que todavía la conserva en parte. Aún me acuerdo de que los caballeros hicieron el experimento de intentar fundir granates de Bohemia, y Berzelius, que era quien más insistentemente lo había propuesto, nos explicó que los granates eran las piedras preciosas más duras después del diamante. En otra ocasión Goethe nos hizo llamar a su apartamento, donde había dispuesto ordenadamente en una larga mesa todas las

---

[*] Johann Bapstist Emanuel Pohl (1782-1834), profesor de botánica en Praga y en Viena. Estuvo realizando investigaciones en Brasil de 1817 a 1820.

[**] Jöns Jacob, barón de Berzelius (1779-1848), célebre químico de Estocolmo. Sternberg, Pohl, Berzelius y Goethe emprendieron juntos una expedición geológica a la montaña de Kammerberg el 30 de julio de 1822.

clases de piedras que se encontraban en la región de Marienbad. Me llevó hasta un lugar en el que había puesto una libra de chocolate de Viena entre las piedras y en el que había escrito:

Disfrútalo como más creas que te va a gustar:
sea como bebida o como apetecible manjar

G.[*]

Le regalé esta nota al Dr. Jaksch, quien es un gran admirador de Goethe y durante muchos años fue el médico de mi querida madre. Que Goethe me hubiera puesto el chocolate entre las piedras era una broma, ya que yo no acertaba a verles el menor interés a esos pedruscos.

También este segundo verano Goethe fue muy amable conmigo y me destacaba a cualquier ocasión. Muchas veces le dijo a mi madre lo mucho que habría deseado tener otro hijo, pues entonces tendría que haberse casado conmigo. En ese caso me habría formado a su manera, pues, según dijo, sentía por mí un gran amor paternal.

Goethe volvió a regalarme un libro que le habían enviado: *De mi vida, apartado II, parte 5. También en la Campaña*[**]*.*

En él me había escrito:

Lo mal que a tu amigo le fue en otro tiempo
El presente libro te va a relatar.
Ahora ya sólo le consuela el deseo
De que en tiempos mejores no lo olvidarás.
Marienbad, 24 de julio de 1822.

Por estos días se habló también de autógrafos, y Goethe dijo que no poseía ningún escrito de Federico el Grande. Entonces mi abuelo fue a buscar una carta del rey en la que éste aceptaba asumir su padrinazgo. Como el papel de la carta estaba bastante arrugado y amenazaba con rasgarse, Goethe dijo que lo alisaría de nuevo y lo restauraría. Pero como en el momento de su partida aún no le había devuelto la carta a mi abuelo, éste creyó que ya no iba a verla nunca más. Sin embargo, ya desde Eger, donde no era la primera vez que Goethe se quedaba a pasar unos días en casa de un conocido, le envió la carta de vuelta a mi abuelo.

---

[*] Posiblemente fuera para este fin que Goethe encargó expresamente a Grüner «una libra del más fino chocolate vienés» (carta del 29 de julio de 1823). No obstante, de ser así, la presente anécdota no tuvo lugar en el verano de 1822, como cree recordar Ulrike, sino un año después.

[**] Publicado en 1822 e inicialmente concebido como una parte de su autobiografía *Poesía y Verdad,* este texto, cuyo título definitivo fue *Campaña en Francia,* describe el viaje que Goethe emprendió a regañadientes en 1792 a fin de acompañar a la brigada de caballería del archiduque Carlos Augusto al combate contra las tropas jacobinas que finalizó con la derrota de las fuerzas prusianas en la batalla de Valmy (20 de septiembre de 1792) y la posterior retirada a Luxemburgo.

Goethe había reforzado la carta pegándola sobre papel y en el reverso había escrito:

La hoja en que reposó la mano
Que en su día dominó el mundo
Es bueno haber recuperado
Para honrar al gran difunto.

En verano de 1822 había mucha gente en Marienbad, y casi todos hacían esfuerzos por conocer a Goethe, pero como muchas veces no se sentía con ganas de hacer nuevas amistades, no era raro que me pidiera que se lo hiciera saber a los visitantes. En cambio, a mí no me negó nunca un encuentro.

Y llegados a este punto empieza a fallarme la memoria, pues ya no recuerdo a ciencia cierta si fue este año o el siguiente cuando también vino a Marienbad el archiduque de Weimar que tan buen amigo era de Goethe*. Lo que sí sé es que residió en nuestra casa, y también que la casa aún no había sido bautizada como «Ciudad de Weimar». Ya he dicho anteriormente que el archiduque era muy amigo de mis abuelos y de mi madre, y también a las niñas nos había visto a menudo. Era muy amable e indulgente y fue él quien les dijo a mis padres y también a mí que me casara con Goethe. Al principio lo tomamos por una broma y dijimos que a Goethe seguro que ni se le había pasado por la cabeza nada semejante, pero él lo negó y nos lo repitió muchas veces, e incluso me describió de la manera más atrayente cómo yo iba a ser la primera dama de la Corte y de Weimar; lo mucho que él, el soberano, pensaba agraciarme; que enseguida les haría construir y les entregaría una casa a mis padres en Weimar para que no tuvieran que vivir separados de mí y que iba a preocuparse por mi futuro en todos los sentidos. A mi madre trató de persuadirla todo lo que pudo, y más adelante oí decir que le había prometido que, como lo más probable era que yo fuera a sobrevivir a Goethe, me asignaría a su muerte una pensión anual de 10.000 táleros. No obstante, mi madre se había propuesto firmemente no imponer un matrimonio a ninguna de sus hijas. Sin embargo, habló conmigo del asunto y me preguntó si me sentía inclinada a ello, a lo que yo inquirí si ella deseaba que lo hiciera. Su respuesta fue:

-No, hija mía, todavía eres demasiado joven para que ya quiera verte casada. Sin embargo, la propuesta es tan honrosa que tampoco podía rechazarla sin haberte preguntado antes. Tienes que pensar si en circunstancias como éstas podrías casarte con Goethe.

Yo le dije que no necesitaba ningún tiempo para pensármelo, que apreciaba mucho a Goethe, tanto como a un padre, y que si él estuviera completamente solo y yo tuviera motivos para pensar que podría serle útil, tomaría su mano. Pero que gracias a su hijo, que estaba casado y

* Fue el verano siguiente, concretamente el 2 de julio de 1823.

vivía con él en la misma casa, él ya tenía una familia, y de ocupar yo su lugar no iba a hacer más que relegarla. Que él no me necesitaba y que la separación de mi madre, hermanas y abuelos me resultaría demasiado dura. Yque todavía no tenía ganas de casarme. Así fue como se resolvió el asunto. El propio Goethe nunca habló de ello, ni con mi madre, ni conmigo, por mucho que a veces me llamara «cariño», aunque más frecuentemente su «querida hijita».

En 1823 sólo pasamos poco tiempo con él en Marienbad, ya que a mi madre le convenía más ir a Karlsbad. Pero Goethe también acudió unos días a esta ciudad, viviendo en la misma casa y pasando todo el tiempo con nosotras, desayunando y comiendo, y haciéndonos leer en voz alta por las noches, algo a lo que mi hermana Amelie casi nunca quería prestarse, lo que siempre le daba motivos para chancear con él, pues era una joven muy vivaz. En Karlsbad también pasó con nosotras el día de su cumpleaños, y como mi madre se dio cuenta de que no quería que se supiera que era su aniversario, también nos prohibió a nosotras que lo mencionáramos. El día anterior Goethe nos dijo que era un gran deseo suyo que fuéramos con él muy temprano a Elbogen* y que fuéramos sus huéspedes por aquella jornada, del mismo modo que él había sido el nuestro durante todo aquel tiempo. Mamá aceptó la invitación, hizo suspender los trabajos en la cocina para aquel día y cuando Goethe bajó a desayunar a las siete de la mañana, en su sitio se encontró con una bonita taza cubierta por una corona de hiedra. Después de haberla contemplado un rato, se dirigió a mi madre y preguntó:

-¿Por qué esta taza tan bonita?

-Para que le recuerde nuestra amistad. Después de todo, la hiedra es su símbolo.

Goethe le dio la mano a mi madre:

-¡Qué bonito! Será un recuerdo muy querido para mí.

Pronto nos pusimos en camino y Goethe estuvo muy alegre todo el rato. Nos contó muchas vivencias divertidas, sobre todo de sus frecuentes estancias en Karlsbad. También en Elbogen nos enseñó todas las singularidades del lugar. Así nos dio la hora de comer. Goethe ya había enviado previamente a su ayuda de cámara a Elbogen para que hiciera los preparativos necesarios. Sin embargo, mi madre había traído consigo un bonito pastel, un auténtico pastel de cumpleaños, y dos botellas de vino añejo del Rin que Goethe apreciaba especialmente. Cuando Goethe lo vio todo en la mesa, dijo enseguida:

-¡Qué bonito pastel de regalo!

Y mi madre repuso:

-Después de todo, yo también tengo que contribuir en algo al banquete, así que escogí bizcocho y un vino que sé que le gusta.

-¡Mi pequeña y atenta amiga! Pero ¡qué bonita copa veo aquí con el nombre de usted y el de sus queridas hijas! Y de nuevo dijo mi madre:

---

* Idílica ciudad bohemia situada en una colina de granito flanqueada por el río Ohre.

-Por nada del mundo quisiéramos que nos olvidara, y también usted debe acordarse de nosotras y de esta bonita excursión de hoy y no olvidarla nunca.

Goethe sonrió, le dio las gracias y siguió de muy buen humor. Cuando terminamos de comer su ayuda de cámara le trajo un gran paquete lleno de cartas y escritos, una parte de los cuales se puso a leer enseguida, diciendo de vez en cuando:

-Esta buena gente es muy amable y cariñosa, -esperando seguramente que le hiciéramos alguna pregunta, pero no fue así.

Ya nos dirigíamos muy alegres de regreso a Karlsbad cuando ya desde lejos tuvimos ocasión de ver a mucha gente apostada en el prado, delante de la casa, y oímos que nos estaba esperando una banda de música. Nada más bajar del coche Goethe se vio rodeado de gente. Nuestra madre nos llamó con un gesto, le dio las buenas noches a Goethe y subió con nosotras. Como ya se había hecho muy tarde, no vimos a Goethe hasta la mañana siguiente. Su primera pregunta fue:

-Usted ya sabía que ayer era mi cumpleaños, ¿verdad?

-¿Cómo no iba a saberlo? ¡Si no quería que lo supiéramos, no debería haberlo hecho imprimir! -respondió mi madre.

Goethe se golpeó la frente con una carcajada y dijo:

-Entonces vamos a llamarlo el «día del secreto público». -Yasí es como lo llamó siempre en sus cartas.

Sólo puedo reiterar lo que ya he dicho muchas otras veces: fue una época muy bonita la que pasamos con este hombre tan estimable, y las cartas que siguió intercambiando durante muchos años con mi madre nos demostraron que él tampoco la había olvidado. Goethe contribuyó en mucho a mi instrucción y a la de mis hermanas al hablar con nosotras de tantos temas distintos y también a mi madre le dio algún que otro consejo y sugerencia.

Inmediatamente después de su muerte el ministro Von Müller* escribió a mi madre y le envió la elegía que, según dicen, debe su creación al amor que sentía por mí y que por entonces todavía no había sido publicada, y le preguntó a mi madre si no estaba dispuesta a enviarle las cartas que, según le constaba, había recibido de Goethe a fin de que pudieran ser igualmente publicadas. Pero mi madre quiso saber primero si en su legado se habían encontrado también las cartas que ella había enviado a Goethe, lo cual no resultó ser el caso, pues, según le informó por escrito el señor Von Müller, en un compartimiento de su escritorio no se encontraron más que unos pocos trabajos menores, la taza y la copa con nuestros nombres, todo ello atado con una cinta roja. Cuando mi madre supo esto tampoco quiso que se publicaran las cartas y no las

* Friedrich von Müller había sido designado por Goethe como su albacea.

entregó, así como yo tampoco entregué las mías[**].

Todavía podría contar muchas cosas más de aquellos tiempos, pero creo que con esto ya basta para contradecir todas las cosas fabulosas que se han dicho sobre ellos, y es que: No se puede decir que no haya sido un amor.

[**] Efectivamente, de las cartas de las dos mujeres a Goethe únicamente se conservan dos, fechadas en agosto de 1824 y de 1827, ambas para felicitarle por su cumpleaños. Las pocas que él les dirigió, en cambio, se conservan y han sido publicadas.